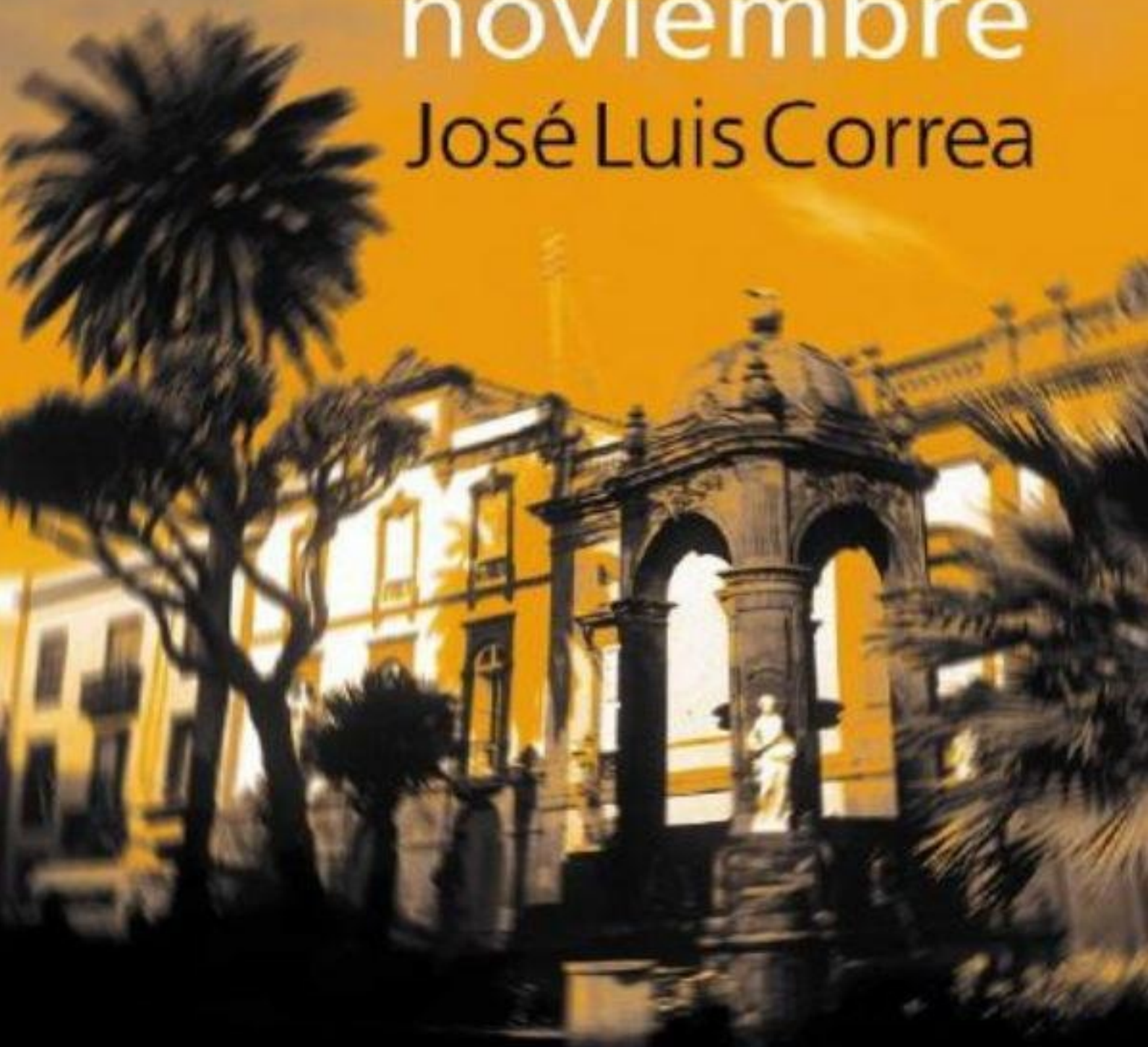


Quince días de noviembre

José Luis Correa



Lectulandia

A sus 44 años, Ricardo Blanco ha conseguido encauzar una vida sin norte montando en su ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, una agencia de detectives con la ayuda del dinero de un amigo. El encargo que le hace una bella mujer de investigar el aparente suicidio de su novio lo sumergirá en dos mundos seductores pero al cabo peligrosos: los bares, los cruceros y las fiestas de los «niños bien» de Las Palmas, con su insultante vocación de impunidad; y la atracción fatal de su clienta que amenaza el aparente desapego emocional del detective.

Lectulandia

José Luis Correa

Quince días de noviembre

Roberto Blanco, 1

ePub r1.0

Samarcanda 28.01.14

Título original: *Quince días de noviembre*

José Luis Correa, 2003

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Mario,
a quien le debo,
entre otras muchas cosas,
el título de esta novela*

«El precio de una buena reputación es siempre el silencio. O la muerte»

CARMEN POSADAS, *Pequeñas infamias*

Toma I

Se llamaba María Arancha y, por supuesto, era pija. Cuando la vi cruzar la puerta del despacho, el noviembre pasado, lo que primero me llamó la atención fue la ausencia de aliento de sus ojos caoba. Eso y que sus labios se negaron a sonreír ni siquiera una vez en toda la tarde. Había llegado allí por recomendación de un familiar, mi tío Lorenzo me habló de usted, me dijo que era rápido y bastante prudente, que tenía una buena reputación y que sólo había perdido un caso en diez años, aunque lo cierto es que tampoco tengo a otro a quien recurrir. Agradecí su franqueza, si íbamos a bregar juntos en aquello, más valía no dejarle nada a los buitres.

—Así que Lorenzo Manrique es tío suyo.

—Sí. Tío carnal. Es el hermano mayor de mi padre.

—Y ¿cómo le va? ¿Ya terminó de limpiar de ratas el barco?

Recordaba a Lorenzo Manrique, un hombre mimado por la suerte. Me había contratado hacía unos años, para las elecciones del noventaiséis, porque desconfiaba de un tal Tomás Sarmiento, un correligionario del Partido Nacionalista. Se había empeñado en que Sarmiento andaba coqueteando con la oposición, que se estaba haciendo hueco en las filas de otro grupo y pretendía arrastrar con él a varios compañeros. Manrique, un oportunista de la peor ralea, era de lo más aprensivo cuando de traiciones se trataba, posiblemente porque él mismo había dejado en la cuneta a más de un camarada —amigos no creo que tuviera— en su propio beneficio. Esa vez, sin embargo, no le falló el olfato. A Sarmiento lo trincamos una noche, después de seguirle la pista dos meses, en un restaurante japonés con la flor y nata del Partido Popular, brindando con sake por el *comienzo de una buena amistad*, igual que Humphrey Bogart con Claude Reins, pero mucho menos garboso. De hecho, después se fueron de putas a una casa que está por la gasolinera de Molowni, pero, claro, eso no iba a decírselo a María Arancha Manrique, una pija no lo entendería.

María Arancha se sentó en la otra ribera de mi mesa, cruzó los brazos sobre sus rodillas y se dispuso a contarme, sin prisas, ahondando en los detalles más ligeros, carraspeando en los instantes sórdidos de la cuestión para que no se le notara el apuro, a contarme, digo, para qué diablos quería contratar a un investigador privado: alguien había matado a Toñuco Camember. «Con ese nombre —pensé— es lo menos que podía pasarle». El pensamiento debió de desparramárseme por toda la cara porque María Arancha se revolvió, incómoda, en el sillón y soltó un nuevo y casi imperceptible carraspeo, es cierto, señor Blanco, se lo juro.

—Pero eso es un asunto para la policía.

—La policía cree que fue un suicidio.

—Y, desde luego, usted no comparte esa teoría.

—No. Toñuco podía haber sido cualquier cosa, pero no un suicida. Le gustaba

mucho la vida, sobre todo la buena.

—¿Lo conocía usted bien?

—Íbamos a casarnos para la primavera.

—Caramba, pues tanto que lo lamento.

La policía, en efecto, había resuelto el caso según su lógica, lo da la vaca, es blanca y se embotella, por narices es leche. Como supe más tarde, a Toñuco Camember —el solo recuerdo de su nombre me producía revoltura— lo encontraron sentado delante de su escritorio, en su bufete de abogados, tieso como la vara de un cabrero y con un agujero en el lado derecho de la cabeza. Había restos de pólvora quemada, qué menos, alrededor del orificio por donde la bala le hizo el destrozo. El muchacho resultó ser diestro, con lo que me perdí la oportunidad de quedar como Dios-es-Cristo delante de María Arancha apuntando la imposibilidad de un suicidio con la mano mala, así que todo estaba en orden. Al menos eso parecía.

Sin embargo, no todo es lo que parece. Y ésa es una verdad que no viene en los libros, una verdad ineludible que encallece con uno, una verdad rocosa que da la experiencia. Llevaba algunos años memorizando esa verdad. Desde la misma noche en que Miguel Moyano, mi socio y amigo, me propuso la disparatada idea de montar un negocio con su dinero y mi tiempo libre y yo le respondí, de acuerdo, ¿por qué no una agencia de detectives?, y él sentenció, con los ojos brillantes por el whisky de malta, cojonudo, podría ser divertido, un Moyano metido a Sam Spade. De poco me sirvieron, entonces, las varias carreras sin terminar —Ingeniería, Derecho, Psicología en la Uned— que había ido coleccionando como estampitas. A partir de esa fecha comencé a darle cancha a la intuición y, sobre todo, a una alianza con la suerte que ella había respetado escrupulosamente.

No todo, como digo, es lo que parece y en las copias que pude conseguir del informe del inspector Álvarez, el encargado del caso Camember, había algo que no cuadraba. Me costó algunas horas verlo. Sabía que había un elemento distorsionado en las fotos, sobre todo en una en la que se veía al difunto de frente con la cabeza ladeada sobre su hombro izquierdo, el brazo de ese lado igual que peso muerto y el derecho sobre su regazo con la mano abierta hacia abajo. No me he acostumbrado jamás a la muerte. Y no es que haya visto muchas veces un cuerpo sin vida, materia exánime, envoltorio heredero de alguien que una vez fue médico o azafata o madre o hijo o asesino a sueldo. Pero en las contadas ocasiones en que me he enfrentado a ello se me ha quedado un sabor a vinagre en el estómago y una inexplicable sensación de culpa en el pecho, como si un tipo como yo pudiera haber salvado de algún modo a cada uno de aquellos infelices.

La imagen de Camember —María Arancha me explicó que terminaba así, en «ere», y no en «te», y que nada tenía que ver con la región normanda de los quesos— era desalentadora. Después de que la Manrique me contara, intuía que muy por

encima, algunas de las facultades del tal Toñuco, éste dejó de resultarme un ser anónimo, extraño, y no podía explicarme cómo había llegado un vividor así —en mi barrio lo hubiéramos llamado *chuloputas* a secas— a aquel trozo de carne deshabitada. Empecé a examinar los detalles más nimios de la foto. Los objetos que se repartían sobre la mesa. La disposición de la librería que se levantaba detrás del muerto. La lámpara de pie encendida que estaba junto a él. Nada hacía pensar que no fuera aquél un día normal en la rutina de un picapleitos. Todo tenía un aire de regalo inútil de cumpleaños: una purera labrada de madera de cedro, un encendedor en forma de bolsa de golfista, un juego de bolígrafos de plata, un estuche abierto con un tintero limpio, sin usar, y una pluma negra, inmaculada y lisa. Lo único natural, lo único que no parecía sacado de una revista italiana de muebles era una pila irregular de discos con los que el hombre, sin duda, amenizaba sus horas de estudio. Como no había aparato de música a la vista, supuse que Camember utilizaría, igual que yo, el mismo ordenador con el que trabajaba para oír a Michael Bolton o a Mariah Carey o lo que coño sea que oigan los pijos.

Volví a revisar detenidamente el cuerpo. La posición de la cabeza no indicaba nada anormal. Podía haber estado caída hacia cualquier lado después de un tiro tan de cerca. Podía incluso haber *penduleado* varias veces, cualquiera sabe cómo reacciona un cráneo —incluso el de un tolete como Toñuco Camember— ante un estampido igual. No, no era la cabeza. Eran los brazos. O, mejor dicho, el brazo derecho, el brazo ejecutor. Y es que el brazo derecho de Camember era un brazo manso, no uno que acaba de serrucharle un balazo a su dueño. Estaba levemente apoyado sobre su entrepierna, con las palmas de las manos hacia abajo, en esa postura que toma alguien cuando se siente desprotegido, olvidado. Si ése hubiera sido el brazo del delito tendría que haber estado igual que el otro, totalmente abatido por la vergüenza ante lo que acababa de hacer. Uno no se dispara un tiro, se muere, deja caer la pistola y luego vuelve a poner el brazo en su sitio. Si el arma hubiese estado entre sus dedos, todavía se podía pensar en un último acto de contrición. Pero el arma estaba en el suelo, debajo de la silla, y el brazo, en una extraña simetría, sobre el muerto. Imposible. Alguien tuvo que colocar ese brazo allí. Alguien que decidió que Toñuco Camember no merecía vivir. Alguien con una frialdad espantosa. Con una rabia incontenida. O con un miedo atroz.

No dije nada entonces a María Arancha, pero empezó a intrigarme todo aquello. La telefoneé para aceptar el trabajo. «¿Eso quiere decir que me cree?», me preguntó su voz al otro lado de la línea. «Eso quiere decir que me vendrá muy bien lo que voy a cobrarle —le respondió la mía desde el lugar de acá—. Venga a verme mañana y hablaremos».

Esa noche continué mis pesquisas con el inspector, a ver qué podía sacarle a Álvarez. Lo invité a una copa en el bar Deenfrente, debajo de la Jefatura de Policía, y

le estuve aguantando la tabarra un buen rato. Se dedicó a hablar sobre los buenos tiempos, cuando vivía feliz en San Mateo, en una comisaría tan inocente que sólo tenía el cuartelillo y un salón de recreo en el que presos y vigilantes veían los partidos de la tele y jugaban a la brisca, aquello, Ricardo, sí era vida, la madre que me parió, lo más chungo que tratábamos eran las disputas entre vecinos, alguna ratería de macarra, el robo de taquillas en un gimnasio, pandillas de escolares amedrentando a sus compañeros, cosas así, pero ahora, joder, no hay quien pare, entre los coreanos, los rusos y los moros que vienen en los barcos mercantes y se matan entre ellos, y esto de los suicidios, nos pegamos todo el santo día *jediendo* a muerto. Álvarez me contó que no era extraño lo que había pasado con Camember, debía de ser el clima, con el calor le salían los instintos a la gente y les daba por tirarse de un ático o cortarse las venas en la tina o pegarse un tiro. Aunque en este caso, hasta él estaba mosqueado, porque el tipo lo tenía todo, un trabajo de puta madre, pasta por un tubo, un chalé en Tafira y una novia, ¿la has visto, Ricardo?, que está de toma pan y moja, qué buena hembra, carajo.

La tosquedad de Álvarez rayaba lo insultante. Cocinero antes que fraile, había pasado por todos los peldaños del escalafón hasta llegar a donde estaba ahora. Sus indelicadas maneras, sin embargo, escondían a un oficial honesto, aunque algo obtuso, que soñaba con un mundo menos injusto y a quien se podía recurrir en caso de apuro. Como remate de la puñeta era un apasionado de Simenon y a cada rato, cuando menos se esperaba, te saltaba con aquello de qué hubiera hecho en esta situación mi estimado comisario Maigret o qué decisión tomaría mi buen colega francés. Si en cada uno de nosotros hay dos personas al tiempo, los dos Álvarez no podían ser más dispares.

Intenté regresar al asunto que me había llevado allí, y, entonces, si tan feliz era el tipo, ¿por qué se suicidó?

—Yo qué sé. Le daría un pronto.

—Coño, Álvarez, a mí también me dan prontos. Y a lo más que llego es a pelarme al cero o a cogermela una tajada.

—Vale. Estoy de acuerdo. Pero no puedo darte otra razón porque no la encuentro.

—¿Tenía deudas de juego?, ¿se drogaba?, ¿alguien lo andaba chantajeando?

—Nada. El tipo era un pollabobas, pero estaba limpio.

—Y, a pesar de todo, sigue pensando que fue un suicidio.

—Mientras no tenga otra cosa, eso es lo que hay.

Toma II

A la mañana siguiente, mientras me afeitaba, pensaba en la conversación con el policía. Amaneció gris y desabrido, panza de burro de noviembre en el aire. Amaneció gris y me volví a cortar porque había olvidado otra vez comprar bombillos para la lámpara. La sangre de mi nuez me regresó la imagen del agujero redondo y chamuscado del pijo Toñuco y el pelo rojizo de fuego de María Arancha Manrique cobró vida en la imagen del espejo nublado por el vaho. Disimulé la sangre como me enseñó mi abuelo, pegando con saliva cuadritos de papel higiénico en las zonas magulladas. Pero el calvario del sudor que arañaba la nuez igual que vidrio iba a andar recordándome, lo que quedaba de día, la tontuna de la mañana.

Ocurre que yo, hasta que no tomo un par de cafés negros y cargados, no soy persona. Tiene que ver con la tensión. O con la ausencia de ella. Pues me volví persona ese jueves en la barra de una cafetería de San Bernardo mientras leía el periódico y escuchaba a los feligreses hablar de política, del buen alcalde que teníamos, el mejor desde Juanito Rodríguez Doreste, las calles sin porquerías, los semáforos sin *clineros*, Vegueta y Las Canteras hechas unos pimpollos de bonitas, un alcaldazo, vaya, lástima que sea de derechas. Uno de los parroquianos de aquel cónclave, al que llamaban *el Zambo* supuse que porque caminaba anadeando con las piernas separadas, comentó algo que encabritó la charla: «Aquí dice que un tío acaba de ganarse mil quilos en la *bonoloto*. Manda mierda. Yo preferiría trincar treinta o cuarenta. Con cuarenta pasas desapercibido. Con más te juegas la vida cada vez que sales a la calle. A saber la cantidad de gente que, de pronto, te empieza a odiar, a envidiarte, a cogerte manía o, lo que es peor, a quererte un huevo. Un montón de tipos dispuestos a clavarte un puñal y sacarte los hígados. No señor, éste que está aquí prefiere seguir pobretón». «Vete *p'al* carajo —le respondió uno con los dientes sucios y los dedos amarillentos, secuelas evidentes de una vida dedicada a fumar tabaco perrero—; con mil millones me contrato yo a media docena de guardaespaldas y acabo con los miedos». «Aunque te compres a media jefatura de policía —terció un albino que bebía cerveza y al que le faltaba un brazo, parece que de un accidente de cuando trabajaba en la serrería de su padre— siempre estarás mirando para atrás. Yo estoy con *el zambo*: demasiado dinero trae muchos problemas».

La cosa se desmandó en un coloquio tumultuoso al que se fueron añadiendo parroquianos desde las mesas bajas. Un coloquio que versó sobre cuánto era mucho y cuánto demasiado en cuestión de dineros. Un coloquio que se convirtió, a medida que se caldeaba, en un concurso de ilusiones, a ver quién la tenía más grande, a ver qué cosas haría cada quien con esa millonada. Dejé pronto de interesarme. Pero la idea de tanta gente reunida al olor de la pasta fácil me recordó a Camember.

Lo primero que tendría que indagar era quién ganaba algo con su muerte. La

policía había descuidado ese punto, para qué se iban a molestar en averiguar a quién beneficiaba el crimen si quedamos en que fue suicidio. Salí, pues, de la cafetería camino del despacho con la intención de tratar de eso, y de otras cosas más, con María Arancha en la siguiente cita. Apunté la pregunta en una servilleta porque eso de llevar una libreta de notas en el bolsillo superior de la chaqueta a cuadros con coderas está bien para el cine o las novelas policíacas, donde los detectives llevan chaqueta a cuadros con coderas, ya me gustaría a mí ver a Marlowe investigando en Gran Canaria con este calor y esta humedad y a Poirot, carajo, a Poirot le dan los siete males al primer día de pesquisas. Ya sé que no está bien, que no es de detectives refinados, ya me lo dice mi socio, pero yo anoto lo que me preocupa en lo primero que encuentro a mano, sin ir más lejos, el caso de la viuda de Carrasco, a quien querían incapacitar sus propios hijos, ojalá se pudran en el purgatorio, para cobrar la herencia antes de tiempo. Las notas que después —he de pedir perdón por la inmodestia— me dieron la solución de la trama estaban escritas en el papel de baño del Hotel Reina Isabel, en cuyos majestuosos excusados vi la luz.

Y es que Martín Carrasco, el hijo mayor, se estaba puliendo las joyas de la familia en fulanas ajadas y en *suites* nupciales. El muy imbécil se iba a empeñarlas en una casa de mala muerte de Guanarteme, donde le daban una miseria por un camafeo que hubiera podido vender, en el lugar apropiado, por más de dos millones. Una llamada oportuna a su señora, para que viniera a buscarlo a la habitación del hotel esa misma tarde, bastó para desenredar la madeja. Doña Perfecta, que así se llamaba la mujer de Martín en claro homenaje que sus padres le quisieron rendir a don Benito Pérez Galdós, se plantó en la puerta, tocó, le preguntaron, dijo que era el servicio de habitaciones y le abrieron.

Quien le abrió fue una mulatita querendona de generosos encantos, con muy poca ropa y un daiquiri, el raquíico Carrasco detrás de ella con la sonrisa estúpida, doña Perfecta que saca del bolso un cenicero de lemanita, recuerdo de Ciudad de México, y que empieza a repartir mandobles a diestro y siniestro, con los ojos cerrados y chillando «pendonaaa» y «malmaridooo» y «québochornooo» a media lengua, sobre una baba blanquecina que le deformaba la boca. Tuvieron que llamar a la guardia de playa de Las Canteras porque el servicio de seguridad del Reina Isabel no daba abasto con ella y, después de un forcejeo en el que el marido adúltero perdió varios dientes y hubieron de atender a los dos municipales de lesiones múltiples, la cosa acabó en jefatura. Se destapó la estafa y el perro cobarde de Martín Carrasco acabó incriminando a sus dos hermanos, hasta los acusó, a lágrima viva por el remordimiento, de intentar envenenar con bebedizos brujos a su pobre madre.

Ya en la calle, después del desayuno, me topé con Rafael, el limpiacoches, y le pedí que abriera los ojos en los siguientes días por ver si se enteraba de algo interesante. Rafael llevaba un par de años siendo mi confidente. El tipo lo había

tenido todo, y todo lo había perdido por una mala pécora del sur con la que se lio, le salió rana y le levantó la casa, el coche, la plaza de garaje y hasta una pensión para sus vicios. Rafael prefirió quedarse en la ruina con tal de no dejarle un chavo a la sureña, abandonó su trabajo de gerente de una empresa consignataria y se metió a limpiar cristales en el aparcamiento de la Alameda. Se sacaba cuatro mil pelas al día, comía en una tasca de San Antonio por cuarenta duros el menú e iba a dormir a *Jesús abandonado* todas las noches, lo justo para sobrevivir y no pasarle una perra a la guarra de su *ex* nunca más. Era listo como el rayo y me servía bien porque no bebía demasiado, salvo cuando ganaba la Unión Deportiva, que entonces se perdía durante dos días largos para volver, luego, con un aspecto y un aliento ingratos. Estaba siempre alerta. He de reconocer que, en más de una ocasión, me sacó las castañas del fuego en algún caso atrabancado.

Las oficinas de la Agencia de Detectives Blanco & Moyano están en plena calle de Triana, en un edificio viejo de dos plantas que compartimos con un estudio de arquitectos, una sastrería y una señora mayor que parece vivir en el arca de tanto animal raro que tiene allí. Las relaciones con los vecinos son llevaderas, excepción hecha tal vez de la señora de Noé, que dice que le espantamos a las iguanas cada vez que tocan al timbre. Después de hablar con Rafael, pasé por el quiosco a comprar puros y *El País* y me fui al estudio. Allí me recibió Inés, la secretaria que me prestó Miguel Moyano de su anterior trabajo, con una sonrisa picarona y una voz aterciopelada de actriz de segunda fila, te están esperando en la salita, Ricardo, parece muy importante. De Inés se puede decir que es ordenada y eficiente, algo que a un investigador privado desastrado y caótico le viene como agua de mayo. Cuando me la trajo, al ver la cara de sorpresa que debí de ponerle, Miguel me atajó rápido, ya sé que no es muy guapa, Ricardillo, pero te jodes, la eligió mi mujer, dice que para que no andes pendoneando todo el santo día y te dediques a trabajar, si es que a esto que haces se le puede llamar trabajo. Quien me esperaba, sentada en la sala y con cara de preocupación, no era otra que María Arancha, que se había adelantado a nuestra cita.

—Perdone por llegar antes, pero terminé pronto los asuntos de esta mañana y no quería estar en la calle. En este barrio conozco a mucha gente y, dadas las circunstancias, no me apetece encontrarme con nadie.

—No se disculpe, señorita. Lo comprendo. Además, me gusta la gente puntual.

—A mí también.

—¿Puedo preguntarle en qué trabaja?

—Llevo una asesoría laboral.

—¿Se encarga de las contabilidades?

—No sólo de las contabilidades. Nos encargamos de las cuentas de los clientes, pero también de asesorarlos fiscal y legalmente.

—Y, eso ¿es negocio?

—¿Suele hacer tantas preguntas el primer día?

Era una forma discreta de decir «a usted qué le importa». Así que recogí velas y pasé al asunto que nos ocupaba, no sin antes recalar en lo guapa que estaba la Manrique tan de mañana. Dicen que las pelirrojas tienen el alma siempre encendida y así se les ilumina de esa forma el cabello. Pero María Arancha tenía la tristeza veteada en su rostro. No sé cuánto querría a su prometido, pero lo que estaba claro era que le había afectado bastante su muerte. Le ofrecí una taza de café y un cigarrillo, que rechazó amablemente. Había venido a hablar de Camember y no tenía intención de entablar una relación personal conmigo. Al menos, eso creía yo entonces.

Encendí un cigarro, conecté el ordenador y puse un disco, más por inercia que por otra razón, y comenzó a sonar, qué casualidad, la voz negra de Ella entonando *Black coffee* con acompañamiento de piano. María Arancha pareció relajarse, incluso me dio la impresión de que sonrió, amargamente, pero sonrió, para volver a hablar de cosas triviales, con esa música, Ricardo, ¿puedo llamarle Ricardo?, con esa música, digo, esto se parece a una película de Bogart y Bacall, blanco y negro —ahora sonaba desgarrada la Fitzgerald y *I cried for you*— y pasión contenida, ¿lo ve?, *yo he llorado ya por ti, ahora te toca a ti llorar por mí*, cuando el tío Lorenzo me habló de un detective, me resultó ridículo, algo anacrónico, ¿verdad?, eso de un tipo duro y una mujer en apuros que, al final, acaban liándose, aunque no pueda resultar porque ella es, en verdad, la asesina, no falta de nada, una oficina con ventanales a la calle mayor, sillones de cuero, olor a tabaco, retratos clásicos, una secretaria, por así decirlo, algo ingenua, que seguro estará enamorada de usted.

La detuve con un gesto manso, bueno, bueno, no se crea todo lo que ha leído por ahí, la realidad nada tiene que ver, ni por asomo, con el cine, aunque ahora que lo pienso, María Arancha, usted podría pasar perfectamente por Lauren Bacall, el pelo cobrizo y largo, la figura delicada, las manos dulces, no, en serio, no me paso, es cierto, fíjese que hasta Ella se ha puesto a tono —sonaba *My melancholy baby*—, pero qué más quisiera yo que tener un aire, aunque fuera una brisa, a don Humphrey, sólo en que los dos fumamos como carreteros, pero ahí se acaba el parecido, ni tengo la mirada lánguida ni la voz penetrante, además, no aguanto más de un whisky por sesión, me sienta de pena; por otra parte, no pienso abofetearla por más que se ponga impertinente ni intentaré robarle un beso aprovechando un descuido; esto es un trabajo como otro cualquiera, intente imaginarme como un médico o, ¿cómo era lo suyo?, pues, eso, míreme como un asesor laboral.

La Manrique, en este punto, se ablandó algo. Debí de pensar que un tipo como yo era inofensivo. No sabía, claro, que todo formaba parte de una estrategia para que se soltara a contarme cosas. Comenzó hablándome de su relación con Camember. Lo

había conocido en una fiesta de fin de año del Club Náutico y esa noche se portó como un caballero, tan distinguido con su esmoquin blanco y su copa de champán en la mano. Lo del esmoquin tenía mérito, no a cualquiera le sienta bien el blanco. Uno corre el riesgo de que lo tomen por el camarero. Toñuco afrontó el reto con entereza. Se le acercó, después de las campanadas, y le habló bajito, le tarareó un *crismas* —así lo pronunció María Arancha— de Bing Crosby (demasiado buen gusto para un pijo), y la invitó a bailar *Ojalá que llueva café* (ya me extrañaba a mí) y le prestó el pañuelo de seda para que se secase el sudor de la danza macabra. La noche se les fue volando y bailando, y les amaneció enroscados a la orilla de la piscina, en la zona en que se hace pie. Camember, entonces, en un gesto que ella rememoró con nostalgia, se descalzó, se arremangó los pantalones del esmoquin, una cosa es el espectáculo y otra destrozarse un Armani de nosécuantosmiles de pesetas, y se sentó en el borde de la piscina a aliviarse los tobillos. Ella lo imitó y así se estuvieron charlando hasta que el *maître* les reprendió su descaro, porque algunas señoras se le habían quejado y, además, eran las nueve de la mañana y tenían que recoger.

Ese primer año fue como un cuento de hadas, todo romanticismo y pan de boda. Toñuco se comportó igual que un joven enamorado, no había día en que no la llamara, tenía detalles de lo más florido, le enviaba rosas cada dos por tres con excusas tontas, hace un día precioso, llevamos dos semanas saliendo y eso para mí es un récord, como no sabía cuándo era tu santo me pareció que santa Águeda le sentaba bien a tus ojos.

Un viernes le apareció con dos billetes de fin de semana a París, ya compraremos ropa en el *dutifré* del aeropuerto, y se pasaron los dos días en los aviones porque ninguno de los enlaces salió a su hora. Por entonces, hicieron tantísimos planes de futuro. Diseñaron su casa de dos plantas y chimenea de mampostería natural. Proyectaron tres hijos, dos niños y una niña, que se iban a parecer a ella, por supuesto, tal vez un poco a él en la barbilla. Le buscaron acomodo a los dos perros siberianos en una casetita refrigerada porque, claro, éstos están acostumbrados a las nieves. Le pusieron nombre al velero que se iban a comprar con los primeros ahorros. Se dividieron el trabajo de cocinar y fregar, algo esencial en las relaciones de pareja. Todo parecía ir de perlas hasta que Toñuco empezó su crisis existencial. No fue, desde luego, de la noche a la mañana. Poco a poco empezó a oscurecersele el rostro, a añurgarse por cualquier tontería, a eludir sus proyectos de casa, niños y perros. Hasta dejó de navegar con Pablo Bosch, su gran colega, y eso que el mar era su vida desde chiquillo.

María Arancha no podía explicar qué fue lo que ocurrió, no sabría decirle, Ricardo, se alejó de mí sin más, me dejó de lado, empezó a evitarme, a rehuirme, a darme excusas descabelladas para no salir, para quedarse en la oficina un domingo, para no ir al Club, para suspender las citas con los amigos, que empezaron a pensar

que Toñuco les hacía ascos; el mundo se empezó a desmoronar de a poquito, primero entre nosotros y, luego, con el tiempo, con el resto de la familia; su madre me culpó de esa actitud, decía que yo lo había cambiado, que su hijo jamás y nunca se había comportado de esa forma tan extraña, que había dejado de ir a verla tres veces por semana como antes, dejado de comer los miércoles con ella, dejado de traerle churros calentitos los sábados por la mañana, y todo desde que me conoció, maldita la hora.

Aquí se hizo un silencio que aproveché para colarle una pregunta, con extremo cuidado porque entrábamos en materia altamente reservada, déjeme intervenir a mí ahora, María Arancha, es importante que los clientes no lo cuenten todo a borbotones porque, a veces, olvidan cosas que a ellos les parecen triviales pero que son igual de importantes, sí, ya verá, aquí hasta los silencios tienen razón de ser, a ver, dice usted que Toñuco cambió poco a poco, ¿no es eso?, empezó a distanciarse, a mostrarse esquivo, ¿verdad?; bien, y su vida personal ¿se resintió también?, quiero decir si dejaron de vivir momentos íntimos, si abandonó la actitud cariñosa del principio, ya sabe. Por supuesto que María Arancha sabía, la mirada abochornada la delató, su forma de tragar saliva, de aclararse la garganta, de estrujarse las manos la delató. Me pareció, entonces, tan desamparada, tan huérfana de cariño, tan sola que me arrepentí de no haberme mordido la lengua antes de cometer tamaña descortesía.

Su voz se hizo un arroyo delgado y zigzagueante para hablarme, supongo que esto es necesario, ¿verdad?, no crea que soy una mojigata ni una ñoña, es que estas cosas, ¿me explico?, son... algo embarazosas, yo siempre he creído que los asuntos de alcoba en la alcoba se tratan porque, verá, esto es una isla y es redonda y lo que se lleva el viento vuelve siempre a su principio, entiéndalo, Ricardo, tampoco es que haya mucho que contar, lo natural, lo normal en una pareja joven, supongo, porque eso no se habla ni con las amigas más cercanas, supongo, digo, que todos hacemos lo mismo, usted... seguro que usted más o menos entiende lo que le digo. María Arancha sufría y yo más que María Arancha —parece la letra de una ranchera mexicana—, de modo que la interrumpí, no hace falta que entre en detalles, mujer, sólo me refería a si lo notaba igual de alejado en el dormitorio, eso es muy significativo y, perdone que se lo diga, en los hombres mucho más, no porque tengamos más necesidades que ustedes, tremenda mentecatez, eso no se lo creen ya ni los peces de colores, lo digo porque normalmente las rupturas con nuestras parejas empiezan y terminan en la cama, puedes encontrarte muy a gusto con una mujer, quererla, amarla incluso con locura, desear estar con ella a cada rato, pero luego no terminas de enganchar, perdone la expresión, con ella en todos los terrenos y eso acaba con todo, entonces algo se quiebra, la moral de ella y la resistencia de él, y se va para casa del carajo, disculpe la franqueza; yo no digo que ése haya sido el problema de ustedes dos, pero es un abismo el que se instala entre ambos y no hay amor que lo supere.

María Arancha Manrique mitigó su dolor, rebuscó en sus recuerdos, oteó el horizonte que hay en la pared anaranjada de detrás de mi escritorio y se quedó como suspendida en un fotograbado de Picasso que me regaló una viuda que no podía pagarme la minuta, pretendía la buena señora compensarme de otra manera más degradante, sobre todo para ella, pero opté por un falso Picasso que había visto en su sala de estar. María Arancha, mientras yo hacía memoria, intentaba encontrar algo con lo que darle gusto a mi curiosidad, no sé si algún indicio de desamor en pasadas actitudes de Camember o la manera de contármelo sin traicionar la memoria del muerto. Al final habló con gran serenidad, con una fortaleza de ánimo que se convertiría con el tiempo en una de las razones, si es que alguna vez las necesité, para adorarla y para arrepentirme el resto de la vida por haberla adorado; me narró, serenamente, la verdad es que sí, ahora que pienso en ello, la última vez que Toñuco *me tocó* fue la noche de mi cumpleaños y eso fue hace meses, en julio; salimos a cenar con unos buenos amigos, fuimos a tomar algo a una terraza de moda y volvimos a casa a celebrarlo a solas, hicimos el amor en su apartamento y nos quedamos allí a dormir porque al día siguiente era sábado y ninguno trabajaba; recuerdo que le costó bastante, le echó la culpa al estrés, al exceso de trabajo y, claro, yo no tenía por qué dudar de eso, además, ya le había ocurrido alguna vez, eso sucede, ¿no?, vamos, creo yo que sucede, tampoco puedo hablar por experiencia, Toñuco no fue mi primer novio, pero sí mi primera vez, así que no sabría decirle; por otra parte a mí tampoco me importaba que no siempre funcionara, no sé, a una le basta con estar con la persona que ama, a veces sólo se conforma con oler su cuerpo, con sentir su calor, con saberlo ahí, al lado, eso no es una competición deportiva, ¿verdad?

Me fascinó la forma de exponer las cosas que tenía la Manrique, a medio camino entre un relato infantil y un cuento erótico. Si en algún momento la mortificó tener que hacerlo no dio muestras de ello. Es más, pareció coger carrerilla, a medida que entraba en los detalles íntimos. Fue como si se estuviera aliviando de una presión en el pecho, como si necesitara deshacerse de un bulto agobiante y me cogió de coartada, casi me traspasó su desasosiego porque me vi pensando en mi propia vida sexual, tan cruda, tan desprovista de esa fascinación con que ella acababa de relatar la suya. Me pareció que me había estado perdiendo algo exquisito, que me había contentado hasta entonces con un sucedáneo barato del amor. Mi última historia había sido de lo más frustrante, una vieja conocida con la que me topé en un bar de copas, con la que apenas hablé porque no había dios que se entendiera entre aquel bullicio de gente, en mitad de la noche; tenía —ella, no yo— una cogerza lamentable, tenía —yo, no ella— serias dudas sobre lo que podría pasar si nos liábamos la manta a la cabeza, averquéslo que pasa. El resultado no pudo ser más ruinoso: lo último que recuerdo es que andaba besándome el cuello, soplándome en el pecho desnudo,

jugando con su lengua en mi ombligo, husmeando en mis ingles para, por fin, cuando llegó la hora de ese-toro-enamorado-de-la-luna, las cinco en punto de la madrugada, vomitar lo que no está en la carta encima de mis muslos y de mi sofá azul marino estampado de violetas. Ni mi sofá ni yo fuimos los mismos a partir de entonces, ambos le cogimos cierta inquina a las mujeres fáciles, a las noches de ronda *qué triste pasas, qué triste cruzas por mi balcón*, nos negamos los dos a recibir a nadie en casa hasta que las repugnantes heridas de la batalla hubieran cicatrizado por completo.

—No sé si era eso lo que quería saber.

—¿...?

—Que no sé si respondí a su pregunta. Se ha quedado usted tan callado.

—Disculpe. Estaba pensando en lo que me decía, sólo que se me coló un recuerdo personal, lo siento. Hay algo extraño en todo esto. Me refiero al cambio de actitud de su novio. ¿Le ocurrió algo que justificara ese comportamiento? No sé, algo en el trabajo, algún problema familiar.

—No. Vamos, no que yo sepa. Tampoco me lo contaba todo.

—¿Trato él a alguien nuevo en esa época? ¿Alguien a quien usted no conociera?

María Arancha repasó mentalmente sus notas y me pareció entonces que los ojos se le nublaban, pero pensé que sería el humo de mi cigarro. Volví a sugerirle un café y esta vez me aceptó un cortado con leche natural. La dejé meditando en lo que le había preguntado y salí del despacho en busca del secreto de Inés. Inés hace un café, otro de sus milagros, riquísimo. Un café que se saborea desde el olor. Nunca he sabido qué demontres le echa, ella dice que es la receta de una bisabuela india, pero para mí que usa canela en rama y lo que pasa es que ha leído, en sus noches de regla, muchas historias de García Márquez. Cuando volví al estudio, con el cortado de la Manrique y mi solo, ella estaba de pie, hojeando los libros de la estantería. Me miró y, por primera vez, me regaló una sonrisa abierta, desnuda, sin maquillaje. Señaló a un estante, el de los libros de poesía, ¿es para confundir al enemigo? «No crea —le respondí, mientras le ofrecía su taza aún humeante—. Cuando uno se atora con una investigación, no hay nada como un buen poema. A veces, la poesía simplifica los sentimientos, los hace más nítidos, los aclara tanto que todo se vuelve luz. Sé que suena disparatado, pero, qué quiere. Además, si no descubres al culpable, al menos te relaja». «Caramba, lo que menos me esperaba de usted era esa vena literaria».

Le seguí explicando, sentados los dos en el sillón de cuero en el que duermo la siesta cuando me agarra el mediodía en el despacho y me da pereza salir a la calle para tener que volver en seguida, le expliqué que no sólo de pan vive el hombre, que ya se lo había dicho, nada que ver con Bogart, depravaciones, las justas, y que, después de los sucesos de los periódicos, lo que más calma los nervios es leer a Vallejo. Los relatos de Cortázar también sirven, sobre todo aquéllos que te mantienen en vilo, pero la poesía es mucho más efectiva, dónde vamos a comparar. Le hablé de

la estrategia, tenemos que tener una estrategia, ya sabe, necesito conocer los ambientes en los que se movían ustedes, tiene que presentarme a gente que estuviese en contacto con su prometido, sobre todo al final, ¿eh?, claro, también necesitamos descubrir quién lo vio por última vez vivo, eso está en el misal, pero lo que de verdad nos sirve es seguirle la pista a los rumores, es imprescindible que usted me introduzca en el mundo en el que ustedes se manejaban y que lo haga como si fuera un viejo amigo, no deben verme como un bicho raro, ajeno a todo y a todos, porque entonces se nos jodió el invento, perdone, a veces me sale el isletero, ¿cómo?, sí, de La Isleta profunda como decía mi abuelo, descendiente de calafates, algún día le hablaré de mi abuelo, bien, a lo que iba, necesito pasar por uno de ustedes para poder indagar sin asustar a nadie, para que se confíen, para que hablen delante de mí sin exceso de pudor, que es lo que menos nos interesa ahora, que la gente se vuelva vergonzosa es fatal, así que vaya usted pensando algo rápido, busco una ocasión, alguna fiesta, ya sé, ya sé, para fiestas está usted, por supuesto que la entiendo, pero, tiene que sobreponerse si quiere que avancemos, no hace falta que esté todo el tiempo sonriendo, la gente entenderá que está pasando por un mal trago y que por eso ha recurrido a mí, un viejo amigo al que no conocen porque pertenece a otro tiempo y a otro lugar, ya tenemos la excusa, ¿dónde estudió usted?, ah, en las Teresianas, claro, y ¿después?, Empresariales en Madrid, bien, pues fue allí, qué casualidad, ¿verdad? donde nos conocimos y nos hicimos grandes amigos, yo estudiaba por entonces... Derecho, vale, creo que puedo pasar por un abogadoucho con poca suerte, eso explicaría mi atuendo, es que no tenemos tiempo de buscarme ajuar, y también explica que nadie me conozca porque no me muevo en los mismos círculos que ustedes, ¿eh?, no, mujer, caramba, no la estoy llamando pija, pero no puede olvidar que hay diferencias sociales que están ahí, aunque no queramos, y está bien que así sea porque creo que eso va a jugar en nuestro favor, ¿por qué?, pues porque la gente estará dispuesta a presumir delante de un tipo como yo, a enseñarme cómo funciona el mundo, a darme clases particulares de buen vivir, al final, eso espero, los perderá su arrogancia.

La Manrique y yo nos conocimos, o decidimos habernos conocido en Madrid, en el rastro al que íbamos a comprar, ella flores frescas para su piso y yo pastas integrales de centeno que son mi perdición. Un sábado nos presentó una amiga común y, a partir de ahí, dos canarios algo perdidos en la vorágine de una ciudad inmensa, dos gaviotas sin nidal, todo iba a ser miel sobre hojuelas. Por supuesto, nunca tuvimos nada, no pasamos jamás de algún abrazo suelto, en un sarao que montamos cuando fue a jugar la Unión Deportiva con el Rayo en Vallecas y ganamos cero a dos, alguna noche de lluvia y *saudade*.

Entre nosotros nació un afecto pacífico imposible de explicar que siempre estuvo latente, aunque nos viéramos muy poco. La verdad es que nos movíamos en terrenos

diferentes. Luego yo me casé, aunque me fue mal, claro que me fue mal porque, de otro modo, tendríamos que buscarme una esposa y la única que está libre es Inés y ni de coña me voy a llevar a Inés a una cena en casa de nadie, así que quedamos en que estoy separado. Por otra parte, ya tenemos a huevo el momento en el que volvimos a encontrarnos, cuando mi separación. Resulta que entré en barrena, me deprimí y me costó mucho superar la ausencia de Claudia, qué nombre tan bonito para una ex mujer, cuando me abandonó. Y claro que fue ella quien me abandonó, que para eso es creación mía; mire a ver si me van a dejar el muerto de haber botado a una pobre mujer que se bebía los vientos por mí. No. Yo seré un abogaducho —por eso Claudia, la muy perra, qué coraje le tengo, se marchó con otro—, pero tengo principios.

Seguimos con nuestra inquebrantable pasión por el engaño y decidimos que, tras la separación, hace un año y medio, nos habíamos vuelto a ver en una fiesta de Carnavales. Ella iba vestida de mexicano con bigotito y todo y yo de María Antonieta con una peluca de medio metro, la risa que nos dio al reconocernos. Anda que no estaba guapa María Arancha de Jorge Negrete, a mí me dio un vuelco el estómago cuando la vi, apoyada en la barra de un chiringuito, riéndose de la burrada que le había soltado un Groucho Marx degenerado que pasaba por allí. Ella no sabrá nunca lo que yo he soñado con aquella imagen, lo que supuso para mí la vuelta a casa de mi amiga del alma, de mi amiga de Madrid, la que compraba calas y gerberas en el mercado de Puerta de Toledo.

Toma III

He de reconocer que estaba algo nervioso cuando fui a recogerla a su piso de Mesa y López. Habíamos quedado a las nueve y media para ir a cenar con un grupo de amigos suyos en una finca de Arucas y me pasé desde las ocho probándome tantas americanas que, antes de salir de casa, tuve que volverme a duchar de tan sudado que estaba. Había pasado..., ¿cuánto?, ¿dos años?, desde mi última cita en serio con una mujer. Me negaba a contar a la que me vomitó el sofá. En aquella ocasión fue Carolina, una asistente social que había conocido en los bajos de la comisaría, la que me despeinó el sentido. Carolina había ido a atender a la víctima de una violación que había pedido sus servicios porque, por si fuera poca la vejación sufrida, el cabrón de su marido la había abandonado. El tipejo decía que no podía superarlo, que cada vez que la miraba le venía a la cabeza la imagen de otro hombre tirándose a su mujer, que lo sentía, pero él estaba educado así y no había tutía. A mí, cuando me enteré de eso, me dio por citar a Mafalda, *la cantidad de balas que se disparan en las guerras y no le dan a nadie*, e irremediablemente debí de caerle bien a Carolina porque, tras terminar su sesión con la pobre mujer, me invitó a una copa que, al final, se alargó de tal manera que acabó convirtiéndose en cena. Fuimos a un restaurante chiquito que había en la plaza del Pilar y luego dimos una vuelta por Vegueta en lo más parecido que recuerdo a un paseo romántico. Me confesó, mientras se le enredaban los tacones en el empedrado de la calle de los Balcones, que necesitaba coger aire después de lo del marido malnacido, que lo había visto ya muchas veces pero a eso una no se acostumbra nunca, que me había escuchado hablar con uno de los comisarios y que yo parecía un tipo honesto, fíjate, eso es más de lo que puedo decir de la mayoría, Ricardo, a la gente le basta con ser honrada, con pagar sus impuestos y no quejarse demasiado, con no robar de la caja de la empresa, pero la honestidad es otra cosa y tú tienes pinta de tener de sobra. A la luz de una luna redonda como un monóculo, hizo un repaso pausado a su vida. Me sorprendió su vitalidad, su optimismo inquebrantable, soberbio para una mujer que se pasaba el día poniéndole tiritas al alma de mujeres desgraciadas, maltratadas, muertas en vida. Fue una historia feliz incluso cuando dejó de serlo: una mañana salió de casa y no la volví a ver. Me dejó una nota en uno de los imanes de mi nevera en la que me decía mejor dejarlo así, mi cielo, antes de que agotemos la pasión, un buen recuerdo vale mil veces más que una mala vejez y yo sería una vieja chocha, te lo aseguro, no hace falta más que ver a mi madre, pero no dudes ni un instante de que te he querido como a nadie, besos, Carola. Durante una relación que duró tres meses —*autumn in New York* lo definía Sinatra como nadie—, la buena de Carolina me enseñó, con paciencia infinita, a distinguir a las personas por el movimiento de sus manos. A cocinar crepes de vainilla con un chorrito de Santa Teresa, un ron venezolano cojonudo, para desayunarnos los

domingos. A resaltar el nudo Windsor en mis corbatas. Y a hacer el amor con los relojes vueltos para la pared, que así el tiempo no podía descentrarnos. Cuatro cosas que aún hoy sigo atendiendo con minuciosidad de zapatero inglés.

Pero con María Arancha sólo me iba a servir, por lo pronto, lo del nudo de la corbata. No quería hacerme demasiadas ilusiones de poder practicar el resto de las enseñanzas de Carolina. La vi salir de su zaguán y me enamoré de sus tobillos, de la dignidad con que llevaba los zapatos negros de tacón de aguja, supuse que las pijas aprendían a andar derechas y a sentarse con las piernas juntas antes que la tabla del nueve. El modo en que entró en el coche corroboró mi tesis, era la primera vez que se lo veía hacer a una chica en un solo movimiento, en un escorzo de ballet ruso, ríete de la Pavlova, fue todo como en una coreografía, abrió la puerta, agachó el cuerpo y se sentó sin una sola pausa, sin un solo titubeo, qué tal estás, Ricardo, venía pensando por el camino que tendremos que empezar a tutearnos, para hacernos a la idea de que somos lo que decimos ser, no vayamos a estropearlo todo por un miramiento inoportuno.

—Me parece una idea estupenda.

—¿Te costó mucho encontrar mi casa?

—Nada, mujer. Era muy fácil: el cine, la panadería, el restaurante y tu portal. Además, se supone que ya he venido otras veces a visitarte.

—Fíjate tú que casi no me acuerdo de la última.

Cuando sonreía, aunque fuera apenas, a la Manrique se le abombaban los cachetes, daban ganas de pellizcarla. No sé ni cómo llegué a Arucas porque todo se me iba en mirar con el rabillo, en reojarla de arriba abajo, en observar la delicadeza de sus manos apoyándose en el salpicadero, subiendo la radio para oír mejor una canción de Pedro Guerra que le traía buenos recuerdos, bajándola de nuevo porque no soportaba a la imbécil que cantaba ahora, recogiendo el pelo con una aguja de madera, estirándose el vestido cuando se le subía más de cinco centímetros por encima de las rodillas, cinco gloriosos centímetros de muslo intangible, de piel blanca de satén, de pórtico de la gloria. Me puso en antecedentes de todas y cada una de las personas que iba a conocer en la fiesta, de las virtudes y las miserias de Espe, de Luismi, de Pablo, de Mariana, de Justo, de Carima, de Fede. Eché a faltar algún nombre ridículo como Bototo o Piluca y María Arancha se rio, por vez primera abiertamente, y el coche se me llenó de un vaho a dulce de membrillo, no, hombre, no, tampoco te pases, tienes una idea equivocada de nosotros, los pijos, ya verás, es un *selfservis*, así que tendrás que comer con las manos, qué ordinariez, ¿verdad?, habrá queso majorero y canapés de atún, y el whisky de malta sólo se abrirá al final, como premio al que aguante sereno hasta los postres, los chicos hablarán de fútbol y soltarán tacos, ¿eh?, no, no sólo dicen *cáspita* y *jolines*, también se acuerdan en la madre que parió a alguien y esas cosas, ¿y las chicas?, bueno, no te recomiendo

ninguna, ellas sí que son un poco estiradillas, yo me llevo mejor con ellos, no sé por qué, pero siempre ha sido así; la única que se escapa es Carima, no habla mucho, pero lo que dice suele ser interesante, es cardióloga, trabaja en el Hospital Insular, pero está enamorada de Fede del Castillo, el hermano de Espe, no me preguntes qué le ve a Fede, un guaperas, pero, claro, yo tampoco soy un buen ejemplo, Toñuco era bastante impopular y aquí me tienes, guardando ausencias.

La Manrique volvió a encogerse como un caracol cuando nombró a su prometido. No pude ver si alguna lágrima se le escapó porque estaba atentísimo a la carretera. Pero el silencio se apoderó de todo. Sólo se oían los grillos desparejados que buscaban amante en una noche fresca de noviembre.

A la casona de Esperanza en Arucas la llamaban *el Castillo*, no por la cantidad de fantasmas que se concentraban allí en los días de farra, como yo creí en un principio, sino porque tenía dos buhardillas gemelas en forma de torre abovedada. Otra versión del apodo apunta a la coincidencia con el apellido familiar de los moradores, los del Castillo y Navas. Toda la finca la había heredado ella de un bisabuelo militar con seis apellidos que presumía de ser el auténtico marqués de la villa. En sus memorias afirmaba que Bernardino Olivares le había ganado sus derechos al marquesado haciendo trampas en el juego. El único testigo que hubiera podido aclarar la historia, Luca Andolfi, un italiano malencarado y bizco que había arribado a la isla huyendo de la ley, desapareció el día siguiente de la partida de subastado en el que se jugaron las tierras y el título. Jamás lo encontraron, pero se dice que un esqueleto hallado, diecisiete años después, en el fondo de un pozo cercano, con serios desperfectos en el cráneo, era el del mismísimo Andolfi. Según afirmaba don Pedro, el bisabuelo de Espe, Olivares se compinchó con el bizco para ganarle sus posesiones a las cartas, con las peores artes, incluidas las de la bizquera farragosa que terminó por desquiciar del todo al viejo militar; más tarde, para ahorrarse el trabajo de repartir el botín, y como el italiano no tenía a nadie que lo echara a faltar, le tendió una emboscada, lo mató y lo tiró al pozo. Aunque también se rumoreó que se había valido de las «brigadas del amanecer», una mala copia de los *camisas negras* de Mussolini, que se encargaba de hacerle el trabajo sucio a los aguatenientes cuando pretendían arramblar con los terrenos de la pobre gente que no quería vendérselos por tres perras. Nada de esto pudo demostrarse porque estaba demasiado tintado de murmuraciones y supercherías de viejas. Al final, después de varios años de tribunales y juicios sin fundamento, la madre de Espe optó por olvidarlo todo y se consoló con un trueque de apellidos: eligió los más sonoros de los seis de su padre y así nacieron los del Castillo y Navas-Gopar de Guevara.

Cuando llegamos a la casa ya estaban todos allí. Nos recibió Luismi, el marido de la renombrada, con un mandil en el que podía leerse *Soy un hombre liberado, pero no presumo de ello*. Luis Miguel Gómez Torres era un joven moreno y estilizado, con los

ojos profundos de galán de cine. También él tenía sus antecedentes familiares de intriga e intereses —una antepasada había sido amante del general Cipriano Castro, el déspota venezolano que metió a su país en líos con media Europa a principios de siglo— pero jamás tan sabrosos como los de su mujer. Estaba predestinado a casarse con Esperanza por la estrecha amistad de su padre con el de ella. Cuando niños, después de la escuela, jugaban a ser novios y, como les fue tan bien, siguieron estirando el hilo de la cometa hasta que decidieron que ya era hora de jugar a ser marido y mujer. Entonces ya dejaron de jugar porque el de padres y madres no era tan divertido, mucha lata eso de parir con dolor, de ensanchar las caderas que tanto le había costado moldear, de perder la frescura de la piel a base de noches en vela. Así llevaban veinticinco años, tan felices y enamorados como el primer día de recreo en el que Espe le tiró un beso a Luismi bajo la palmera enana del patio del colegio.

María Arancha me presentó, según lo acordado, como un compañero de la universidad, éste es Ricardo Blanco, lo que es la vida, casi seis años sin vernos y me lo encuentro hace un mes en Triana, me llevé un alegrón, si supieran la de cosas que nos pasaron en Madrid, un buen amigo Ricardo, tal y cual y esto y lo otro. A nadie pareció extrañarle mi presencia allí, tal vez porque las noticias, entre los pijos, corren como la pólvora y ya estaban sobre aviso de mi existencia. Desplegaron la mejor de sus sonrisas y la velada brilló por la amabilidad y la solicitud con que me atendieron todos y cada uno de los colegas de Maracha, así llamaban a mi cliente. Sobre todo Mariana Bosch, una muchacha fuerte, como diría mi madre para referirse a las que lindan entre el sano color y el exceso de balumba, que sonreía a todas horas. Me dio la impresión de que estaba algo turbia de mente cuando me estrechó la mano, una mano fofa y gelatinosa que se me resbaló nada más tocarla y me dejó un rastro aromado de Chanel y maquillaje. Mariana fue la primera en someterme al tercer grado, ¿tú eres Blanco?, ¿de los Blanco de toda la vida?, ¿eres familia de Ana y Catalina? Ana y Catalina estudiaron conmigo en las Teresianas, mal empleaditos dinero y tiempo porque, la verdad, no salieron de brutas, menos mal que se casaron pronto porque, eso sí, guapas un rato largo y simpatía para dar y regalar; ¿conoces a los Blanco que son dueños de Melbourne, la boutique de la calle Constantino?; ésos tienen más dinero que caspa, bárbaros, empezaron con una tienducha de lencería y ahí los tienes, montados en el dólar, con un pedazo de barco en Tauro y un palacete en el Moñigal.

Cuando le iba a responder una impertinencia a la tal Mariana, justo cuando estaba a punto de contarle que yo era Blanco-Leche, de los de Las Coloradas de siempre y que ni puñetera idea de quiénes podían ser la tal Ana y la tal Catalina, pero que mire usted a ver si tienen una hermana soltera que, con esos genes, me podían solucionar a mí la vida, guapas, tontas y con pasta, justo entonces llegó a rescatarme María Arancha, mi Maracha salvadora, con una copa llena en cada mano y una mirada

cómplice a medio camino entre copa y copa. Le dijo a Mariana que no me monopolizara, que me prestara un poco para que los demás gozaran también de mi compañía y me llevó a aliviarme de tanta estupidez a un rincón en donde Carima soportaba en silencio la receta del bacalao al ajo arriero que le daba la dueña de la casa.

A todas éstas, Fede y Justo se habían agenciado una guitarra y un timplillo y estaban empezando a entonar un bolero rancio de borracho majadero, *llévatelaaa, que al fin y al cabo piensa mucho en ti*, a voz y media, la voz entera de Justo, algo asopranado para mi gusto, y la media de Fede, ronco de tanto cubata de ron. Cuando llegaron a *te suplico la lleves por el bien de los treeees*, a Justo se le pusieron los ojitos birlochos y, si no es por mi natural inclinación a la modestia, hubiera jurado que me dedicaba una mueca zalamera. Pensándolo mejor, opté porque la dedicatoria fuera para María Arancha, pero ella me sacó de dudas, creo que le has gustado, Ricardo, cuando le pasa, se le pone la risita tonta, ahora pondrá morritos de marujona, ¿lo ves?, y se le atiplará la voz, óyelo, sólo le falta una ligera babilla, ahí, sí, ya está, no hay la menor duda, definitivamente, le gustas, me pregunto qué haría Bogart en un caso así.

Pero, claro, yo no era Bogart, a mí qué los gustos de cada quien, de modo que me limité a desdeñarle las cucamonas a Justo, le di la espalda a sus carantoñas y le dediqué toda mi atención a Carima, que por entonces estaba en la tarea de encontrar increíblemente interesante que Espe desalara el bacalao con agua de Lanjarón y dos gotas de lejía. María Arancha las interrumpió para infiltrarme a mí en el debate, Ricardo hace una sama al horno de impresión, con setas y albahaca, que le dan un sabor magnífico al pescado, no digas que no, tonto, que yo me acuerdo de los inviernos de Madrid, en tu piso de Malasaña, cómo se apuntaba hasta el cartero a la hora de almorzar.

Cuando me quise dar cuenta era el centro de atención de una conversación culinaria de alto copete, yo, cuya mayor especialidad es abrir una lata de mejillones y echárselos a media escarola y un tomate. Gracias a Dios a Carima parecieron aburrirle mis destrezas en la cocina y cambió de tercio para contarnos, entre canapé y pinchito de lomo, su última operación a corazón abierto, un niño de seis meses, que ya estaría gateando como un poseso por el salón de su encantada madre, nos habló de lo difícil que le fue llegar a la arteria dañada, hizo gestos con un cuchillo de plástico para marcar en el aire el camino de su bisturí, llegó a utilizar un trozo de esponjosa tortilla a la paisana para explicarnos cómo había que separar los tejidos sin que sangrara demasiado, hizo una incisión de la que no manó ni una gota de huevo hasta retener un taquito minúsculo de chorizo. Espe aprovechó el momento de tensión para salir corriendo al retrete con una mano en la boca y la otra golpeando a todo el que se le ponía por delante igual que un jugador de rugby. Aunque, por suerte, no llegamos a

verlo, convinimos en que había logrado un ensayo antes de que ningún rival pudiera placarla.

Carima amagó una defensa y probó a disculparse pero se le notaba a la legua que lo había hecho aposta, que su relato cruento había sido de lo más premeditado para sacarse de encima a la pelma de Espe y su bacalao, para quedar tranquila y gozar de un rato de paz entre tanto barullo de rechinar de platos, boleros desentonados y culichicheos de portero. Cuando nos quedamos a solas en la esquina de la sala donde echaba raíces, en un jarrón inmenso, una hermosísima palma norteña, Carima volvió a darle la vuelta a la charla, para, esta vez, en un tono más suave, no tan exagerado como el que usó para narrar su intervención quirúrgica, contarme cosas menos perversas al oído, mi trabajo es, la mayor parte de las veces, muy poco seductor: me dejo la juventud haciendo guardias, tomándole el pulso a los viejitos, controlándole la respiración a los asmáticos, restándole importancia a los dolores de la gente que, cuando le dicen que tiene que visitar al cardiólogo, de buenas a primeras empiezan a verle las orejas a la muerte, desvarían con alucinaciones y pesadillas, se notan un olor fétido en el aliento; el cincuenta por ciento de los casos que me llegan son gases, el otro cincuenta pequeñas lesiones, arritmias, cansancio en general, sin embargo, alguien tiene que estar ahí para escucharlos.

La mujer parecía hastiada no tanto de su trabajo como de su vida. Según me había contado María Arancha, era una brillante profesional, había estudiado en las mejores universidades, había hecho sus prácticas en los más prestigiados hospitales de Estados Unidos y se la disputaban numerosas clínicas privadas de la ciudad. Sin embargo, ella prefirió dedicarse a la medicina pública, dicen que para aplacar su mala conciencia de clase. Es curioso cómo es la gente rica, gente del diablo que diría mi abuelo, con las cosas de la conciencia: se pegan toda la vida excusándose de tener tanto dinero, justificando sus fincas, sus coches, sus vacaciones. Conocí una vez a una muchacha cuya familia era dueña de media Tirajana. Su padre la obligaba a subir a Las Palmas en un mercedes azul, blindado hasta las ruedas, porque se sentía amenazado por mafias fantásticas. La iba a despedir a la puerta de su mansión, le daba el visto bueno a su traje y a sus zapatos charolados y la besaba en la frente como Vito Corleone hacía con sus ahijados. Ella, por el camino, se cambiaba las ropas por unos desastrados pantalones y una camisa vaquera vieja, se ponía unas sandalias abiertas de esparto, se bajaba en La Laja, untaba al chófer con una buena propina para mantenerlo callado y tomaba la guagua en San Cristóbal. Ya en la ciudad, se movía con timidez por las calles, comía en los bares de barriada donde lo propio es tirar las servilletas y los palillos al suelo, que luego es más fácil de limpiar que las mesas, e iba de tiendas al *noventainueve*, a comprarse bragas de trescientas cincuenta pesetas y sostenes de encaje malva, dos por uno y medio. Luego regresaba a su guagua y volvía a pararse en San Cristóbal, donde la esperaba el chófer para llevarla de regreso a casa.

Una vez le pregunté por qué lo hacía. Y ella, con la sonrisa más desdichada que he visto en mi vida, me contó la historia de una pobre niña rica abandonada por el único hombre al que había querido. Éste, en un arranque de crueldad innecesaria, le escupió a la cara que sólo había estado con ella por su dinero, la despechó de una forma tan ruin que la chica se juró que jamás volvería a pasar tamaña vergüenza. A partir de ahí, sólo iba con tipos asquerosos a quienes invitaba a copas, tipos que la llevaban a mugrientos cuartos de pensión, sin estrellas pero con unas cucas del tamaño de su dedo índice, tipos para quienes se vestía —y se desvestía— de fulana barata. A la pobre le olían las lágrimas a alcanfor.

Carima no llegaba a tanto pero, a su manera, también pagaba su tributo de conciencia malherida. Podría trabajar un par de horitas por la tarde en una consulta bonita y limpia, ganar para vivir las siete vidas del gato y tener el resto del tiempo libre. «Es verdad, Ricardo, podría hacer todo eso y tendría más tiempo, pero, en serio, dime, tiempo para qué, ¿para pasear sola?, ¿para ver tiendas?, ¿para ir a la playa en febrero?, ¿para tomar el té con otras mujeres igual de defraudadas que no paran de contarse sus miserias de pañales cagados y sarampiones? El tiempo es algo demasiado precioso para malgastarlo de esa forma».

¿Cuántas veces había oído yo esa desdichada historia? ¿A cuántas mujeres les escuché el secreto de la infelicidad? Mujeres que se desgañitaron en sonoras manifestaciones gritando *igualdad* para evitar caer en la mala vida que sus madres vivieron —sartenes, pañales, calzoncillos remendados—, mujeres que empezaron más temprano que tarde a envidiar la dicha de los potajes de acelgas y el macramé, por eso también pronto se apuntaron a un curso de cocina rápida y a otro de restauración para llenar un vacío inexpugnable. Porque no se puede dar misa y repicar en la misma jugada, porque —ya lo decía Gómez de la Serna— el otro lado del río siempre estará triste por no estar a este lado y eso no se remedia ni con un puente, porque no hay dios que pueda soportar la presión de ser dentista o jueza o maestra de escuela y, luego, también madre, Carlos Arguiñano, ama de casa, amante hábil y mañosa, qué carajo de vida es ésa, quién tiene ganas de dejarse amar a gatas encima del poyo de la cocina después de haber hecho croquetas de pescado, quién de contarle a los niños, otra vez, el cuento de la liebre y la tortuga tras acabar un balance diez veces retocado para burlar a Hacienda.

Admiraba la tenacidad de mujeres como Carima, pero no le arrendaba las ganancias. Por eso me dediqué a atender sus pensamientos ácidos en la esquina de la palmerita mientras Justo entonaba *sabrás Dios si tú me quieres o me engañaas* con sabor a ginebra y tónica. Maracha me miraba mirar a Carima y seguro pensaba qué estaría pensando el detective que tan atento escucha. «Mi corazón espera —recitaba yo para mis hígados— también, hacia la luz y hacia la vida, otro milagro de la primavera».

La velada se fue diluyendo en banalidades. Con los últimos restos de canapés y aceitunas, se nos fueron las ganas de mantener el tipo. María Arancha parecía cansada ya de fingir, para muestra un botón, y decidió que se quería ir a casa. A eso de las dos y media, nos despedimos de sus amigos no sin antes haber aceptado una invitación para salir en el barco de Pablo Bosch a navegar, el siguiente fin de semana. Sería una inmejorable oportunidad de intimar algo más con el asesino, si es que estaba en aquel grupo, o si es que había asesino, porque, hasta entonces, sólo tenía una corazonada y las ansias desesperadas de agradar a María Arancha, pero ni una sola prueba, salvo la fotografía del pijo Camember con su mano en la bragueta, algo con lo que no hubiera podido reabrir el caso sin quedar como un pichafloja enamorado.

De vuelta a la ciudad, mi nueva amiga se acurrucó en su asiento y entrecerró los ojos. No quise quebrantar su silencio, había pasado por una dura prueba estando tan reciente su dolor, así que apagué la radio y conduje despacio hasta su casa. La Luna se había instalado en lo alto del cielo, su reflejo de plata en las aguas negrísimas del mar de Bañaderos. Al fondo, el esqueleto iluminado de Las Canteras se dejaba mecer por las olas de una hermosa noche de San Diego. Me dio por pensar en mis años de universidad, en los verdaderos, no en los que Maracha y yo nos inventamos para resolver un crimen, San Diego era uno de los días más divertidos de año: nos fugábamos de clase y, en una ladera que lindaba con el cementerio, celebrábamos una *pollada*. La *pollada* no era otra cosa que un asadero de pollos que comprábamos, muy de mañana, en la carnicería de Blasito en la Recova. El sarao duraba hasta el amanecer y acabábamos contando historias de desenterrados y de regresados de la muerte, de brujas y demonios, algo que, si añadimos a media botella de ron miel por barba, solía afectar al entendimiento de más de uno, que terminaba viendo a la Virgen.

Fue en San Diego cuando, después de cuatro meses de felón arrinconamiento, conseguí desbaratarle la timidez a Rosa Montelongo debajo de un laurel de indias. Aquella noche cayó un aguacero tibio y pegajoso que se confundió con mis ganas de ella y con sus dudas sobre mí. La lluvia empapó su blusa blanca y su sostén celeste, y arreboló sus pezones grandes y negros como las onzas de chocolate que comprábamos de chicos en la plaza. Aquella noche me pegué a sus tetas, que sabían a restos de orejones de melocotón, mientras Rosa atemperaba mis deseos, no tan fuerte, bruto, que me las vas a gastar y a ver qué te doy a chupar mañana. Rosa tenía el sexo de color zanahoria, igual que su pelo, y para mí que goteaba un humor dulzón, como a licor de arándanos, o quizá fuera la lluvia de noviembre empapando sus muslos. El caso es que me emborraché de Rosa Montelongo, cosecha del sesenta, y, para ser sincero, tres años me duró la borrachera, milnoventaiséis días con sus noches en los que seguí rastreando entre sus piernas el mismo sabor rico de la noche de San Diego,

sin conseguir regresarlo jamás.

Estaba yo hurgando en mi mocedad cuando María Arancha se desperezó a mi lado, se restregó los ojos y, entre bostezo y bostezo, me saludó, lo siento, me he quedado traspuesta, demasiado vino para lo que acostumbro, ¿ya estamos en Las Palmas?, ¿cuánto tiempo he dormido? Dios mío, ¿son ya las tres?, con razón estoy tan muerta cadáver, llevo una semanita que no puedes imaginarte, menos mal que mañana es fiesta, ¡qué noche!, ¿verdad?, parece pintada, y mira qué mar, mañana va a llover, fíjate el horizonte qué color tiene, seguro que llueve.

—¿También eres zahorina?

—No. Pero mi madre siempre dice que cuando al horizonte se le tiñe el bigote de blanco es que va a haber lluvia.

—Si tu madre lo dice.

—De veras, muy pocas veces se equivoca.

—Ya.

—Oye, Ricardo, no me has contado. ¿Qué te pareció la cena?

—Algo salada.

—No, hombre. Me refiero a la pandilla.

—Yo también. A primera vista, parece gente normal, como tú dijiste. Hasta echan la pota.

—Carima se pasó tres pueblos con el relato repugnante de su operación. Sabía que Espe no lo iba a aguantar, pero es superior a sus fuerzas. A veces le puede ese humor acre de hija única.

—¿Es hija única?

—Sí.

—Mira por dónde. Igual que yo.

Ni que decir tiene que María Arancha no había querido insinuar que todos los unigénitos fuésemos iguales, pero todo lo que tenía Carima de inteligente lo tenía de cruel, debido, sin duda, a la falta de hermanos con quienes desfogarse en la infancia. Era una mujer íntegra Carima, de enorme corazón, pero a veces le venían esos bucheros de ácido y la tomaba con quien más a mano estuviera. María Arancha intentó endulzar su comentario, pero a peor la mejoría porque, con cada defensa que hacía de su amiga, más injustificables parecían los excesos de saña de la eminente cardióloga, es que no quiero, Ricardo, que te lleves una impresión errónea de ella, porque no es siempre así, tienes que conocerla en sus momentos de ternura, cuando te habla de su trabajo en el Sáhara con los niños refugiados, ¿sabías que pertenece a Médicos sin fronteras?, fue una época durísima para ella, sus padres se llevaron un disgustazo, Carima es... «Espera, espera —la corté sin aspereza—, no te embales. Todavía no sabemos si ha habido un asesinato, ¿verdad? Lo barruntamos, pero sólo son conjeturas. Luego no estamos hablando de sospechosos. Estás actuando como si

cualquiera de esas personas tan agradables con quienes acabamos de cenar pudiera haber matado a tu prometido. Tienes miedo. Y quieres evitar que sospechemos de uno y nos equivoquemos. Yo todo eso lo entiendo. Pero, mira, por mucho que tú digas de ellos, por muy malos que sean en la intimidad, hablamos de matar a alguien a sangre fría, de acercarte a un ser humano al que conoces y, aprovechando un descuido, pegarle un tiro en la cabeza, hablamos de esa atrocidad, no de falsificar las notas ni de ponerle los cuernos a la novia. ¿Estamos? De modo que no te expliques tanto y deja que el tiempo coloque a cada quien en su sitio».

María Arancha me miró como si hubiera visto una aparición y se quedó colgada en el bigote blanco del horizonte que amagaba lluvia. Se tomó unos instantes para pensar en lo que iba a decir y luego habló en voz baja, fue uno de ellos, ¿verdad?, acabas de decirlo, el que mató a Toñuco lo conocía, no había señales de lucha ni cosas por el estilo, uno de ellos fue a verlo esa noche, ¿verdad?, y se sentó enfrente de él, y se buscó una excusa para levantarse y recorrer el estudio, para colocarse detrás de él y ponerle un arma en..., joder, es tan horrible. El llanto de María Arancha se confundió con el sonido de la lluvia que empezó a caer, primero despacito y luego a borbotones, sobre los cristales. Y a mí todo se me vino en recordar un soneto de Borges que habla, precisamente, de la lluvia. Pero me limité a apoyar mi mano en su brazo desnudo y aterido del frío, carajo, Maracha, al final tu madre tenía razón.

Toma IV

Me pasé los siguientes días hojeando álbumes de fotografías. Necesitaba un cabo del que agarrarme, de modo que, al dejar a María Arancha el viernes en su casa, le había pedido que me enviara cualquier cosa que pudiera servirme para hacerme una idea de su vida junto a Camember: fotos, cartas, breves notas, cualquier cosa. Ella me mandó, incluso, una cinta grabada con la voz de Toñuco, durante un viaje de éste a Cuba con la delegación comercial del Gobierno Autónomo, en la que le decía cuánto la extrañaba. No sé si por deformación profesional o por exceso de cinismo, pero hubiera jurado que el novio de la Manrique estaba de picos pardos con una habanerita prieta de diecisiete años, con cara angelical y caderas demoníacas, en el mismo instante en que entonaba, con voz arrobada, el *mea culpa* por haberla dejado tanto tiempo solita en Las Palmas. Piensa mal y acertarás.

Me empapé de sus recuerdos de familia. De todas formas, nada podía hacer hasta el fin de semana en que volvería a verlos a todos en el velero de Pablo Bosch. Además, María Arancha me pagaba por día trabajado, así que me dediqué, con paciencia y una lupa, a escudriñar miradas y gestos en cada uno de los amigotes de Camember. Había fotografías de cumpleaños disparatados. De bodas distinguidas. De asaderos campestres en los que un grupo de amigos, abrigados hasta el cuello y con guantes de ganchillo, exhalaba un vaho grisáceo. De días soleados en los que esa misma gente se ocultaba, vergonzosa y cortada, detrás de unas toallas. Busqué, como siempre, lo inhabitual en una escena habitual, la deformidad en la perfección. Me fijé, por ejemplo, en el detalle de que, en la mayor parte de las fotografías, había un curioso intercambio de parejas: nadie aparecía con la suya. Luismi estaba con todas menos con Espe, Mariana con todos a excepción de Pablo, Toñuco nunca se sacaba fotos con Maracha, Fede se colocaba en la otra punta de la imagen en la que estaba Carima, y Justo no tenía ni una sola con las chicas. Por lo menos en grupo, cada cual parecía ir a su aire.

Me detuve, la tarde del miércoles, en las imágenes en las que estaban todos en una playa, creo que Montaña de Arena. Era un día luminoso, con ese cielo azul tan parejo que sólo puede verse en el sur de la isla, ese cielo que parece pintado a brocha gorda, ese cielo que comienza a la entrada de Telde y se expande hasta más allá de Mogán. El fotógrafo no parecía demasiado fogueado en contrastes y distancias: o tenía una tajada como un piano de cola —algo que no debería desdeñarse por las caras de todos—, o no tenía ni idea de cómo hacer que funcionara la cámara. El caso es que las fotos salían o muy desenfocadas o demasiado lúcidas, algunas tenían la huella de un dedo gigantesco y difuminado en una esquina y, en otras, los personajes estaban tan lejos que no se veía más que una sombra en mitad de la arena. Sin embargo, había alguien que siempre salía bien, alguien que no pertenecía al grupo de

los pijos, alguien del que yo no había oído hablar. Era una mujer morena, de piel azul, como las tuareg. Alta, tremendamente elegante hasta llevando sólo un bañador, de una belleza fría y cortante, se parecía a Alida Valli, con esa tristeza insondable, en la escena del falso entierro de Harry Line-Orson Welles en *El tercer hombre*. Yo fui a ver la película, siendo un chiquillo, al Torrecine y aún recuerdo como si fuera hoy la mirada de desprecio de la Valli a Joseph Cotten cuando éste traiciona a su amigo Harry, a quien ella amaba con extrema pasión.

La mujer misteriosa parecía ser el centro de todas las atenciones. Cada vez que su imagen surgía de entre el montón de fotos, ella estaba espléndida, y Fede, Toñuco o Luismi la observaban embobados, de reojo, con descaro, cualquier disculpa era buena para estar cerca de ella. Las chicas, sin embargo, no la miraban en ningún momento. Sin embargo, no era indiferencia lo que manifestaban esos ademanes. Aquello estaba más cerca del miedo que de la desgana. Recordaban a la expresión áspera de los felinos que sienten invadido su territorio. ¿Quién era esa enigmática mujer? ¿Qué podían temer de ella Espe, María Arancha, Carima o Mariana? ¿Qué hacía allí con ellos? ¿Por qué no salía más que en aquellas imágenes? Por los peinados y los trajes de baño, supuse que las fotos habían sido tomadas el último verano.

En efecto, en el reverso de algunas rezaba una leyenda: *Montaña de A. Julio de 1998*. ¿Tendría alguna relación la aparición de la desconocida con la muerte de Camember? Lo único cierto es que no podía plantearle el asunto a bocajarro a Maracha, porque se me pondría a la defensiva: ella también parecía participar del desconcierto que Alida Valli generaba en todos ellos. Había que buscar una manera más sutil de abordar la cuestión, a solas y antes del sábado, para comprobar la reacción de María Arancha Manrique sin testigos. Más tarde, en el barco, ya habría tiempo de lanzar la bomba.

El viernes por la tarde llamé a mi cliente. Le propuse una cena en un barito de pescadores, tranquilo y apagado, donde no se sintiera culpable por pasárselo bien apenas diez días después de la muerte de Toñuco. Le dije que quería preparar la estrategia para el día siguiente, que no se trataba de una cena de placer, sino del más estricto trabajo, que no tenía por qué divertirse. Ni siquiera hacía falta que sonriera. Ni que se vistiera para mí, unos vaqueros y una blusa sin mangas valdrían, unas botas valdrían, una rebeca de punto valdría, no te hace falta bolso, invita la casa, ¿las llaves?, las llaves te las guardo en el bolsillo de mi chaqueta; te recojo a las nueve y media, vale, a las diez mejor.

A las diez menos cinco estaba yo, aparcado en doble fila, a la puerta de su casa. Observando mi coche cochambroso, un Volkswagen del ochentatrés hecho en Brasil que me daba más lata que un hijo tonto, me vi, puestos a hacer comparaciones cinematográficas, más cerca de Clouseau que de Marlowe. Maracha bajó a las y cinco. Estaba claro que no había podido resistirse a ponerse guapa. Nada de

pantalones y blusa sencilla. Llevaba un traje azul de falda y chaqueta que me llevó a *Casablanca*, a la escena en que Rick, mordido por la rabia, le escupe a Ilse el recuerdo del día en que los nazis entraron en París y ella lo dejó botado en una estación con lluvia: «Los alemanes vestían de gris y tú de azul». Maracha —no Ilse, claro—, llevaba también una camisa clara salpicada con un broche lapislázuli en forma de libélula. Se había recogido el pelo en un moño y, en el colmo de la coquetería, se había pintado las uñas del color de la libélula. Gracias a Dios, presumo de conocer a las mujeres, al menos hasta que llegan los postres, que después se me convierten, como por encantamiento, en seres indescifrables y cambiantes como la plastilina, así que me vestí algo más formal.

Al verla aparecer, salí del coche para abrirle la puerta, porque el Volkswagen estaba ya viejito y se atoraba a cada rato; luego, regresé a mi asiento y puse la radio. Maracha me miró, entre extrañada y complacida por mi gesto, seguro que al tolete de Camember jamás se le ocurrió tamaña cortesía, a los pijos, ya se sabe, sólo se les nota la educación en las «eses» finales y el reloj de medio kilo. Cruzamos la Victoria y el Mercado Central y tomamos la autovía para ir al restaurante. Hube de parar en la estación del Teatro porque apenas me quedaba gasolina. «¿Cómo sabes cuándo tienes que repostar en este cacharro? —me preguntó mi acompañante, divertida—. No tiene lucecita de combustible». «Lo calculo por el peso —le respondí fingiéndome ofendido—. Además, no le llames cacharro, que es chica. Se llama Mildred. Es una larga historia que tiene que ver con un viaje a Bristol el año en que me lo compré. Le puse Mildred por una mujer que conocí entonces. Así que no lo llames cacharro. Todo lo más, carraca».

María Arancha estaba más calmada que la última vez que salimos, al regreso de la cena de los pijos. Buena conversadora, sonreía más a menudo, gastaba algunas bromas y se perdía menos en los desconsolados silencios de los primeros días. Me habló de su infancia, de sus años de instituto, de cómo era de gordita y cómo había adelgazado quince kilos cuando la cambiaron de curso, porque ella era la última de tercero-A y, entonces, llegó al colegio una chica nueva, Patricia Aguiar y, por una cuestión de apellidos, Maracha pasó a ser la primera de tercero-B y dejó de estar con sus amigas de siempre. Le cogió una manía infinita a Patricia, cada vez que la veía se le revolvía el estómago; tan acentuada era la inquina que, a la primera oportunidad, se la devolvió y le levantó a Diego «Queco» Mentado. Diego no era mal chico, tenía cierta gracia, pero era un pelmazo, de ahí lo de *Queco*, abreviatura de *qué coñazo*. María Arancha nunca se había fijado en Diego pero, desde que se enteró por su prima Teresa que Patricia andaba coladita por él, todo se le fue en una conquista infame, una innoble guerra de guerrillas, para ganarse los favores de Queco Mentado.

—Y ¿lo conseguiste?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

Eso es que consiguió, faltaría más, quitarle el novio a Patricia, pero luego se enteró de que todo había sido un plan urdido por Teresa quien, en realidad, era la que estaba enamorada de Diego. La muy rastrera, conociendo la tirria que Maracha le tenía a su oponente, la utilizó de arma arrojadiza para despejarle el terreno. Al final, Queco Mentado se quedó muy jodido cuando María Arancha lo dejó plantado, después de una semana en la que su amor parecía ir sobre ruedas. Y ¿quién estaba allí para consolarlo? Eeexacto. La dulce y paciente Teresita Peña. La solícita prima Teresa. Pañuelo-de-lágrimas Tere, a partir de ahí. El caso es que se casaron cinco años después, al acabar la carrera, y ya van en busca del tercer chiquillo. Y Maracha aprendió a no meterse donde no la llaman porque salió pringada hasta el carné de aquella historia.

Las mujeres son la leche. Cuatro siglos intentando indagar si tienen alma, cuando la cuestión es qué tipo de alma tienen, porque, al carajo con su sensibilidad, a la gran puñeta la delicadeza si se les mete la mala baba y enfilan a alguien. Un hombre, en su absoluta simplicidad, le hubiera mentado los muertos a quien fuera, le hubiera dado dos trompadas, hubiera recibido de él otras dos, se hubiera agarrado una buena tajada con el enemigo y se acaba la gaita. Jamás se le hubiera ocurrido un plan tan maquiavélico, le falta la inteligencia necesaria para enredar tanto. «Ahí te salió la vena Bogart, mucho tiempo de detective para no contagiarte. De todas formas estoy de acuerdo contigo en lo de la absoluta simplicidad de los hombres».

Los chipirones estaban de auténtico vicio, la botella de Bach frío enturbió las pupilas y la calidez de la esquina sombría —mesa de madera quemada y mantel de hule verde mar con rancios lamparones—, alentó las confianzas, ¿nunca te has casado, Ricardo?, seguro que has debido de tener un par de breves historias que no llegaron a cuajar porque tu trabajo es lo primero, porque las damas no estaban dispuestas a compartirte con guardias a deshora y acechanzas nocturnas, porque se negaban a una vida entera de recelos, a qué mujer le gusta no saber dónde pasa la noche su marido.

Me sorprendió la pregunta, el ladrón nunca espera que le roben. Tras dar un largo trago y dejar la copa de vino suavemente en la mesa y sonreírle con mimo, gané tiempo para responderle, qué dices, Marachilla, ni siquiera se acercaron a eso; la verdad es que yo he sido siempre culo de mal asiento y no he dejado que las cosas llegaran a ese extremo; nunca he pasado la prueba del cepillo de dientes; sí, mujer, ya sabes, uno se queda una noche en casa de la chica y ya está, incluso puede repetir el sábado siguiente o un miércoles, si me apuras, después del cine, pero el primer síntoma de que estás cruzando la línea dura son dos cepillos de dientes en el mismo lavamanos, ahí sí que ya no hay vuelta atrás; pues, bien, jamás en la vida he llegado a dejarme el cepillo en el vaso de nadie; ¿que si nunca he dudado?, mujer, nunca, lo

que se dice nunca, no, una vez reconozco que no me hubiese importado hacer la prueba, pero en esa ocasión fue ella la que se rajó.

Su nombre era Cristelle y era francesa. Había llegado a Las Palmas, un verano, buscando algo de sol y se quedó. Trabajaba en un pub, La linterna, uno que estaba por la calle Montevideo. Allí solía ir yo mucho con los amigos a tomar la penúltima. A veces tocaba un grupo de jazz y yo me aficioné a Dizzie Gillespie, al dolor negro de Emmett Perry y al loco de Chet Baker, *I waited for you* le tarareaba desde mi butaca alta mientras Cristelle servía copas como nadie en el mundo. Era un muchacha menudilla con unos ojazos inmensos. Es curioso que eso es lo que mejor recuerde de ella: sus vivos ojos de melaza en la penumbra, mirándome desde detrás de la barra. Cristelle era, creo que lo dije, pequeñita y nerviosa. No paraba de moverse a todas horas, tanto se movía que una tarde se fue a trabajar y ya no volvió. La anduve buscando por toda la ciudad, pero nadie supo darme señales de su paradero. El dueño de La linterna, tras rogarle, primero, y amenazarlo con una denuncia por secuestro, después, me contó que Cristelle se había despedido porque le ofrecían un mejor sueldo en otro bar, pero no sabía cuál. A las dos semanas recibí una postal suya de Menorca en la que me decía que había llegado un antiguo novio y la había contratado para trabajar en el mejor pianobar de toda Baleares y, claro, no podía desaprovechar esa oportunidad. Otra que se me despidió por escrito igual que Carolina y su nota en el imán del frigorífico. Debe de ser un destino siniestro que me acecha, un mal de ojo, un antojo de mi madre, sólo que, en vez de nacer con una mancha marrón en la cadera o en la tetilla izquierda, nací con una propensión indescriptible a ser abandonado. Cristelle, en contra de la actitud de Carolina, ni siquiera se disculpó. Su postal sólo me informaba de lo que yo ya tenía claro: que había decidido dejarme. Y punto.

A María Arancha pareció emocionarle mi relato. Tengo para mí que me creía un tipo duro, la imagen del frío y escéptico Sam Spade seguía planeando por su mente, y no podía creerse que sangrara tantísimo por las heridas del corazón. En un momento de la velada, cuando llegaba yo a la parte en que las mujeres acaban por dejarme botado, Maracha puso su mano tibia sobre la mía y, con afecto solidario, la retuvo un leve instante, ese leve instante de la madrugada en que nos da por soñar las guerras púnicas de cabo a rabo, ese instante sutil en que una vida se convierte en aire. ¿Eran imaginaciones mías o aquella mujer estaba empezando a tenerme cariño? Una semana me duró la sensación cálida de sus dedos finos, creo que hasta su anillo de estaño pulido con forma de corona se quedó grabado en mi mano, y su olor, carajo con su olor, aún me dura, casi un año después.

Pero tuve que jeringarla con aquello. No podía esperar a que se congelara la cuestión de la misteriosa mujer de las fotografías. Me cargué la velada y a pique estuve de cargarme mi historia con Maracha, más *my melancholy baby* que nunca,

tengo que preguntarte algo, María, me he pasado la semana leyendo entre líneas y mirando fotos a ver si algo se desencuadraba y, tanto va el cántaro a la fuente, se desencuadró. Le conté a la Manrique el desasosiego que me produjo la imagen de aquella muchacha. Y la Manrique fue mudando de expresión, gradualmente, igual que en esas escenas del cine en que se ralentiza todo para agigantar el drama fatal. Hasta la música dejó de oírse. Dejaron de oírse voces, murmullos, resonar de cubiertos, descorchar de botellas. La vi ruborizarse, perder peso, bajar la vista a su plato vacío, ausentarse del todo. La vi recuperarse, coger fuerzas, recobrar la calma. Y la vi mentir por vez primera. O eso creí. Le bastaron unos segundos para armar una respuesta llena de contradicciones, brusca, ilógica. La mujer del bañador negro se llamaba Amanda, qué otro nombre. Amanda significa «digna de ser amada» y aquello era lo que indicaban las miradas al vuelo de las fotografías. Amanda apareció, de repente. La traje Justo una tarde de principios de verano y un mes más tarde, agonizando julio, se evaporó, dejó de asistir a las reuniones. ¿Eso es todo? Eso es todo.

Ni loco me creí la historia. Media verdad dicen que es como doble mentira. Y al relato de María Arancha le faltaba el nudo: tenía presentación y algo parecido a un desenlace, pero no tenía nudo. No me supo explicar cómo había llegado Amanda a apoderarse de la situación de aquella forma.

¿Quería Maracha que me creyera que la chica apareció y desapareció como por ensalmo? Una mujer así, por mucha mujer-Guadiana que fuera, no cae del cielo. Podría creerme que llegara de la mano de Justo, los homosexuales se dan una maña cojonuda para rodearse de mujeres de bandera, pero no que se fuera, así, sin más. Y menos que nadie la echara a faltar. María Arancha intentó convencerme de que no caía bien, era una estirada, Ricardo, se tiraba los *peos* más altos que el culo, fíjate que yo creo que vino a ver si cazaba algo, los niños están forrados y se dejan embrollar igual que memos; y, como vio que no había nada que rascar porque todos estaban comprometidos y no tenían intención de cambiar malo conocido por bueno por conocer, se marchó por donde había venido, no duró ni un verano; creo que vas descaminado si buscas explicaciones a lo de Toñuco por ahí.

—¿Dónde puedo encontrar a la tal Amanda?

—Yo qué sé. No se la volvió a ver más.

—¿Quién puede decirme?

—A lo mejor Justo sabe algo. Pero yo no me haría muchas ilusiones. El pobre se llevó un chasco. Se sintió culpable por habérsela presentado.

—Y ¿dices que se esfumó?

—Con el rabo entre las piernas.

Iba a preguntarle con el rabo de quién, pero me pareció que la broma se salía de madre, ya había puesto en apuros a la Manrique demasiado tiempo y no quería

desperdiciar lo poco de noche que nos quedaba. Volvería sobre mis pasos al día siguiente. Por ahora me bastaba con pedir un *Carlosprimero* y pedirle un *Frangélico* a María Arancha, a ver si le endulzaba la mirada, que se le había enfangado con lo de mi infiel Amanda. Poco a poco recobró el ánimo, me creyó convencido de la inutilidad de seguir indagando por la misteriosa dama del bañador negro y volvió a contarme cosas de su juventud, de su familia, de cómo había llegado a montar la asesoría jurídica, cuánto le costó al principio porque no quiso que sus padres le dejaran el dinero, y pidió un préstamo al banco, ya lo tengo medio pagado, no te creas, pero, inicialmente, me tuve que apretar los machos hasta hacerme con una cartera de clientes más o menos segura; empecé sola y ahora tengo a dos chiquitas jóvenes trabajando conmigo, prefiero las mujeres porque son más serias, no se me van de juerga entre semana ni me llegan con resaca malamañada a la oficina, se aguantan la regla como me la aguanto yo y no se me ponen enfermas a cada rato; sí, ya he visto que tú también tienes a Inés en el bufete, pero a éstas las he elegido yo, y son buenas y, además, son guapas, y están ahí por lo primero y no por sus piernas.

Le conté cómo había heredado a Inés de mi socio y a María Arancha le hizo mucha gracia. Por supuesto, se puso de parte de la mujer de Miguel. A medida que transcurría la noche nos fuimos olvidando del caso Camember y la velada empezó a parecerse más a una cita. En un momento, cuando se levantó para ir al lavabo, me sorprendió mirándole el culo y se volvió un instante y me sonrió con cierto descaro y para mí que agudizó el contoneo de caderas. Al regresar, se había retocado los labios y su pelo brillaba algo más, como si se hubiera engominado las puntas, que le caían a un lado de la frente. Me preguntó qué hacemos ahora, Ricardo, ¿adónde me vas a llevar a tomar una copa?, hace siglos que no salgo y tengo ganas de ver gente y escuchar música buena, y bailar, eso, ¿hay algún sitio donde se pueda bailar sin que te despachurren viva? Y yo, en la gloria, le contesté no sé, tampoco trasnocho mucho pero se puede intentar, me han hablado de un lugar donde toca un grupo de salsa en directo, yo bailando soy malo como carne de pescuezo, pero algo encontraremos.

La casa nos invitó a otra copa antes de que nos fuéramos y Maracha la rechazó con gracia, qué va, qué va, si me tomo algo más acabaré bailando la danza de los siete velos encima de la mesa. El camarero le respondió, siguiéndole la corriente, que entonces la cena nos saldría gratis y que le haría un contrato para los fines de semana porque la chica que bailaba se había despedido y se había llevado los velos con ella. Maracha estaba encantada con el piropo, ¿lo ves, Ricardo?, ya nadie pirolea con esa chispa; ahora te sueltan una burrada y creen haber descubierto el Pacífico; los tiempos han cambiado y yo, qué quieres que te diga, soy una mujer clasicona; por supuesto, me encanta que me miren como a todas, pero que me miren con gracia, de una manera limpia y no con esa asquerosa ramplonería con que lo hacen algunos; para que veas lo que te digo, me gusta cómo me miras tú.

El «tú» coincidió con un momento en el que estaba bebiéndome el segundo coñac, porque yo sí se lo acepté al camarero, y el *Carlosprimero* se me fue por el camino viejo, me atraganté, me puse rojo y verde y otra vez rojo, no sabría decir si por la quemazón del alcohol abrasándome la nuez o por la sorpresa que me produjo la sinceridad de María Arancha, que al principio se rio de mis apuros, pero, luego, supongo que creyéndome al borde del ahogo, se empezó a preocupar, se levantó de la silla y vino a darme dos tremendos golpazos en la espalda que acabaron de hundirme en la asfixia. Cuando me hube recuperado del trance, la previne, carijo, Marachilla, no me digas esas cosas en medio de un trago, que me matas, y a ver quién te resuelve el acertijo; además, yo no te miro de ninguna forma.

—Sí que me miras.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Me miras cuando me doy la vuelta. Lo hiciste en tu despacho, cuando me puse a hojear tus libros. Lo volviste a hacer en la cena de Espe, cuando creías que yo no estaba observando. Y lo has hecho esta noche un par de veces. Pero no me molesta.

—A mí sí que me molesta porque no quiero parecer un viejo verde. Siempre he odiado a esos tipos que se anclan solos a una barra y se dedican a desnudar con la vista a las chiquillas. Me produce un asco que no puedes imaginarte.

—Yo no me he sentido desnuda contigo, descuida. Hay algo muy curioso en tu manera de comportarte: a veces pareces tímido y, otras, descarado. Pero no es un descarado ofensivo para ninguna mujer. Fíjate que me lo dijo Carima.

—¿Carima? ¿Cuándo?

—¿Cuándo va a ser? En la cena. Me dijo que le gustabas, que parecías un buen hombre. Me habló de tus manos de pianista y de tu sonrisa franca. Tú jamás serás un viejo verde. Por cierto, ¿qué edad tienes?

—Boh.

—Venga ya.

—Acabo de entrar en cuarentena.

—¿Hace mucho?

—Hace nada. Hoy es mi cumpleaños.

La verdad es que lo había olvidado. Nunca me gustó cumplir años. Por otra parte, los cumpleaños tienen sentido cuando alguien te los recuerda, cuando te llaman o te envían un regalo. Mis padres habían muerto hacía mucho: él, cuando yo estaba en el instituto; y ella en el ochentaypocos. Y yo no estuve suficiente tiempo con nadie para que me regalara una corbata o una entrada de teatro. La última que se acordó de la fecha había sido Inés, que lo apunta todo. Pero este año ni siquiera ella. O a lo mejor sí, sólo que yo había estado todo el día fuera de casa. A lo mejor tenía un mensaje suyo en el contestador. Maracha decidió que había que celebrarlo y que su regalo iba

a ser una clase de baile en La pequeña Habana, así que allá nos fuimos a ahogarnos en mojitos y desahogar las penas.

Sin embargo no llegamos a entrar. A las puertas de La pequeña Habana, en la plaza de Farray, nos topamos con una pelea de macarras. Dos tipos estaban zurrándole la badana a otro y la gente pasaba a su lado sin intermediar. Miraban, lellos, arracimados, cómo pateaban al muchacho que estaba en el suelo, y nadie movía un dedo para parar aquello. Yo no he sido jamás lo que se dice un valiente. Nada quisquilloso, aguanto bien las pullas y esquivo, cuando puedo, la lucha cuerpo a cuerpo, pero cuando me toca barajar, barajo. Y allí los demás parecían haber dejado el monto de cartas en mi mano. Me acerqué a la pelea e intenté separar a la pareja de matones de su víctima. Uno de ellos me miró, sorprendido de mi osadía. Estaría, seguro, acostumbrado a ejercer impunemente su profesión de perdonavidas callejero y no esperaba aquella reacción mía. Pero el otro, un tipejo con marcas de viruela y costras en la cara, sacó una navaja de un palmo y se me enfrentó, ¿a ti que te pasa, tío?, te voy a rajar las tripas por comemierda, tú no sabes quién soy yo.

La cosa se ponía fea y ahora ya no había tiempo para echarse atrás. Levanté las manos para que viera que no iba armado, a ver si el tipo se tranquilizaba, pero eso hizo que se hiciera fuerte. No fue difícil conjeturar lo que ocurrió después. Comenzó a menear la navaja en el aire, sin quitarme de encima sus ojos turbios de coca o de cualquier otra mierda que se estuviera metiendo, y sonrió. El otro se dio cuenta de que no era lo mismo darle un guantazo a un pobre diablo como el que estaba en el suelo, alguien a quien nadie echaría de menos en ningún sitio, que marcarle la cara o algo peor a uno legal. Así que intentó convencer al *Changa* —así lo llamó— para pirarse. Pero estaba claro que *el Changa* se había envalentonado, cada vez había más público y una espantada hubiera minado de un modo bárbaro su fama y su moral pendencieras. No se oía ni una mosca en la plaza. Cuando el macarra entendió que estaba listo me lanzó un viaje con la mano armada que me alcanzó de refilón el brazo. Un hilo de sangre espesa comenzó a correr hasta mi codo derecho.

Ahora que evoco aquella escena, me doy cuenta de que me salvó haberme quitado la chaqueta al bajar del coche. Porque, si bien mi cuerpo ofrecía un buen blanco para la navaja del chulito, pude enrollarme la americana alrededor del brazo izquierdo para recibir sus embestidas, como había visto hacer a tantos actores en las películas. El siguiente golpe tropezó en el amasijo de tela que era mi escudo y desconcertó al *Changa*, lo que me permitió ganar un segundo para mandarle un recado a la cara. El golpe inesperado lo hizo trastabillar pero no soltó el arma. Entonces sus ojos se encendieron. Se enfureció. Juró en arameo. Se lanzó en tromba. Y, de pronto, se lo pensó mejor y se detuvo en seco. Estaba claro que, en un callejón cualquiera de Las Palmas, la cosa hubiera sido distinta, el tipo hubiera ido a rajar sin contemplaciones; pero cada vez se agolpaba más y más gente y algunos empezaban a dar voces de

alarma, a gritarle que soltara la navaja, a llamar a la policía. Por suerte, nos llegó el eco de una sirena que, más tarde, resultó ser de una ambulancia, pero el macarra no iba a quedarse a comprobar la procedencia. Me espetó una promesa, te he calado, cabrón, yo no olvido una cara, mira *p'atrás* cuando salgas de noche a partir de ahora. Y se echó a correr hacia una esquina donde lo esperaba su socio. A todas éstas el pobre muchacho al que apaleaban dos minutos antes se había recuperado al oír la alarma de la ambulancia y se había mandado a mudar también, con lo que me quedé solo ante, durante y después del peligro, Gary Cooper urbano, sheriff de barriada. Sentía un calor enorme en el lugar de la herida. Pero, claro, después del espectáculo, no le iba a dar el gusto a toda aquella chusma cómplice y cobarde, que había permanecido impassible a la escena, de desmayarme. No moví un músculo, ni siquiera me quejé. Me limité a aceptar el abrazo asustado de una Maracha más pálida que nunca, quien vino en mi ayuda con lágrimas en los ojos.

Pocas ganas nos quedaron de celebrar mi cumpleaños después de aquello. María Arancha insistió en llevarme a la Casa de Socorro más cercana, pero yo sabía la cantidad de preguntas que tendría que contestar si me dejaba caer por allí. Se lo dije, estoy muy fatigado para aguantar un interrogatorio, tú no sabes lo que es eso, vuelta a cuestionar por qué estaba allí, qué hacía a esas horas en el lugar del incidente, por qué no llamé a la policía, quién era el individuo de la navaja, por qué no quiero hacer una denuncia; no, Marachilla, no lo aguantaría. Mejor nos vamos a ver a un conocido mío del muelle que puede ayudarnos sin hacer tantas preguntas.

Quise dejarla en su casa antes de ir a visitar al doctor Viera, pero se negó a dejarme solo en mi estado. Al final tuve que llevármela al muelle. Debo reconocer, de todas maneras, que estaba encantado: en pocas ocasiones alguien se había preocupado tanto por mi salud; y, menos, alguien como María Arancha Manrique, mi pija del alma, *Marachita linda* que diría Negrete. Por el camino, y para olvidarme del dolor seco que me nacía del brazo embotado, la dejé conducir y le conté la historia de Pancho Viera. Pancho no era doctor ni nada parecido. Se dedicaba a poner inyecciones a los vecinos antes de que empezaran a funcionar las casas de salud y los servicios de urgencia. Y se quedó sin trabajo con la llegada de las reformas sanitarias. No había sitio para él, se quejaba, con tanto enchufado, tanto ATS y tanto carajo de la vela. Pero Pancho Viera no iba a dejarse coger la camella sin pelear. Se paseó por los garitos del Puerto y El Sebadal y ofreció su pericia de practicante de la vieja escuela a los matados y los borrachines que querían evitar tener cuentas con la justicia. Ahora su consulta era la más discreta de la ciudad. Si no eras demasiado remilgado con lo de la higiene, Pancho te curaba un chichón, te sacaba una bala o te cosía un navajazo, calladito y por el mismo precio.

Cuando llegamos a casa de Viera, salía un muchacho con el brazo en cabestrillo y un ojo amoratado acompañado por algo semejante a una novia. Ella, de no más de

quince años, vestida con un ajustado traje de algodón color monaguillo y un moño enmarañado y espantoso en la cabeza, lo ayudaba a moverse. Con los labios y las uñas pintados de negro y un arete atravesándole la nariz, la chica no parecía la mejor enfermera para el pobre tullido, al menos eso debió de pensar Maracha que, nada más desaparecer la extraña pareja, empezó a dudar de mi buen juicio, yo no sé, Ricardo, qué quieres que te diga, llámame pija, pero para mí que deberíamos salir de aquí por piernas e ir a urgencias, allí al menos tienen celadores que nos protejan.

Para remate de la puñeta, hubimos de esperar, en una sala cutre y desabrida con desconchados en las paredes y cuadros biliosos de piso alquilado, a que Pancho Viera terminara con una paciente, una chica a la que parecían estar matando por los gritos que pegaba. María Arancha me miraba, más pálida que cuando lo de los matones de la plaza de Farray, y meneaba la cabeza. Me pareció tan frágil, tan perdida en un mundo en exceso real para una sola noche, que comprendí que algo se me empezaba a dismantelar dentro del pecho. Le estaba cogiendo demasiado afecto, al fin y al cabo sólo era una cliente que, en un par de semanas, fuera cual fuera el resultado de la investigación, volvería a su vida, una vida distinta, cruelmente alejada de la mía. No conviene intimar demasiado con quien te paga. Ésa es la segunda regla de la profesión (la primera es impedir a toda costa que te maten). Y en menos de dos horas las había casi quebrantado las dos.

Entonces, de la consulta, salió la mujer de los chillidos, con la cara desencajada y los ojos llorosos. Apenas nos intuyó, agachó la cabeza para sentirse anónima en tan desagradable trance y salió lo más deprisa que su dolor le permitió. Cuando entramos los dos —María Arancha me rogó, sin necesidad de palabras, que no la dejara sola en aquella sala mortuoria— Pancho se estaba lavando las manos con un jabón cuadrado y áspero, cooño, si es *Yeimsbón*, todavía estás vivo, cuánto tiempo sin verte, ¿qué te trae por aquí? Me quité la chaqueta y vio la herida, ah, carajo, ya has vuelto a las andadas, a ver eso, *náa*, eso no es *náa*, para lo que acostumbras tú es sólo un arañazo de gato capado. Pancho Viera se fijó, entonces, en Maracha y esperó a que se la presentara, mira, Pancho, ésta es María, una amiga de la universidad; está un poco acojonada por los gritos de la chica que acaba de salir, ¿qué hacías?, ¿te dedicas ahora a los abortos clandestinos? Y Pancho sonrió, dejando ver algunas encías deshabitadas, casi, casi, esa chica traía contrabando de África, era su primera vez y para ayudar a bajar las bolas de marihuana sólo se le ocurrió comerse un plato de judías, los gases casi la matan, he tenido que sacarle las pelotas con la mano.

La cara de María Arancha se volvió poema de Celaya, de un desarraigo desmesurado. Cambié de tema rápidamente y me quité la camisa para que Viera me hiciera la cura. No era la primera vez que visitaba a aquel matasanos, así que sabía qué hacer y cómo ponerme. Descubrí a María mirándome el pecho desnudo, atisbando algunos recuerdos que me dejaron otros camorristas con quienes me las

tuve tiesas en el pasado: una marca oblicua y blancuzca que me cruzaba el abdomen y un orificio del tamaño de una moneda de veinte duros en la axila. Ella no dijo nada, pero por su rostro supe que yo no era el único que había vulnerado las reglas de nuestra reciente relación profesional.

La cura me dolió. No sé qué hubiera pensado Bogart de mí, pero me dolió horrores que Viera se empeñara en hacerle un cierre estético a la brecha de mi brazo. Se lo dije, déjate de mariconadas, Pancho, tú cierra eso rápido, que a mí lo de la estética me importa un huevo. Y él, con la socarronería de perro viejo, se burló, no señor, ¿qué va a pensar esta señorita de mí?, ¿que soy un chapucero?, ¿estamos locos o qué?; además, ya tienes demasiados costurones en el cuerpo para seguir parcheándotelo. Mientras tanto, Maracha se tranquilizó al ver que el curandero todavía tenía ganas de coña. Se sentó en una butaca que Pancho tenía en la esquina más luminosa del local, cerca de la ventana, y se entretuvo en unos folletos de prótesis de rodilla que Viera, apuesto mi alma, habría robado en la sala de espera de una consulta de verdad.

En cinco minutos ya estábamos camino de casa de Maracha. Pancho había cerrado el corte del brazo en un bonito punto de cruz, marca de la casa, y se había negado a cobrarme, quita, joder, yo no le cobro a los amigos, ¿quién crees que soy?, ya me invitarás a una copa, hasta la vista, buenas noches, señorita, ha sido un placer conocerla, y cuídemelo, y cuídese usted, que con este hombre no se gana *p'a* sustos.

A María le cayó bien el practicante. No hizo ningún comentario a sus operaciones quirúrgicas, hubiera sido de pésimo gusto sacar el tema, pero le pareció que, dentro de lo abyecto de su labor, Pancho procuraba dignificar el trabajo que hacía, al fin y al cabo, y yo no sé mucho de estas cosas, alguien tiene que hacerlo y, para que sea otro tipo sin escrúpulos, mejor que sea uno que, al menos, no le cobra a los amigos, ¿no?, eso quiere decir que los tiene, ¿verdad?

—¿Qué?, ¿amigos?

—Sí.

—Pancho Viera ha hecho más por la gente del barrio que cualquier otro. Yo conozco a más de uno que viene a verlo incluso sin estar herido. Solo a charlar con él, a pedirle consejo.

—Entonces, ¿es como un cura?

—Mejor. Como un barbero de los de antes. A un cura hay cosas que no se le pueden contar. Cuando los pecados son demasiado gordos, entonces recurras a Dios directamente.

—O a Pancho Viera.

—O a Pancho Viera.

Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada cuando llegamos a casa de la Manrique en Mesa y López. Apagué el motor y me bajé a abrirle la puerta de

Mildred. Le ofrecí la mano para que se apoyara y me la recibió con ternura. Salió del coche, cerró la puerta, se recompuso la ropa y me agradeció el detalle sin soltármela, que yo pensé que se la iba a quedar. Yo estaba desbaratado, dolorido, agotado, muerto cadáver, pero saqué fuerzas de donde no las tenía para sonreírle, ha sido una noche curiosa, siento mucho los sobresaltos que te he dado. Y ella, también sonriendo, no tienes por qué sentirlo, ni ha sido culpa tuya ni ha sido tan horrible; te prometo que fue la cita más original que he tenido en mi vida; además tuve la oportunidad de conocer a gente con la que no suelo tratar normalmente; yyy, bueeeno, como dicen por ahí, bien está lo que bien acaba, ¿no?; ¿quieres subir a tomar algo?

Me hubiera encantado, hubiera sido el hombre más dichoso de la Tierra, hubiera empeñado el brazo sano por subir aquella noche. Por eso le dije que no, que ya era tarde, que mañana teníamos un día duro con el paseo en barco, que necesitábamos estar descansados porque, cuando uno se relaja, la jeringa y entonces a la gran puñeta todo el plan que habíamos trazado para averiguar lo de la muerte de Toñuco. Ella lo comprendió, pero siguió sosteniéndome la mano; estuvo de acuerdo conmigo en la conveniencia de retirarnos a descansar, pero sus dedos seguían allí, cálidos y dulces, haciendo mella en mi ánimo; se despidió de mí, con un beso transparente, apenas un roce de nube en mi mejilla, pero jamás llegó a despedirse de esa porción de mí en la que llevo el reloj. De vuelta a casa, conduciendo con una sola mano, porque la otra, para ser francos, ya no me pertenecía, me vino a la mente el cadáver exangüe del pijo Camember y, por primera y única vez en mi vida, sentí celos de un muerto.

Toma V

Pocas noches recuerdo como aquélla. Molesto por las magulladuras, di vueltas como un trompo en la cama intentando, con lentitud penosa, buscar las zonas frescas de la sábana para aliviar el martirio que suponía apoyar el brazo enfermo. Tuve constantes pesadillas en las que aparecía María Arancha con su rostro desalado por el miedo y sangre por todas partes y ruidos de disparos y gente gritando y sirenas que no paraban de sonar. Me desperté varias veces con la angustia en la garganta, sudando enfebrecido. Me levanté a beber agua y me costó un Perú llegar a la cocina. Luego, cuando fui a refrescarme, el espejo del baño me vomitó una imagen dislocada de mí, un tipo avejentado y grotesco, alguien que no era yo a pesar de tener mis facciones, mis ojos, mi barbilla. Ni el agua helada me devolvió la apariencia que pretendía. Así que decidí volver a la cama y no preocuparme más por mí. Entonces, claro, empecé a preocuparme por ella. Había entrado en mi vida igual que un tornado, desbaratándolo todo. Se había colado en mi despacho, en mis tardes, en mis sueños de una forma desmedida. Yo no estaba, ni de lejos, acostumbrado a aquellos arrebatos.

A pesar de que pueda parecer lo contrario, sobre todo después de los acontecimientos acaecidos en aquellas horas crudas, mi vida era bastante monótona: me limitaba normalmente a perseguir a tipos torpes a quienes la vida había puesto a prueba, tipos que, por supuesto, no tenían ni idea de que los vigilaran; tomaba algunas notas, sacaba un par de fotografías y volvía a informar a quien le interesara que una pobre mujer, ahíta de soledad, buscara amparo en la cama de un joven aprendiz de pintor, que el consejero de una pequeña empresa se reuniera con la competencia en un aparcamiento, que un triste empleado de banca ingresara dinero en su cuenta en demasiadas ocasiones.

Pocas veces cambiaba esa rutina y de esas pocas yo siempre salía escaldado y con una nueva cicatriz para mi colección. La del abdomen me la hizo un *gigoló* de playa, bonito de cara, que chantajeaba a la señora de un famoso magistrado. A la mujer la invitaron a una fiesta con chicos musculosos que se despelotaban ante la deliciosa histeria de media docena de energúmenas y se quedó prendada de uno de ellos, un sueco a quien llamaban, parece que con cierta lógica matemática, *Magnus Verga*, y que estaba, además, metido en líos de droga. Una noche, en Maspalomas, me acerqué demasiado a él, justo en el momento en que pasaba mercancía a unos chiquillos de apenas quince años. Intenté jugar a padre responsable. Intenté hacerme el duro. Intenté remediar la mercadería haciéndome pasar por tío de uno de los chicos, pero el mataperro empezó a gritar y el sueco se asustó, tiró mano a su bota y me lanzó un viaje con un cuchillo de monte que escondía allí y que relucía en lo oscuro igual que luna nueva. Tal vez hubiera podido rechazarlo pero estaba demasiado atareado quitándome de encima a los muchachos que, todos a una, se abalanzaron sobre mí

insultándome, mordiéndome y dándome patadas.

La de la axila es una historia aún más engorrosa. El único caso que no he podido concluir porque los acontecimientos me desbordaron. Al mes de haber abierto la agencia, en mi segundo o mi tercer caso, llegó el bautizo de fuego y me llevé un tiro que iba dirigido a un enlace sindical que tenía hartos a todo el mundo. Me puse delante de alguien que lo quería menos que yo, alguien que, contratado al parecer por un estibador medio mafioso, también lo estaba persiguiendo para cerrarle la boca, alguien que, en suma, no se fijó en el idiota que se situó en medio de los dos para tomarle una foto al sindicalista. Cuando quise darme cuenta ya me había atravesado. Yo tenía el brazo en alto, buscando un buen ángulo de enfoque, y la bala me entró por detrás y me salió por un lado, sin hacerme excesivos destrozos, sólo un boquete que afeaba un poco, como había podido comprobar María Arancha la noche anterior, mi torso desnudo. Sentí un fogonazo y, luego, como si me hubiesen pellizcado en la espalda. Hasta que no me vi sangrar, no comprendí que algo grave había ocurrido. Sin embargo, me causó más extrañeza que preocupación, porque sangraba bastante pero no sentía dolor.

Me dio tiempo de colocarme un paño sobre la herida y conducir hasta casa de Pancho Viera, a quien ya conocía y que estaba habituado a solucionar papeletas en momentos así. El orificio de salida, en posición normal, no se veía, porque quedaba justo en el sobaco, pero el de entrada me acompañará siempre como una medalla a la estupidez, sólo que colgada en la espalda. Con su absurda manía de la perfección, el cabrón de Pancho fue capaz de agrandar dos milímetros el agujero para que me quedara redondo porque, según me dijo después, el original era muy irregular, se parecía demasiado a un disparo. «Es que es un disparo, tolete» le increpé, todavía con el sabor pastoso y ácido del anestésico. «Pues ahora parece un tatuaje. Si te agarra la pasma no se mosqueará» me respondió, enseñándome su desdentada boca. La peor parte de aquel asunto se la llevó el enlace sindical: lo encontraron, cuatro días después, flotando en el muelle de Santa Catalina; le habían arrancado la lengua y le habían escrito *chivato* con un punzón en el pecho.

Ésas fueron las únicas dos veces, sin contar la de la noche anterior, en las que me salí del guión. Y en ambas estuve a pique de palmarla. Por eso me preocupaba el cariz que estaban adquiriendo las cosas: si empezaba a ofuscarme con la seguridad de Maracha, no iba a tener tiempo de ocuparme de la mía y necesitaba los cinco sentidos —yo nunca he tenido muy en cuenta lo del sexto— en el caso Camember. Todo se ponía en contra: la tollina que me habían dado, la mala noche, la preocupación por mi cliente. Por si fuera poco, ese sábado iba a tener que hacer un viaje en barco y el agua no es, precisamente, un elemento en el que me sienta muy a gusto. Lo primero que tendría que hacer era comprar biodraminas para el mareo.

Alrededor de las doce, me recogió María Arancha en mi casa. Había decidido,

dado mi precario estado de salud, que iríamos en su coche y ella conduciría hasta Pasito Blanco, donde nos esperaban sus amigos en el barco. Nada más verme empezó a dudar de si era buena idea lo del viaje, estás hecho un asquito, *m'ijo*, pareces un eccehomo, tal vez sería mejor que te quedaras en casa y buscáramos otra oportunidad, siempre habrá algo porque a esta gente le encanta organizar festejos, no sé, chico, pero ¿tú te has visto bien? Por supuesto que yo me había visto bien, había tenido una larga noche en vela para verme bien y mal y regular, desde todos los ángulos, bajo todos los prismas, sólo necesitaba que tú me dieras ánimos, mi cielo, ahora ya me encuentro muchísimo mejor, ¿ves?, hasta puedo sonreír sin que se me abran los puntos, bailar sevillanas resultará complicado, pero sentarme en un barquito y esperar la náusea, eso lo sabré hacer de maravilla, ¿tienen alcohol a bordo? Porque otra posibilidad es emborracharme hasta que, por no sentir, no sienta ni autocompasión.

María Arancha sonrió con la boca pequeña, no se creía nada lo de mi renovado sarcasmo, pero siguió conduciendo hasta llegar a nuestro destino. Por el camino fuimos cuidando los últimos detalles de nuestro plan, mientras la radio ahuyentaba sus penas con un homenaje a Vivaldi. Hacía un día insuperable, un cielo azul intenso, sin una sola peca de nube. De haber estado sano, hubiese sido el día perfecto.

La travesía del desierto de intolerable recuerdo no pudo empezar peor, porque a Justo no se le ocurrió otra cosa más disparatada que mostrarse efusivo y me soltó un abrazo de los que hacen época, con palmetazos en los hombros incluidos, algo que estuvo a punto de terminar la faena que me hizo el matamoros de la plaza de Farray. Me recompuse como Dios me dio a entender y enderecé mi rumbo y mi sonrisa hacia el grupo de pijos, más pijos que nunca con sus pantaloncitos cortos y sus blusas de Burberry —ellos lo pronunciaban *barrberi*, tal que así, como si tuvieran un flemón— y ellas con sus faldas pantalones y sus gorras de béisbol con la visera para atrás. Me miraron de arriba abajo como si fuera un extraterrestre y alguno, sobre todo Fede, puso cara de huéleme-el-culo. Yo llevaba pantalón de tergal y unas zapatillas de deporte que, seguramente, habían dejado de estar de moda allá por los setenta. No obstante, desdeñé las miradas zafias y subí a bordo con más pena que gloria ayudado por Maracha, quien a todas luces se sentía culpable de mi estado.

Nada más llegar nosotros, para aprovechar el buen tiempo, salimos a aguas abiertas. Pablo, que parecía alemán con su cabello lacio y rubio y el color tostado de su piel, manejaba el timón y daba órdenes al resto, en un lenguaje críptico, con la soltura propia de un viejo lobo de mar. Fede y Luismi se encargaban de soltar cabos, recoger velas, avisar por si nos acercábamos demasiado a otras embarcaciones hasta que ya sólo el océano se interponía entre el horizonte y nosotros. Justo, por su parte, se dedicó a abrir latas de cerveza y ofrecer anacardos salados a los demás. Las chicas, mientras, hablaban de cosas que, para mí, eran aún más desconcertantes que las instrucciones náuticas de Pablo: nunca he entendido bien qué tiene de particular que

Ana Laura del Bosque se hubiera separado de su marido porque ya estaba harta de aguantarle sus ligues o que Diego Luzardo presumiera de coche deportivo último modelo aunque todo el mundo supiera que se lo había pagado su nueva novia. Y ya, cuando Mariana contó con rostro de suprema fascinación, próximo al orgasmo, que alguien le había contado que Macame Artigas, la del Emporio Artigas, había pasado tremendísimo bochorno al ir a pagar con la visa un traje de Dior y no aceptársela la maquinita porque estaba en números rojos, mi estupor llegó a su límite. Y es que la historia tiene su encanto para contarla en la carnicería de la plaza, en veladas de corro y comba, pero que la cuente alguien que acababa de reconocer que tiene que ir a lavarse el pelo a su otra casa, la de Vegueta, porque el agua de Ciudad Jardín es muy alcalina y no se le queda tan suave y, qué pesadez, ¿verdad?, todas las tardes tengo que pasar por allí, lavarme la cabeza, esperar a que se me seque y luego volver a casa, y mira que ya me he quejado al Ayuntamiento, a un amigo de mi tío Luis que trabaja allí, y fíjate que me dicen que no puede hacerse nada con el agua de abasto, que bastante tienen con desalinizarla y hacerla potable, y excusas, niña, porque, a ver, qué más les da a ellos retener un poco de agua de la buena para nosotros que, para eso, pagamos más contribución que nadie porque, no vean el último recibo que abonamos en casa, jolines, casi nos da algo, pues eso, que cojan el agua barata y la lleven a Ciudad Alta y Las Rehojas, que es donde pagan una porquería por ella y nos dejen a nosotros un poco de calidad para ducharnos, al menos, como Dios manda, y, vamos, yo no es que sea clasista como he oído decir por ahí que somos los de Ciudad Jardín, que allí se nos está metiendo una morralla que muérete tú, pero que hay diferencia de clases, vaya si hay diferencia.

Jamás sabré si fue esa descabellada disertación de Mariana Bosch o la mala noche, pero mi cuerpo empezó a hacer reacción al vaivén del barco y me vino un sudor frío y una revoltura de estómago que apenas disimulé colocándome contra viento y respirando hondo. Maracha debió de darse cuenta de que algo no iba bien, porque se acercó y me susurró al oído no sé qué cosa de que era mejor fijar la vista en un punto concreto para no marearse. Para fijar la vista en un punto concreto estaba yo. Sin embargo, su cercanía, su olor a agua y jabón, a gel de manzanas, a niña limpia, me hizo recuperar la compostura. En realidad, fue el efecto de la biodramina el que me devolvió el estómago a su sitio, pero me gustó pensar entonces que ella había puesto algo de su parte.

Las siguientes horas de travesía me las pasé buscando un hueco por donde meter baza, pero no estaba el horno para demasiados bollos, así que me limité a sonreírles a todos cuando tenía la impresión de que se dirigían a mí e incluso, cuando no lo hacían, yo ponía cara de estar enterándome y de interesarme muchísimo por todo. Cuando Espe mostraba cara de asombro, yo la imitaba y mi expresión respondía ¿no me digas?, ¡qué bárbaro! Cuando a Mariana se le ponía la nariz de estar contando un

chisme, la mía le replicaba, ¡anda que no eres mala! Cuando Carima me miraba a hurtadillas, yo le devolvía una sonrisa maliciosa de quedamos dentro de cinco minutos en el banco de popa. Pero mi gran oportunidad llegó, algo bastante presumible, gracias a Justo, que era el que, sin duda, daba más cancha en aquel sarao. Una vez que la cháchara se dispersó en el aire y cada uno buscó acomodo por los rincones de la embarcación, Justo me trajo una cerveza fría, me abrió la lata caballerosamente con el extremo romo de un tenedor, y se sentó a mi lado. Me contó que él también, al principio, se mareaba, pero que poco a poco se había habituado al balanceo del barco y ya casi ni lo notaba. A no ser, claro, que hubiera tiempo del norte que, entonces, había que amarrarse los machos y volver a tierra porque ni el mejor marino lo aguantaba.

Llevaba tiempo saliendo a navegar con Pablo y Mariana, desde hacía varios años y se había convertido en un verdadero especialista. Los había conocido en una cena de empresa, él y Pablo trabajaban en el mismo sitio, una correduría de comercio, y pronto intimaron. Los invitó a su casa alguna vez y ellos le devolvieron el agasajo y le presentaron a los demás. Desde hacía siete años formaban un grupo estupendo. No se trataba de un clan cerrado, como otros que él había frecuentado, allí todo el mundo era bienvenido. Comenzaron siendo Pablo, Mariana, Espe, Luismi y él. Bueno, y el pobre Toñuco, ¿lo llegaste a conocer?, un tipo fantástico, qué lástima lo que le ocurrió; después vinieron Fede, que es hermano de Espe, y Carima. Y finalmente Toñuco se trajo a Maracha cuando empezó a salir con ella; y ahora tú, así que, ya ves, aquí todos son bienvenidos, de modo que si tienes novia o algo parecido, también te la puedes traer y ya formas parte de la camarilla; ¿la tienes?

—¿Qué? ¿Novia?

—Sí.

—No, no tengo.

—Bueno, alguna amiga tendrás, ¿no? Tú eres un hombre atractivo.

Debo reconocer que el tono que empleó Justo para piropearme me incomodó bastante, pero era mi oportunidad de entrar a saco con él y no iba a dejar que un triste prejuicio me cerrara la puerta. Le agradecí su gentileza y le dije que no, que ahora no tenía novia, pero que mi religión no me prohibía tenerlas. Ocurría, le dije, que yo era demasiado enamorado y me costaba mantener una sola relación, que podía preguntarle a Maracha, que me conocía bien, que yo era capaz de prendarme de una actriz y durarme el cuelgue un año, como me ocurrió con Andie Macdowell en *Cuatro bodas y un funeral*, que podía incluso enamorarme de mujeres a quienes no había visto jamás en persona sino en un retrato, como me pasó con una amiga de María Arancha. Y entonces pronuncié las palabras mágicas, le hablé de unas fotos que tenía Maracha en su casa en las que había una chica que me había seducido de los pelos al suelo, una tal Amanda, abracadabra, amiga de ustedes, ábrete sésamo, pero

ella no tiene ni idea de dónde puede estar ahora, porque yo soy capaz de ir a buscarla al fin del mundo para conocerla aunque conocerla sea el mejor antídoto contra el amor.

A Justo le cambió el semblante. Intentó ocultar su agitación pero fue incapaz. Se disculpó torpemente y salió como alma que lleva el diablo hacia la otra punta del velero, donde estaban Pablo y Fede pescando y haciendo bromas. Se detuvo en seco detrás de ellos, titubeante, sin saber qué hacer, hasta que, por fin, se sentó a su lado y les susurró algo, algo que puso en alerta a todo el mundo. Eso lo supe en seguida porque Pablo y Fede se volvieron a mirarme como si yo hubiese robado las joyas de la Virgen. Al poco rato se acercó Espe a participar de la conmoción, ella también se volvió en mi dirección y me hizo la trepanación con la vista. Sin embargo, en seguida se calmaron, porque alguien —seguramente Pablo, que parecía llevar la voz cantante— debió de llamar al orden y las aguas regresaron a su cauce. Algo le dijo a Justo, quien regresó a donde yo estaba, cada vez más solo, y le restó importancia a su huida, perdona, Richard, es que me acordé que tenemos que sacar la carne del congelador porque, si no, no comemos hoy, así que voy a prepararlo todo, luego te cuento la historia de Amanda, ya verás qué cosas.

El almuerzo no tenía nada que envidiar a la orgía de cualquier César imperial, Nerón sin ir más lejos. No sólo carne roja a la brasa, sino langosta y sardinas, regado todo con un rioja joven y muy suave. Yo preferí, para sentar las madres de mi maltratado cuerpo, algo de pan y queso, que saben a beso, y un vaso de vino que me duró toda la tarde. Si no hubiera sido por esa frugal comida, podría haber albergado dudas acerca de lo que ocurrió después. Podría haber llegado a pensar en un azaroso accidente producto de mi borrachera. Y no en algo más siniestro.

Ocurrió que, a media tarde, se levantó un viento chinchoso que, poco a poco, se dislocó e hizo que el velero se enrabetara y comenzara a dar bandazos. Fue todo tan rápido que apenas tengo conciencia de cómo se desarrollaron los acontecimientos. Hubimos de virar en varias ocasiones para evitar que el oleaje pudiera hacer volcar el barco, al menos eso es lo que decía Pablo Bosch a voz en grito, mientras se aferraba al timón. Cada uno se anclaba de donde podía. Vi a Maracha sentada en estribor con un chubasquero encarnado y cara de circunstancias y no dejé de mirarla, por si me necesitaba, en todo el tiempo que duraron las maniobras. En uno de los embates del mar, una caja de madera de palé en la que distinguí varios aparejos de pesca submarina salió disparada al centro de la embarcación amenazando con formar un estropicio y hacerle daño a alguien.

Nadie se había percatado del peligro, bastante tenían todos con no perder el equilibrio. Así que abandoné la seguridad de mi asiento y, con las piernas separadas para mantener el equilibrio, me aproximé despacio, torpemente, me agaché a recogerla y guardé lo que parecía ser la punta de un arpón. Las velas se movían a un

ritmo frenético, cambiaban constantemente de posición y mis tribulaciones estaban encaminadas a evitar golpearme con ellas. Esquivé, en principio, el empujón de la mayor y seguí sin perder de vista su rumbo por si se le ocurría volver atrás, por eso descuidé mi ángulo muerto, el de babor, y no pude ver de dónde me llegaba el golpe. Lo último que recuerdo es que una violenta sacudida me hizo caer el agua. Y, luego, la oscuridad.

Tengo conciencia —lo que es la mente, carajo— de haber pensado en mi abuelo. Recordé, en medio del silencio y las tinieblas que rodearon aquel momento, una conversación que había tenido con el viejo hacía unos años. Colacho Arteaga me confesó un anhelo: quería ser enterrado en el Cementerio de Las Palmas, en primera línea para poder ver virar los botes. Yo le contesté que, para eso, mejor ser incinerado y que arrojaran sus cenizas a la bahía. Mi abuelo se volvió hacia mí, con su mirada limpia, de una honestidad como yo no he visto jamás, y la eterna sonrisa socarrona en la boca: «Mira que eres tolete, Ricardillo. Desde abajo sólo vería la quilla». Reviví ese instante mientras me moría —o creí morirme— ahogado. Pero estaba escrito que yo tenía que contar esta historia y alguien no iba a dejar que acabara mis días en el fondo del mar.

Rebuscando en los meandros de aquel episodio funesto, recuerdo que, al volver en mí, había un coro de caras preocupadas mirándome desde lo alto. Maracha estaba arrodillada a mi lado. Tenía mi cabeza entre sus manos y sus ojos brillaban por las lágrimas. Tardé unos minutos en comprender que había ido, estado y regresado de la muerte. Fue Carima, después lo supe por ella —no escatimó en adjetivos cuando narró la odisea—, la que se lanzó a rescatarme: me agarró por los pelos, me llevó a duras penas hasta la proa del barco y, una vez izado, me hizo la respiración boca a boca. El viento, mientras tanto, había amainado algo y el velero ya no se movía como antes. Pablo recuperó el gobierno de la nave y nos condujo, de nuevo, al pantalán. Del regreso a tierra sólo me acuerdo a ratos, pequeños instantes de lucidez en los que María Arancha no se despegó de mí y me confesaba el miedo que había sentido, lo mal que lo había pasado cuando creyó que me moría. La pobre acabó mareándose y vomitando el almuerzo. Así que volvimos con dos enfermos por el precio de uno.

Nadie tenía ganas de charla mientras recogíamos las cosas. Cada cual, en silencio, hacía su trabajo con presteza, deseando acabar cuanto antes con aquel sinsentido, evitando mirarse para que no se descubrieran las debilidades. Los únicos que nos libramos de la tarea de guardar la almadraza, los bártulos y la comida fuimos Maracha y yo, dispensados por nuestra indisposición. Ella permaneció adentro, en uno de los pequeños camarotes que tenía el barco, tumbada y con un paño mojado sobre la frente. Yo aproveché para revivir mi incidente con lo que, en principio, pensé que era una vela, pero hube de descartar esa contingencia porque la embarcación, cuando se levantó el temporal, sólo tenía desplegada una y yo no había perdido la

botavara de vista ni un segundo.

La consecuencia de ese hallazgo era terrible: si no fue la cangreja la que me mandó, inconsciente, al océano, tuvo que ser alguno de mis compañeros de viaje. Alguien con suficiente fuerza y un objeto lo bastante contundente para levantarme un metro del suelo, que es justamente la medida de la cubierta. Alguien suficientemente cabreado para jugarse el tipo, en medio de una tempestad loca, y ajustarle las cuentas a mi curiosidad. Alguien, sí, pero ¿quién?

Repasé mentalmente el lugar en el que estaba cada uno de ellos. Cerré los ojos para ver mejor en la confusa niebla en la que me cernía: Pablo no pudo ser porque estaba tres metros delante de mí manejando el timón y dando consignas de seguridad; a Espe la recuerdo esquivando la única vela al viento, que giraba peligrosamente en aquel momento; y tengo memoria de haber oído la voz de Luismi, también distante, creo que regañándome por haber abandonado mi posición. Del resto no tengo ni idea.

Así las cosas, sólo quedaban cuatro posibles agresores: Carima, María Arancha, Justo y Federico del Castillo. La primera opción parecía, cuando menos, incongruente: al fin y al cabo, la cardióloga se lanzó a rescatarme y me salvó la vida. La segunda era improbable, porque a cuento de qué me contrató Maracha si no me iba a dejar llegar a la verdad. Justo no parecía tener el valor suficiente para matar a nadie y Fede no parecía tener motivos. Estaba, pues, como al principio. Peor: ahora ya ninguno de ellos se fiaba de mí y me iba a resultar una tarea muy ardua que volvieran a verme como el tipo inofensivo que pretendía ser. De ahora en adelante, tendría que aprender con quién me estaba jugando los cuartos. Y, como había dicho *el Changa*, mirar para atrás de vez en cuando.

Toma VI

El domingo me lo pasé como un león destronado, lamiéndome las heridas. Me levanté tarde, desconecté el teléfono, desempolvé a Stephane Grappelli y me estuve todo el día leyendo a Graham Greene, *Viajes con mi tía*, una deliciosa novela que tenía la virtud de devolverme el ánimo. Pedí algo de comer del restaurante chino y no volví a pensar en el caso Camember hasta bien entrada la noche. Resultó que me quedé dormido y soñé con Amanda, con su semblante altivo y arrogante, vestida tan sólo con su bañador negro, sentada en una silla, atada de pies y manos, con las secuelas de un disparo en la sien derecha. Tenía los ojos abiertos y fijos en un punto concreto y perdido como si buscara eludir el mareo y, por más que insistía yo en cerrárselos, ella los volvía a abrir. De pronto, comenzó a reír con una risa nerviosa, inhumana, al tiempo que me susurraba con una voz quebrada: «Vigila el río rojo. El río rojo es el que trae la sangre».

Al despertar, me dolía la cabeza. Me costó averiguar dónde estaba. Una sospecha se despabiló conmigo: algo me decía que había cometido un descuido de principiante, ridículo. Seguramente no me conduciría a ningún sitio, pero nada perdía con intentar repararlo. Busqué el número del inspector Álvarez. Lo llamé. Me respondió una voz chillona de mujer. Al fondo se oían voces de críos jugando y peleándose. Cuando se puso Álvarez al aparato, mandó callar a la tropa y ya no se oyó nada más que su respiración de fumador obstinado.

—Diga.

—Soy Ricardo Blanco.

—Hombre, Ricardo, ¿cómo andas?

—Sobrevivo... Le llamaba porque necesito hacerle una consulta.

—¿Sigues con lo de Camember?

—Sí. Busco respuestas a pequeños detalles que no me cuadran.

—Creo que te están liando, pero ya eres mayorcito. A ver, dime, ¿qué quieres saber?

—¿Los análisis revelaron restos de pólvora en la mano del muerto?

—¿Cómo?

—Sí, coño. Si el hombre se suicidó tenía que haber rastros de pólvora en su mano derecha. Su gente habrá hecho un análisis de huellas.

—...

—No me joda, Álvarez, por mucho que determinaran que fue un suicidio. No. Peor: *si fue* un suicidio, lo primero habrá sido buscar señales de pólvora en su mano.

—Verás, Ricardo, según tengo entendido, aquello estuvo muy embarullado.

—¡Qué!

—Que todo se lio: la señora de la limpieza fue quien descubrió el cadáver y nos

llamó, pero primero llamó a la familia del muerto. Cuando llegamos había allí un montón de gente. La madre de Camember tenía un ataque de histeria que no veas. A la limpiadora, la muy torpe, le dio por pasarle un trapito a la mesa y al resto de los muebles para que no fuéramos a ver el despacho todo patas arriba. De todas maneras nos juró por sus hijos que no había tocado nada más, y menos al muerto, que eso hubiera sido una falta de respeto.

—Y como estaba claro que se había pegado un tiro, la creyeron, se llevaron el cadáver y aquí paz y en el cielo gloria, ¿no? Váyase al carajo.

—Hombre, Ricardo, nosotros también hemos visto películas de gánsteres, pero esto es Las Palmas y no Chicago.

—Eso ya lo veo. Una última cosa: ¿quién levantó el cadáver?

—...

—Lo puedo averiguar de todas formas.

—Creo que un tío del muerto estaba de guardia en los juzgados. Al parecer, lo llamó el padre de Camember y se vino con un forense amigo de la familia. El caso es que, a los diez minutos de llegar nosotros ya habían terminado.

No pude menos que sonreírme de la torpeza de los hombres de Álvarez. Quizá tenía razón: esto es Las Palmas y aquí no se acostumbra a llamar a la policía y esperar a que lleguen, sentados y sin tocar nada. La curiosidad morbosa de la gente, su afán por participar de un momento glorioso que contar, después, a los amigos o a los nietos o a los vecinos dificulta tremendamente la tarea de los inspectores. Recuerdo el caso de un carnicero del Mercado Central que apareció con su propio cuchillo de tronchar clavado en el cuello. El guardián que se lo encontró, haciendo su ronda a las tres de la mañana, tuvo la frescura de sentarlo en un taburete, colocar el brazo del muerto sobre su hombro y sacarse una foto con él. Si no llega a ser porque la amante despechada del carnicero acabó confesando el crimen, le hubieran podido cargar el mochuelo al vigilante, que no entendía por qué la policía se había puesto de aquella forma al descubrirle los negativos en su casa.

El lunes no fui a la oficina. Quería ver a alguien. Me levanté temprano y salí sin desayunar. Avisé a Inés para que recogiera los mensajes y le di un par de números en los que me encontraría en caso de apuro. A eso de las nueve llegué a la playa. El viejo estaba apañando una barca, dándole con la espátula para restañarle antiguos verdugones. Se tomaba su tiempo, no tenía otra cosa que hacer y, además, no le gustaba hacer otra cosa. Aquello era su vida desde que murió la abuela Sara, hacía ya doce años. Me acerqué por detrás con cuidado, no tanto para no asustarlo como para no pisar la mierda de los perros que solían vagabundear por la Puntilla de madrugada, a la única hora en que los municipales relajaban la vigilancia.

Unos metros antes de llegar, el viejo dejó la espátula sobre un taburete que tenía entre las piernas, dio una calada profunda al cigarro sin filtro que llevaba en la boca

desde el amanecer y meneó la cabeza: «Nunca has sabido caminar por la arena, Ricardillo, pareces un pato». «Yo también me alegro de verte, abuelo —le respondí—. ¿Cómo coño sabes siempre que soy yo?». Y él, levantándose con más esfuerzo del que le gustaba reconocer, se dio la vuelta para recibirme.

«Porque eres el único que viene a verme, aunque solo cuando tienes problemas, jodido, que ya podías venir también para alegrarme el día; anda, tolete, dame un beso e invítame a desayunar».

Mi abuelo desayunaba casi todos los días en Casa Pablo, una pulpería de la calle Juan Rejón, a las siete de la mañana, un café con leche, un bocadillo de pata y un culito de ron. Sin embargo, según me contaba, había mañanas en las que se levantaba con un picor de sarna en la oreja, y entonces sabía que yo iría a visitarlo, así que sólo se tomaba el culito de ron y me esperaba para comernos el bocadillo juntos. Nunca falló. Porque, aunque él decía que sólo una vez había faltado yo a esa cita, en realidad su oreja no le mintió, simplemente no podía sospechar que, cuando iba a ver al viejo, me atropellara un taxista medio dormido que volvía de su turno. Me pasé una semana en la clínica. Para no preocuparlo, preferí decirle que estaba de viaje y, claro, luego no podía contarle la verdad: se hubiera sentido un estúpido.

En lo que sí exageraba era en lo de que sólo iba a charlar con él cuando tenía problemas. En realidad, no pasaban diez días sin que echara a faltar los bocadillos de pata. Y, sobre todo, a él. No era, lo confieso, un cariño desprendido. Más bien una pasión egoísta e interesada: mi abuelo era la única persona que podía confirmar que yo había existido alguna vez, que no había sido un sueño de un triste escritor de novela negra, la invención de un profesor de literatura de provincias. Al faltar mis padres, Colacho Arteaga era mi único pariente vivo y necesitaba de él más de lo que él me necesitaba a mí.

—¿Qué tienes?

—¿Por qué he de tener algo?

—No, *m'ijo*, yo lo digo por las magulladuras de la frente, la tirita en la cabeza y la cara de resucitado que me traes. Carajo, Ricardillo, no me hagas más tonto de lo que soy.

—Te vas a reír. Me caí en un barco y me hice este chichón.

—Ya.

—Te lo juro, viejo. Salí a navegar con unos amigos y casi me ahogo.

—Eso sí que te lo creo.

Estuvimos charlando, camino de la pulpería, de otros asuntos que nada tenían que ver con mi investigación. Me contó que se le había muerto un medio primo con el que no se llevaba nada bien, cosas de repartición de herencias y esas zarandajas que a él le importaban lo que se dice un huevo. Pero le había afectado bastante, lo noté en su rostro, arrugó la nariz en señal de lástima. Me habló de su primo Mateo sin un ápice

de rencor. Recordó algunas perrerías que habían hecho juntos cuando chicos, antes de la guerra. Pero luego, en el treintaiséis, él eligió el bando equivocado. Y Mateo, el bueno: se le subió el pavo y comenzó a creerse el rey de Persia. Hizo nuevos amigos. Amigos influyentes y poderosos. Y ganó dinero. Y, como todos los que ganan dinero, se volvió pollabobas, ya ves, Ricardo, si algo me tranquiliza ese oficio tuyo de mala muerte es que nunca te volverás pollabobas; puedo morirme tranquilo porque mi nieto seguirá siendo un tío cojonudo. Yo me sonreí y le tiré un palmetazo en la espalda que sonó hueco, como un reloj sin maquinaria, tú, viejo, no te vas a morir en la puñetera vida; a ti no hay quien te tumbe.

En Casa Pablo, Colacho se dedicó a rebañar los restos de la pata de cerdo que se le caía, a cada bocado, en el plato —comía como si le fuera la vida en ello— y no me respondió. Se limitó a esperar a que yo hablara. Sabía que tarde o temprano sacaría el tema que me había traído esa mañana. Pero me puse farruco y dejé que el silencio se adueñara de nuestra esquina de la barra. De fondo se oía la tertulia de una emisora de radio. Hablaban, trompicadamente, del último escándalo político, un trapicheo de la Junta de Obras del Puerto. El viejo hizo como si escuchara, pero yo tenía claro que no le interesaba nada que no fueran su mar, su playa y su barca.

A él la política no le había quitado el sueño en su vida. De pronto sacó otro cigarrillo y se volvió hacia mí para que le diera lumbre, ¿ya has encontrado novia, *m'ijo*?; va siendo hora de que me des bisnietos; ¿te imaginas?, ¿yo bisabuelo? pues, *carijo*, no suena mal. Aproveché el fósforo para encender uno de mis puritos, el único rasgo de buen detective que me adornaba, y le dije que no se hiciera ilusiones, que eso de los hijos se había puesto carísimo. Y aproveché también para hablarle de María Arancha y del pijo Camember y de la infinita incompetencia de los policías encargados del caso. No le conté nada acerca de los sucesos en el barco de Pablo Bosch porque hubiera empañado el desayuno. Mi abuelo no me sermoneaba jamás, sólo me escuchaba y lanzaba al aire alguna reflexión, casi siempre atinada. Pero no le hubiera gustado verme metido en tamaño enredo, así que le hable tan sólo de lo que había descubierto, de la enigmática Amanda, del extraño comportamiento de todos al pronunciar su nombre.

—Yo, en tu lugar, seguiría tirando de ese hilo.

—¿De qué hilo?

—Del de la tal Amanda. Seguro que trae cola. Las pelirrojas ya se sabe...

—No, viejo, te confundes. La pelirroja es María Arancha. Amanda es morena.

—Pues cuídate de María Arancha. Te traerá quebraderos de cabeza.

—Tú siempre tan optimista.

—A mí el optimismo se me agotó cuando murió tu abuela. Ahora sólo dejo que las cosas pasen. Y, como que hay Dios, pasará algo jodido si sigues en líos con esa muchacha.

Era la primera vez que el viejo hablaba de mi abuela Sara en esos términos. ¿Se estaría ablandando con la edad? Él no era un hombre que gustara exteriorizar sus sentimientos. Había aprendido en las horas perras a tragárselos con el desayuno. No le recordaba haber recogido velas de esa manera anteriormente y debo reconocer que me preocupó. Seguimos charlando un rato más sobre mujeres y sobre el mar. Siempre encontraba paralelismos entre ambos. Para él, todas tenían, al final, un rasgo marinero: eran serenas, cálidas, profundas, se encrespaban, daban resaca, se revolvían como galernas, sabían aguantar la marejada, iban al paio, se dejaban llevar por la brisa. En fin, cada mujer de la que hablaba acababa por parecerse al Atlántico. He de reconocer que, contra lo que pudiera pensarse por su edad y su educación, no era un hombre excesivamente machista: ninguno de esos atributos enturbiaban la magnífica imagen que el viejo tenía de las señoras porque, cualquiera que fuese su forma de ser, todas podían ser excelentes compañeras, tanto como un barco.

Lo devolví a la playa a media mañana. Sacó de nuevo sus aperos de calafatear, se sentó en la arena con las piernas enroscadas y se despidió sin mirarme, levantando la mano. Parecía, viéndole recibirme y despedirme, que no le gustasen las separaciones, por más breves que resultasen. Supongo que, para el viejo, todas podían ser la última. Mientras conducía por la marea de coches de la ciudad en hora punta, pensaba en lo que me había dicho el abuelo acerca de cuidarme de Maracha.

Yo la había descartado desde el principio como posible agresora, pero en esa decisión influían más mis instintos que las certezas. Ella se había curado en salud la primera vez que nos encontramos, cuando habló de las historias de amor entre el detective y la cliente. Según ella, en el cine se terminaban por enamorarse, pero su idilio era imposible porque la chica siempre resultaba ser la asesina. Ésa era una manera inteligente de desviar la atención hacia otra parte. Pero, y la escena de Farray, ¿también entraba en su estrategia de despiste?, ¿y su rostro de preocupación en el barco cuando me creyó muerto? Si Maracha era la asesina, se merecía salir bien librada del asunto por buena actriz.

Aunque estaba enfrascado en esos cálculos, algo de lo que veía por el retrovisor me llamó la atención. Había un coche a mi espalda, un coche azul oscuro que llevaba instalado en el espejo desde que salí del aparcamiento. Dobló conmigo cada vez que yo lo hice. Incluso, cuando yo me equivoqué al buscar la autopista y hube de dar la vuelta en la rotonda de Belén María, el coche azul hizo lo mismo. Probé a ver si mis celos me engañaban, pero el coche torció a la derecha, detrás de mí, en Juan XXIII. Me paré a echar gasolina y, al regresar a la calle, creí haberlo perdido de vista. Pero a los dos minutos volvía a estar allí como una mosca cojonera. Intenté reducir la marcha para ver si lograba verle la cara al conductor o tomarle la matrícula, pero él —o ella, que no era cuestión de descartar a nadie— se mantenía a una prudente distancia, suficiente para impedírmelo. Además, por lo que había podido apreciar a

través del retrovisor, el coche tenía cristales ahumados y no hubiera sido nada fácil reconocerlo. Estaba seguro de que mi perseguidor se sabía descubierto, pero no pareció importarle. Sólo se preocupó de guardar las formas. Tal vez lo único que pretendía era advertirme.

Decidí, por si acaso, regresar al despacho por las calles más transitadas. Quien quiera que fuese el desconocido del coche oscuro no se atrevería a intentar ninguna estupidez a plena luz del día. Encontré aparcamiento en San Bernardo, en zona de parquímetro, y se me ocurrió hacer uso de mi limpiacoches particular. Cuando me acerqué para darle unas monedas, le pedí a Rafael que le echara un vistazo a mi perseguidor, a ver si podía retenerlo en lo que yo daba la vuelta a la manzana y lo pillaba por detrás. Apenas tardé dos minutos en recorrer el trayecto, girar a la izquierda por Cano, subir por Perdomo, de nuevo a la izquierda por Pérez Galdós y bajar por San Bernardo. Sólo dos minutos en volver al árbol donde había dejado a Rafael, dos minutos en los que quedó solo a su suerte y, al llegar, todo había sucedido.

Hallé un alboroto de gente alrededor de un bulto en el suelo y de un bulto agachado junto al bulto del suelo. Me hice paso entre la maraña de curiosos para encontrarme a mi colaborador, a mi compañero de armas, con la cabeza abierta y los ojos ausentes. El coche lo había levantado por los aires sin contemplaciones y había seguido su rumbo. Hasta en la muerte, Rafael fue un desgraciado. El empujón no había sido demasiado fuerte, el coche oscuro con cristales ahumados iba a menos de cuarenta, pero Rafael había caído sobre las raíces gruesas del árbol, que sobresalían como venas en el parterre y se había roto el cuello. Quien estaba con él, un médico homeópata que tenía un herbolario en la esquina, me contó que fue rápido, que no había sufrido, fíjese en su expresión, ¿lo ve?, no hay rictus, parece que sonrío. Yo le cerré los ojos, tomé la mano renegrida de Rafael y le contesté al herborista, pero mirando a mi amigo: «No lo parece. Es que sonrío. Y, si le hubieran dado tiempo, se habría bajado los calzones y le hubiera enseñado el culo a la muerte».

La policía, consciente de mi conmoción, no cesó de hacerme preguntas de todo tipo. Y yo no cesé de mentir con fervor. Les hablé, por supuesto, de Rafael, no sabía el apellido, luego averigüé, por la etiqueta del tanatorio, que era Ortuño. Les dije que era un buen hombre que no hacía daño a nadie y no se metía con nadie, pero no sabía más, algunas veces le daba veinte duros, ¿se drogaba?, no, no lo creo, señor agente, al menos yo jamás lo vi drogado, ¿bebía?, pues supongo que no más que usted o que yo, ¿tenía familia?, tengo entendido que era del sur, pero a tanto no llego, ¿quién lo atropelló?, cualquiera que conduzca y viva en esta ciudad de mierda, alguien que estaría harto de buscar aparcamiento, alguien que no se fijó en el pobre *limpia* y se lo llevó por delante, alguien a quien le entraría miedo y saldría a escape, busque usted esa aguja en este pajar.

Nadie reclamó el cuerpo. En el entierro, al día siguiente, había una mujer de aspecto desagradable que nos acompañó a los cuatro gatos de San Bernardo que fuimos a despedir a Rafael. Se mantuvo apartada de todos los demás y no habló con ninguno de nosotros. Acaso era la mujer que le desgració la vida pero no nos dio tiempo a preguntarle. Con la última paletada de cemento con que el enterrador tapiaba el nicho, desapareció. No se quedó ni al responso. Había ido a asegurarse de que estaba bien muerto y enterrado. El resto ya no era cosa suya.

Cuando llegué a la oficina, la tarde en que enterramos a Rafael, me puse manos a la obra. Estaba cabreado, no tanto con el malnacido que lo atropelló como conmigo mismo. Yo era tan culpable como aquél por ponerlo en peligro de esa forma. Debí haberle advertido que tuviera cuidado pero nunca supuse que mi perseguidor se atrevería a tanto en pleno día. Eso me puso en alerta sobre el asesino: si era capaz de cargarse a un tipo inofensivo en medio de la multitud, qué no haría con alguien a quien quisiera matar de verdad.

En mi mesa tenía varias notas de Inés, a quien le había dado el día libre. Había una llamada de Miguel para un asunto de la declaración de hacienda, una de alguien que llamó y no quiso identificarse y dijo que llamaría después, y tres recados de Maracha. No tenía ganas de responder a nadie. Tenía mal cuerpo. Me volvía el dolor de los golpes en la cabeza y me angustiaba pensar en la muerte de Rafael. Me serví una copa a ver si, como Bogart, me enjuagaba las ideas, pero apenas la probé. Allí se quedó, junto a la lámpara, burlándose de mi angustia, reprochándome mi estupidez, negándome casi el saludo. Telefoneé a las casas de coche que podían coincidir con el que buscaba: logré conectar con la Ford, la Fiat y la Renault. Me hice pasar por perito de seguros y les pedí información acerca de algún cliente que, en las últimas horas, hubiera podido ir a reparar un golpe en el capó. Nadie había dejado un vehículo con esas características, pero si aparecía, me llamarían. Los concesionarios y las aseguradoras se rascaban la espalda unos a otros, les convenía estar a bien, así que sólo me quedaba esperar a ver si sonaba la flauta. El resto de la tarde me dediqué a leer la prensa y a escuchar la radio. Llevaba cuatro días sin saber lo que ocurría en el mundo. No me había perdido nada. Empezó a anochecer y me sentí cansado. Me tumbé en el sofá y me quedé dormido.

Me sobresaltó el estruendo de una alarma en mi sueño, que resultó ser, ya en la vigilia, el timbre del teléfono. Sonó cinco, seis veces, antes de que lograra llegar a él. En el trayecto tiré el portarretratos de alpaca, uno que me había regalado la mujer de Miguel para, según dijo, darle vida a mi oficina y que todavía tenía la foto de la modelo que colocan allí para animarlo. Pisé el cristal y lo hice añicos, pero alcancé el aparato antes de que colgaran. Esperaba que fuera alguna de las fábricas de automóviles a las que había dejado recado. Era Maracha, que estaba preocupada, ya era hora, Ricardo, llevo dos días buscándote por todas partes, ¿dónde te metes?, he

estado a punto de llamar a la policía, tú no sabes que, después de un accidente, uno debe estar localizable para que los amigos no se queden sin uñas, coño, perdón por la expresión; me dijo Inés que estabas en un entierro, ¿algún familiar?

—Un amigo.

—Lo siento. ¿Muy cercano?

—Algo.

—Estás muy serio. ¿Te ha afectado mucho? ¿Quieres que nos veamos luego?

—Hoy no soy buena compañía.

—Yo no lo era el viernes pasado y, a pesar de la paliza que te dieron, resultó una velada bastante grata.

—Psé...

—Anda, hombre, esta noche te invito yo. Necesito coger aire.

—Vale, pero si hay bronca, tú te llevas los guantazos.

—Te lo prometo.

Cerré la oficina y me fui a casa. Estuve todo el trayecto obsesionado con el retrovisor. Todos los coches me parecían el coche oscuro. Todos los conductores, sospechosos. Todas las calles, emboscadas. Sin embargo, no había nada fuera de lo normal. Había anochecido, las luces de la ciudad estaban encendidas y comenzaba a meterse algo de fresco. En el apartamento, me desnudé con cuidado porque sentía como si alguien me tirara de la piel con saña y me metí en la ducha. Dejé caer el agua caliente durante tanto tiempo que tuve que acabar de ducharme con agua fría porque el dichoso calentador sólo aguanta cuarenta litros. Me afeité, me acicalé sin demasiadas ganas y me puse el primer traje que encontré en el ropero. Sólo tenía una camisa planchada, así que me ahorré el dilema de elegirla. Me serví un whisky, esta vez para tomármelo de verdad, de un trago. Y esperé a que llegara Maracha.

Debí de dormirme y soñar porque, cuando sonó el timbre del portal, no tenía claro si estaba en mi casa o en el estudio. Estaba aturrido y me faltó el canto de un duro para buscar una excusa y despedir a María Arancha. Sin embargo, me sobrepuse echándome agua en la nuca, respiré hondo y bajé a su encuentro. Ella estaba nerviosa, se notaba en sus manos que no se estaban quietas, he dejado el coche aparcado, ¿te importa que caminemos? Yo le quité importancia al martirio que andaba sufriendo desde que la conocí, no hay problema, demos un paseo, así nos crecerá el hambre. Tomamos, en silencio, el camino de Las Canteras. Buscábamos, inconscientemente, alejarnos de la plaza de la Victoria que, a esas horas, estaría de bote en bote, pletórica de risas y bullicio. El paseo de la playa invitaba a la confidencia.

Nos cruzamos con una pareja mayor que, a tenor de sus rostros serenos, aún tenía cosas que decirse después de medio siglo de andar juntos, con un chico que le lanzaba una pelota de tenis a un cachorro de gran danés, con un camarero que se fumaba un cigarrillo en tanto llegaba la clientela. Una hermosa muchacha de larga

coleta rubia surgió, corriendo, de la esquina de una calle. Llevaba una camiseta y un pantalón que dejaba a la vista algo más que las piernas. La seguí con los ojos, discretamente, hasta que se perdió tras la curva del muro Marrero. Maracha sonrió.

—¿Te gusta?

—¿El qué?

—La deportista.

—No está mal.

—Venga ya. Conmigo no tienes que fingir. No soy tu mujer.

—No finjo. La chica no está mal de cuerpo. La cabeza es otra cosa.

—¿Qué?

—Alguien que se pone un pantaloncito de ese tamaño, con el frío que hace, y se tira a la calle a perseguir a su sombra no debe estar muy cuerda: o huye de algo o está buscando algo. En cualquier caso, malo.

—Qué antiguo que eres, Ricardo.

Debería haberle dicho la verdad a Maracha. Debería haberle contado, con lujo de detalles, la muerte de Rafael. Así le hubiera visto la reacción y hubiera podido hacerme una idea de hasta qué punto estaba ella implicada en la trama. Hacía sólo unos días que la conocía y ya me habían maltratado dos veces, me habían perseguido y me habían acosado. Y habían matado a un pobre diablo inocente que sólo pretendía ayudarme. Ocho días de noviembre para olvidar o recordar por siempre. Qué lejos estaba yo de adivinar, entonces, que aún me faltaban los ocho peores.

Mientras paseábamos por Las Canteras, la reojé varias veces buscándole el pensamiento. Parecía tan franca, tan recta. Me resultaba imposible creer que ella tuviera algo que ver con asesinos y enredos tan truculentos. No tenía yo una idea clara de lo que era ser pijo, pero ella no encajaba con aquel mundo sórdido e irreal en el que estaba ahogándome. De haberla conocido en otras circunstancias, de haber sido verdad, aunque fuera una pequeña porción de verdad, la historia que nos inventamos para que me aceptaran en el grupo, yo hubiera podido haberla hecho feliz. Tal vez no hubiera podido darle la vida que llevaba con Camember, pero la hubiera hecho reír, le hubiera besado la risa, se la hubiera protegido hasta que ya no me quedaran regiones en el cuerpo para más cicatrices. Iba a tener razón María Arancha. Por más que me jeringara, yo era un antiguo.

Debió de haberme visto en la frente la arruga de estas dudas, porque pronto me habló de cosas menos graves, volvió a su infancia, se paseó por los años felices en que se creía inmortal, enlazó nuestro paseo con otro igual de tierno de quince años atrás con su primer novio, me contó de otra pandilla más amable que se formó por generación espontánea un verano en la zona del Torero, una hamburguesería que daba a la playa, y que siguió existiendo durante varios cursos, hasta que casi todos, en una frenética diáspora, se marcharon a la universidad. Maracha se lamentaba, sus ojos

tintados de la más azul melancolía, de lo que suponía vivir en una isla. Imaginas que pertenecerás siempre a ella, pero te vas un día y, cuando vuelves, la encuentras tan cambiada que no la reconoces y, entonces, tú ya no eres de ninguna parte. Es como si las olas la erosionaran por los bordes, ¿sabes lo que te digo, Ricardo?, igual que las olas van limando las esquinas de la isla, hay una fuerza enorme que no sé de dónde viene pero que acaba por trocarle la forma a todo; estuve sólo cuatro años en Madrid y me pareció un siglo; porque allá era la canaria, la del acento dulce y la risa sonora, y aquí era la godilla, la que venía sólo de vez en cuando a contar historias de la gran ciudad; llegó un momento en el que nadie me veía como paisana, ¿has oído una vieja canción que se llama *No me llames extranjero?*, pues igualito, todos se volvieron huraños y me empezaron a negar las confianzas; me costó muchísimo tiempo reorganizar mi vida en Las Palmas y en el trayecto se me perdió tanta gente que, a pesar de que ahora los veo por la calle y me saludan, apenas los reconozco, creo que a alguno de ellos lo soñé, tal vez por eso me sujeté como un náufrago a Toñuco, porque fue el único que me entendió.

Había notado cómo todo el mundo se empecinaba, antes de que yo preguntara cualquier cosa, en mostrarme la cara amable de Camember, *excusatio non petita*... Era un tipo tan interesante, tan noble. ¿Por qué, entonces, se lo cargaron? ¿A quién le molestaba un hombre como él? Y, sobre todo, ¿quién era capaz de matar otra vez para ocultar su identidad? María Arancha buscó refugio en el silencio. Caminaba despacio con la mirada cautiva en el empedrado nuevo de Las Canteras. Quería preguntarme algo pero no se atrevía, lo noté en la manera en que se mordía el labio. Me adelanté a su incertidumbre, bruscamente, qué carajos, no estaba yo para delicadezas después de lo de Rafael, ¿dónde estabas tú la tarde en que mataron a Toñuco?

Si hubieran comenzado a caer chuzos de punta no hubieran hecho mella tan crudamente en su ánimo. El desconcierto que le produjo mi pregunta le ensombreció el rostro y comenzó a llorar calladamente, sin emitir un solo gemido, con la cabeza gacha. Pasaron dos, tres minutos hasta que recobró la dignidad. Sacó un pañuelo de papel de un pequeño monedero que llevaba en el bolso, lo desdobló cuidadosamente y se enjugó las lágrimas. Luego, lo volvió a doblar y lo guardó en la misma faltriquera.

—Vaya. Ahora soy sospechosa de asesinato.

—Ahora todo el mundo es sospechoso.

—¿Y eso?

—Como comprenderás, después de lo del barco, no me fío ni de mi sombra. Cuestión de supervivencia.

—Esa tarde tuve una reunión en Arinaga, en el despacho de unos clientes. Cinco personas pueden corroborarlo. Acabamos a las nueve y, por culpa de un atasco en La Laja, no llegué a casa hasta casi las diez. Allí me encontré con varios mensajes en el

contestador en los que todo el mundo me pedía, con voz de misterio, que por favor los llamara urgentemente. No me hizo falta hacer una sola llamada para comprender que algo grave había ocurrido.

—¿Por qué no te llamaron al teléfono móvil?

—No tenía. Yo odiaba los teléfonos móviles. Me lo compré después de aquello.

—A mí tampoco me gustan.

—¿Satisfecha tu curiosidad?

—Por ahora sí.

—¿Puedo hacer algo para que me creas o has decidido condenarme ya?

—Siento parecer insensible pero no tengo el cuerpo para miramientos.

—Ya entiendo. Lo que no entiendo es qué tiene que ver que te cayeras por la borda para sospechar de todo.

—Coño, Maracha, ¿de veras crees que me caí?

Entonces comprendí que, al menos en eso, era inocente. No fingía, sus ojos eran claros como el agua. Nadie puede fingir de esa manera. A Maracha no se le había pasado por la cabeza, ni por asomo, que mi accidente hubiera sido provocado. Para ella yo me había caído a causa de mi impericia en el mar. Cuando le relaté lo sucedido, hilo por pabilo, desde que se empezó a meter el vendaval hasta que algo me golpeó, su rostro iba ganando en confusión, no me lo puedo creer, Ricardo, es imposible, es demasiado espantoso para ser verdad; yo, es cierto, no pude verlo porque me había agachado para anclarme con ganas a la barbacana, pero así estábamos todos; ¿a quién vi en ese momento?, sólo a Pablo que era el que daba órdenes a grito pelado; bueno, creo que también Fede estaba junto a mí, ahora que lo pienso, sí, él me pasó el chubasquero cuando comenzó la tromba y en ningún momento abandonó su puesto en la proa, delante de mí.

Se iba cerrando el círculo. Ya sólo me quedaban Justo y Carima, pero no quería hablarle aún de eso a María Arancha, hubiera sido criminal, ella podía cometer una indiscreción y ponerse en peligro. Así que desvié el rumbo de la conversación con la mentira más piadosa que me recuerdo, no te preocupes que, quien sea, ya se delatará, todos acaban por cometer algún error; venga, vamos a comer algo que, con el paseo, me ha entrado un hambre de lobo, aquí cerca hay una pizzería en la que hacen un *carpaccio* de ternera increíble, ya verás. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a cambiar de tercio, ni hablar, era su prometido al que habían matado y me había contratado para descubrir quién lo había hecho, no iba a permitir que la dejara al margen, ya sé que quieres protegerme y te lo agradezco, pero tengo derecho a saber, ¿entiendes?, esto es como el póquer, y yo he pagado para ver tus cartas, ¿de quién más sospechas?

Le conté los descartes. Le dije que me habían seguido desde La Puntilla hasta mi oficina. Omití el asunto de Rafael, porque no quería alarmarla más de lo que ya

estaba. Sólo le hablé de la posibilidad de que el asesino sospechara de mis verdaderos propósitos. La reacción en cadena que se produjo cuando salió a relucir el nombre de Amanda me inducía a creer que ya nadie se tragaba lo de que fuéramos amigos de la universidad. Ella se volvió hacia mí y pude leer la cólera en sus ojos grandes, ¿les preguntaste por Amanda?, joder, Ricardo, te dije que la olvidaras, que no tenía nada que ver en el caso, ¿por qué no me haces caso cuando te hablo?

La atajé, en vista de que comenzaba a levantar la voz delante de la gente, antes de que se desmandara su arrebato, tranquila, tranquila, mujer, necesitaba conocer la respuesta de los ahorcados cuando mentara la soga, porque, no sé si te das cuenta, pero cada vez que saco a colación a esa mujer todos parecen volverse locos, pierden los papeles como tú ahora; ¿quién es Amanda?, ¿por qué les asusta tanto?, ¿qué ha sido de ella?

—Desapareció.

—Así, sin más.

—Sí. Igual que vino se fue. Ya te lo dije.

—No me lo creo.

—Pues no te lo creas, pero más no puedo decirte.

—¿No puedes o no quieres?

—Tú mismo.

—Mira, Maracha, no hay Dios que resuelva un caso si quien te contrata se niega a darte información. Creo que lo mejor es que te busques otro detective que tenga más recursos o más paciencia que yo.

—Y yo creo que ése es tu problema, Ricardo: no eres capaz de acabar lo que empiezas. Te ocurre lo mismo que con las mujeres. Puede que no seas tan bueno como decía mi tío Lorenzo.

La vi alejarse por la avenida en medio de una lluvia que empezaba a caer como una premonición. Y no hice nada por detenerla. La dejé marchar con el convencimiento de que le estaba alargando la vida. Tal vez tenía razón en lo que había dicho respecto a mis mujeres. Sin embargo, ella no tenía ningún derecho a echármelo en cara. Y yo no tenía fuerzas ni ganas de andar revolviendo en ello. Así que, simplemente, me subí las solapas de la chaqueta para protegerme de la lluvia y volví a casa. Busqué amparo, de nuevo, en Chet Baker, *Dear old Stockholm*, y vacié una botella de Cardhu, un whisky suficientemente viejo para olvidar a una mujer como Maracha.

Toma VII

Cuando Inés me vio entrar por la puerta, la mañana siguiente, puso cara de tenerme lástima. Debía de llevar yo una facha lamentable porque, antes de saludarme, se levantó a servirme una taza de su café milagroso. Le agradecí en el alma el detalle y más aún que no hiciera apostillas irritantes, que a esas alturas del día me hubieran dado acidez. Permitted que pasara yo primero a mi despacho. Entró detrás de mí sin hacer ruido y dejó sobre mi mesa algunas carpetas con asuntos pendientes que yo había abandonado para atender el caso Camember o, para ser más honesto, el caso María Arancha Manrique, que a decir verdad era quien me había interesado desde el primer día. No debió de sorprenderme la efectividad de Inés pero lo hizo.

—¿Para qué me traes los expedientes viejos?

—Ahora vas a tener tiempo para encargarte de ellos.

—¿Por qué?

—Porque ya no estás en el caso Camember.

—Y ¿cómo puñetas lo sabes?

—Treinta años en la pradera y no voy a conocer a Caballo Loco.

Aún me estaba riendo cuando Inés volvió a su mesa. Lo estaba echando de menos. Hasta mi pecho estaba echando en falta la racha de aire limpio de la risa. Desde que me había hecho cargo del dichoso asesinato no había estado cómodo, no había disfrutado con mi trabajo. Es cierto que había pasado buenos ratos junto a Maracha, pero igual hubiera ocurrido de haber tenido una cita con cualquier otra muchacha inteligente y hermosa. Al margen de eso, habían sido casi dos semanas de ardidés e inquietudes para nada. Destripé mentalmente, por un momento, los últimos días y llegué a la conclusión de que, como diría mi abuelo, no *meritaba* la pena: demasiado desvarío para una vida tan corta.

Ya he dicho que no soy, contra lo que pueda pensarse de alguien que ejerce una profesión como la mía, un hombre de acción. De hecho, los sobresaltos me sacan de quicio. Uno se acostumbra en este oficio al sonido previsto, al matiz esperado, a la mueca previsible. Pero luego surge un personaje como Amanda que trastoca todo el argumento y se convierte, como por ensalmo, en la materia de la que están hechos los sueños, y los acontecimientos se precipitan de un modo peligroso. Aparté los documentos que, hacía un instante, me había dejado Inés y volví sobre las fotografías de Playa de Arena. Las desplegué sobre la mesa, les busqué sentido, hurgué en los gestos, en la posición de las figuras, en las miradas: «¿Quién diablos eres?, ¿de dónde demontres me sales ahora?, ¿de qué víscera te nace esa fuerza que hace que todos se disloquen nada más oír tu nombre? Mi abuelo me previno de ti. Me habló de los peligros de tus vapores. Te confundió con otra, ¿o no?, y me dijo que una chica con ese espíritu encabritado no podía traer más que infortunio, pero no me advirtió acerca

de tu belleza, ningún conjuro para protegerme de tus ojos inmensos, de tu piel de satén, de tus manos de espuma. Amanda. Amanda. ¿Quién te ha dado vela en este entierro?».

Interrumpió mi monólogo espectral un repentino alboroto que provenía de la sala de espera. Dos voces de mujer se batían a gritos. Una puerta se cerró bruscamente y un objeto de cristal, acaso el cenicero que adornaba la mesa de Inés, se rompió en pedazos contra el granito. Una silla se unió a la batalla quejándose lastimosamente al ser arrastrada por el suelo. Cuando me disponía a salir a ver qué ocurría, entró, enrabiada, Maracha, seguida como loca por Inés. No logré entender lo que decían. Hablaban precipitada, enfurecidamente. Daban razones de sus conductas sin ningún tino. Bogart le hubiera dado un guantazo a cada una y, si me apuran, las hubiera besado después a las dos, dejándolas con el pulso detenido. Yo sólo me interpuse entre ambas, mandé a Inés a su despacho y, más que invitarla, le ordené a María Arancha que se sentara. Luego cerré la puerta y dejé que mi secretaria jurara en hebreo desde el otro lado del cristal.

Maracha rompió a llorar, esta vez sin apuro, abiertamente. Se hizo, de nuevo, niña en aquel sillón de cuero negro que se le quedó grande, como en el cuento de Alicia. Hubiera jurado que las piernas le colgaban, llegué a verle la faldita a cuadros de las Teresianas, los calcetines color canela enfurruñados y los zapatos de charol marrón. Le espí las blucuzcas rodillas tachonadas de mataduras, de costras chiquitas por una caída en la escalera, por un resbalón saltando a la comba o por una patada de Patricia Aguiar antes de que le arrebatara el amor de *Queco* Mentado. Me encandilaron sus hombros níveos, dulces, delicados. Hasta sus lágrimas sabían a salmuera, a baños de verano en Las Canteras, a inocencia. Contuve a duras penas mi deseo de besarla, de arrullarla en mis brazos. Y esperé a que se calmara. Ella levantó la vista, sus ojos enrojecidos por el llanto, para hablarme, sin embargo, con una voz quieta y segura, demasiado tal vez.

—Me han destrozado la oficina.

—¡Cómo es eso!

—Esta mañana, al llegar al trabajo, me encontré con todo patas arriba: las sillas botadas con sus asientos resquebrajados, los cajones forzados, los legajos desperdigados por el suelo. Hasta me han rajado los cuadros buscando no sé qué. Un desastre.

—¿Llamaste a la policía?

—No. He salido corriendo a la calle. He estado caminando, pensando. Creo que me han seguido. O quizás es que me estoy obsesionando. El caso es que he venido aquí directamente. No sé a quién recurrir.

—Has hecho bien. Vamos a ver los quebrantos de tu oficina.

—Yo no vuelvo allí ni loca.

—Venga, mujer. Vamos juntos. No creo que vuelvan. Sólo quieren asustarte.

—Pues, coño, lo han conseguido.

Regresamos al lugar de trabajo de María Arancha. Pero, cuando llegamos, ya había allí una brigada del *ceronoventayuno*. Los habían llamado los vecinos, al ver la puerta forzada y el recibidor hecho una piltrafa. Nos detuvieron a la entrada. Hablé con el policía que custodiaba la puerta, le conté que Maracha era la inquilina de aquel despacho y que, por la mañana, había sentido miedo al ver cómo estaba todo y había salido en mi busca. No tuve que identificarme porque uno de los oficiales que estaba revisando las heridas de un grabado en el que hubo una vez un retrato de mujer con un niño en brazos, un tal Villanueva, me reconoció, pasa, Blanco, pasa, ¿qué se te ha perdido por aquí, hombre?, te hacía en el sur acechando a los cacos de hoteles. El tipo no me caía nada bien.

Tenía los ojos demasiado cercanos, como Lázarus Morell, el redentor atroz de Borges. Creo que el sentimiento era mutuo. Le estreché la mano con distante afabilidad y sentí el frío recíproco en sus dedos lacios y húmedos, dedos de babosa. Le dije que no, que ya se me había pasado la edad de perseguir rateros, que me había afincado en Las Palmas donde la vida es más apacible, donde hay menos agitación. Le expliqué qué hacía allí junto a Maracha, mentí una vez más sobre la relación con la Manrique desde los tiempos de la facultad. No me costó ya esfuerzo fingir en eso. De tanto repetir la trola, hubiera podido engañar a la máquina que detecta engaños, hubiera podido mentir al mayor mentiroso, cien años de perdón. Se me habían instalado en la memoria imágenes tan nítidas de mi estancia en Madrid, en los ochenta, que podía recordar hasta el estampado del vestido que llevaba María Arancha el día en que la conocí, el color de aquel cielo, el frío de enero, el olor de las fresas en el puesto de frutas de Puerta de Toledo.

Villanueva aceptó nuestra verdad implantada y me dejó revolver por allí, aunque no me quitó ojo en ningún momento. Cuidaba de que no moviera nada de lugar, de que no me escondiera ninguna prueba en el bolsillo. Si yo me quedaba más de un segundo en algún rincón de la estancia, venía él como un tiro a revisar qué había llamado tanto mi atención. Estuvimos jugando, de esta guisa, al gato y al ratón durante un rato. Nada había, sin embargo, que mereciera la pena. El que había violentado el despacho de Maracha no encontró lo que buscaba. Su intención, eso era lo único claro en aquel asunto, no había sido robar porque la Manrique tenía allí algunos objetos de considerable valor —adornos de plata y cristal labrado, una lámpara original de Tiffany y una acuarela seriada de Comas Quesada que, según supe después, le había regalado Camember— a los cuales, por lo que rezaban las huellas del desbarajuste, ni siquiera se acercó. Buscaba algo preciso, determinado, algo que no estaba en aquella oficina o que, si lo estaba, permanecía hábilmente oculto para el allanador, para la policía y, por supuesto, para mí, que ya empezaba a

ver claro.

—¿Tienes caja fuerte aquí?

—Sí. Pero no la utilizo. No tengo nada importante que esconder.

—Alguien piensa que sí.

—Pues alguien se equivoca.

Una vez que se hubieron despedido los guardias, ayudé a María Arancha a ordenar un poco aquel desastre, al menos los estragos más notorios. Tendría que llamar a una cuadrilla de limpieza para dejar las cosas como antes. Ella, no obstante, parecía estar en otro lugar, en otro tiempo: se demoraba de un modo absurdo en enderezar un cuadro totalmente destrozado, en poner en pie una silla sin respaldo y a la que le faltaba media pata, en colocar recta una lámpara que había perdido la tulipa. Obraba taciturnamente, como si mi presencia le fuera molesta. De repente, me preguntó por su bolso. Le señalé el perchero, lo único de la sala que aún permanecía en pie, sobre el que estaba colgada su cartera marrón con asas de cuero. Fui a acércarselo, pero ella se me adelantó precipitada, bruscamente. Se lo puso en el hombro y se aferró a él con los dos brazos mientras seguía auscultando con tics nerviosos el desorden de su despacho.

Temí que le diera un ataque y, antes de verla derrumbarse, la saqué de aquel lugar. La llevé a pasear por la Avenida, a que el aire del mediodía le devolviera el color. Maracha me asió del codo y no se soltó en todo el tiempo en que anduvimos, lenta y calladamente, a lo largo del paseo Marítimo. Aún temblaba cuando cruzamos al parque de San Telmo. Me condujo hacia un banco de piedra, cerca del viejo Quiosco de la Música. Allí nos sentamos, igual que dos enamorados, a interrogar al cielo, a buscarle formas a las nubes. Si hubiéramos tenido migas de pan, habríamos convocado a las palomas. Pero la magia se tronchó tan pronto como Maracha volvió a la realidad de noviembre. Fue como si retornara de un viaje larguísimo. Y en aquel momento se desató su angustia, joder, lo siento, Ricardo, te he mentado, perdóname, bueno, no es que te haya mentado, es que no te he dicho toda la verdad, he sido una estúpida, o una ingenua, que es peor; he estado ciega, me puse una venda para no ver la verdad, me tapé los oídos para no escuchar el coñazo de mi conciencia; creo que sé lo que vinieron a buscar, ahora lo sé; tenía mis sospechas, pero las cosas se esclarecen.

Maracha, con mano temblorosa, sacó de su cartera un sobre rojo y amarillo de ésos que dan en las tiendas de revelado de fotografías. Dentro había una ristra de negativos que ella tomó con sumo cuidado para que no se empañaran con sus dedos. Eran todos de la célebre excursión a Montaña de Arena, pero había más papel del que yo había visto. Ella sólo me había dejado una docena y aquél era un carrete de veinticuatro. Fue entonces cuando me di cuenta de que las fotografías volvían una y otra vez, como una admonición, al caso Camember: acepté trabajar para la Manrique

al ver las del cadáver de su prometido, mi curiosidad se desmandó después de descubrir las de Amanda y estuvo a punto de acabar conmigo en el barco, y la ocultación de aquellos negativos casi le cuesta la vida a ella. Tal vez las fotos nos ayudaran a resolver el enigma.

Fuimos juntos a revelarlas esa mañana. Esperamos, en una cafetería donde se agolpaban secretarias y oficinistas para desayunar, a que nos las devolvieran. Se nos acercaron, en ese corto espacio de tiempo, dos vagabundos, un lotero y una gitana que nos iba a dar la alegría de nuestra vida leyéndonos la buenaventura en las líneas de la mano. La gitana, mujer sarmentosa de sonrisa cariada y pechos desorbitantes, le juró por sus hijos a Maracha que le diría sólo las buenas nuevas, que bastante chungueta estaba la cosa para andar tocándole los huevos a la gente con advertencias fúnebres. María Arancha la miró con cierto desdén y le preguntó cómo sabía ella que había alguna buena nueva en las rayas de su mano. La gitana le regaló una obscena y renegrida sonrisa: «porque por lo menos usted tiene alguien con quien desayunar». La respuesta le valió cuarenta duros.

Apuramos el café y regresamos a por las fotos. El fotógrafo nos dijo que algunas de ellas estaban quemadas porque las habían sacado contra el sol y es muy difícil que el papel sobreviva a tanta luz, pero que sólo nos cobraría las que pudo salvar. Yo me quedé con las supervivientes y le devolví a ella el sobre rojigualda con los negativos. Convenía dispersar las pruebas por si a alguno de los dos le ocurría algo. Así, el otro podría demostrar que a Camember se lo habían cargado. Probablemente en aquellos momentos nos estarían vigilando. En alguna esquina de la calle, frente a cualquier zapatería, en algún banco habría una mirada acechante, unos ojos asesinos. Recorrimos Triana de cabo a rabo dos veces, alertas, buscando en los reflejos de las lunas de los escaparates un gesto, un movimiento extraño que denunciara a su dueño, pero nadie nos siguió.

Entramos en mi oficina. Inés aún estaba recelosa de la escena de la mañana y le dedicó a Maracha una mirada furibunda. Nadie había preguntado por mí ni había venido nadie a buscarme. La Manrique se sentó directamente en el sofá y recogió un libro de la mesilla de cristal. Lo abrió y se puso a leer. Me dejó solo ante el peligro, de nuevo Gary Cooper en ciudad de cobardes, para que me enfrentara a la verdad. Ocurre, sin embargo, que la verdad se esconde entre tantas mentiras que es difícil hallarla. De las fotos rescatadas de la quema, había sólo dos que yo no había visto. Una hablaba de un grupo de bañistas en el agua. Destacaba la piel azul y brillante de Amanda, con el brazo en alto para recibir algo que pensé una pelota. Y el pelo fogoso y refulgente de Maracha. También se intuía a Justo, a Pablo y a Carima. Y en una esquina del papel, aparecía la cabeza de Luismi con sus distinguidas entradas de patricio romano. La otra fotografía era ya de tierra firme. O casi. A la orilla de la playa, sobre una arena azafrañada que parecía pintada, había un cuerpo de mujer

tendido. Recibía el embate de la marea de la tarde que dejaba unos surcos violáceos alrededor de la mujer. Amanda estaba sola, en una posición extraña, improbable, con un brazo debajo de su espalda. Miré a Maracha, que seguía ocultándose detrás de Mallarmé.

—Está muerta.

—Sí.

—¿Se ahogó?

—O la ahogaron.

—¡Cómo que la ahogaron!

—Era buena nadadora. Y estábamos todos con ella allí. Nadie se ahoga con tanto público.

—Pero ¿quién querría ahogarla?

—Acabamos antes si te digo quién no querría. Éramos legión los que la odiábamos. Yo la primera.

—¿Por qué?

—Porque, quitando a Justo, la muy puta se acostó con el resto de mis amigos. En dos semanas logró llevárselos a todos al huerto. Eso es un récord Guinness.

—Pero en la otra foto, y supongo que fue tomada unos instantes antes, estaban jugando a la pelota tan contentos.

—¿A la pelota?

—Sí. Aquí se ve a ella con la mano en alto tirando una pelota al aire.

—Puñetas, Ricardo, te estás haciendo viejo. Fíjate bien. Eso no es una pelota. Es un simple pájaro que se coló por allí. Amanda no está jugando, está pidiendo auxilio.

La dejaron morir como a la perra que decían que era. Aquel consorcio de asesinos pijos vio cómo Amanda se hundía una y otra vez bajo el agua fría, cómo pedía socorro, cómo se ahogaba en su propio vómito. El dictamen de los forenses fue definitivo: un corte de digestión. Es cosa muy frecuente entre los imprudentes jóvenes que se exponen, en verano, a un cambio brusco de temperatura. Lo que no decía el informe médico era que tal vez, sólo tal vez, podía haberse salvado si sus compañeros hubieran actuado rápido y la hubieran sacado del agua antes de que sus pulmones se encharcaran de agua y vino y almendras saladas y ensalada verde. Entre todos la mataron y ella sola se murió.

Amanda, la cruel Amanda, mujer fatal que corrió demasiados riesgos, que se atrevió a disputarle novios a las abejas, que osó dejar entrar en sus sábanas blancas a aquellos oscuros y ramplones tipos con sus cabellos aceitosos de niños pijos. Sentí asco —y envidia, a qué negarlo— al imaginarla desnuda y empapada de gusto sobre la mediocridad del cuerpo de Luismi, del de Pablo, del de Fede y ¿del de Toñuco? ¿Quedaría inelegante preguntarle, en esas circunstancias, a María Arancha Manrique, asesina sin sueldo, silente criminal, si también su prometido había sucumbido a los

encantos malogrados de la infiel Amanda? No hizo falta. Cuando Maracha salió del biombo de los versos de Mallarmé, me encontré con su mirada transparente, sí, Ricardo, también él se acostó con la puta, bueno, no me lo dijo con esas palabras, pero no supo negármelo cuando le interrogué acerca de ello, también yo soy culpable de esa muerte accidental.

Me hubiera apetecido también preguntarle por qué, si a Amanda la dejaron ahogarse, me sacaron del agua a mí, *¿qué tengo yo que mi amistad procuras?* Pero no me atreví. Le agarré miedo a la respuesta. Lo dejé estar así: acaso hubiera sido demasiada coincidencia dos invitados muertos en idénticas circunstancias en un año. O tal vez, sólo tal vez, que se compadecieron de un pobre abogaducho de mala muerte. Los pijos son así de impredecibles. Ése es su encanto. Pero no pude menos que pensar que de haberme dejado morir también a mí el sábado famoso, Rafael seguiría limpiando coches y haciendo reír a la gente en San Bernardo. ¿Era yo mejor que Maracha?, ¿merecía más perdón que ella? Allí estábamos los dos, tan culpables y tan en peligro. Porque lo que nadie podía dudar, y menos ahora, era que aquello no había terminado. Quien quiera que condujese el coche que estampó al limpiacoches contra un árbol, quien quiera que revolviere el despacho de María Arancha no iba a esperar de brazos cruzados a que llegáramos al final de la investigación. Ella pareció entenderlo también cuando me sonrió con la tristeza y el miedo instalados en sus enormes ojos.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Caminar despacito para no despertar al león.

—Yo llevo tacones. Y hacen un ruido del carajo.

—Ya veo. Dime una cosa ¿tienen Justo o Carima un Fiat o un Ford oscuro?

—¿Por qué?

—¿Lo tienen?

—Que yo sepa ninguno de los dos tiene carné de conducir.

—Pues la hemos cagado.

Eso significaba que no era un solo león sino una manada entera. La cosa se ponía negra. Las mordidas podían llegar de todos lados. Íbamos a necesitar ayuda porque yo solo no daba abasto para cuidar de los dos. Pero no podía comprometer a nadie más, no después de perder a Rafael, hubiera sido ponerle a quien fuese una pistola en el pecho: si los asesinos no habían visto objeciones en tres muertes de todos los colores, ahora no se iban a echar atrás. El castigo en España es el mismo si matas a un vecino que a toda la manzana. Por no hablar de los alegatos de locura transitoria, crisis emocional y mariconadas de ésas. Por otra parte, los tres crímenes fueron cometidos de día y al menos dos de ellos sin maldita alevosía. Nada tenían, pues, que perder y eso los hacía más torvos y peligrosos.

De todas maneras, en aquella historia de infecundas maquinaciones y muertes sin

sentido, un punto faltaba aún por aclarar. ¿Qué relación tenía la muerte de Amanda con el posterior homicidio de Camember? Ella era un problema que había que ventilar cuanto antes y su propia temeridad les solucionó la papeleta. Pero ¿por qué se lo cargaron a él? Algo había ocurrido, entre dos estaciones de 1998, que precipitó las cosas. Quizás a Camember le entraron los dolores de conciencia de los pijos y se asustó y amenazó con contarlo todo. Aunque, bien pensado, ¿qué iba a contar?, ¿que le negaron el auxilio debido a una muchacha alocada e inconsciente que se bañaba después del almuerzo? Tremenda mentecatez. Además, hubiera sido su palabra contra la de cinco personas que hubieran jurado que nada pudieron hacer por la tal Amanda, que la cosa los había cogido a todos despistados, que pensaban que la chica estaba bromeando, ella era así, siempre con sus bufonadas. Incluso la hubieran puesto a caldo de pollo después de muerta, a quién se le ocurre entrar al agua haciendo la digestión. Hubieran vendido su alma con tal de parecer inocentes como niños de teta. No. Había algo más. Algo que se me escapaba.

Acompañé a María Arancha. Me aseguré de que no nos seguían y revisé hasta el último rincón de su casa antes de dejarla. Todo estaba en orden. Allanar un piso de apartamentos es más difícil que irrumpir en una oficina. Un edificio que sólo alberga despachos se vacía por la noche y, por mucho sereno que te lo defienda, deja muchos huecos por donde se puede colar un avisgado. En una vivienda siempre hay algún insomne, alguna vieja desvelada y curiosona, que oye o que ve algo extraño, se asusta y llama a la policía. Sólo me faltó acostar y arropar a Maracha, pero no me podía permitir el lujo de perderla a ella también. Le pedí que me llamara cada par de horas para hacerme saber que se encontraba bien y ella me devolvió un gesto de cejas, respingo de nariz y comisura de labios, todo en uno, de puro agradecimiento, vete tranquilo, lo pensaba hacer de todas maneras.

Toma VIII

Le hice una visita de cortesía a mi viejo amigo Álvarez. Lo hallé tras su mesa, entre una tonga de papeles, relleno de informes. Habían robado en una joyería de la calle Sagasta de la forma más burda, empotrando una furgoneta contra los ventanales, le llamaban *alunizaje*. Era una panda de chiquillajes que operaba desde hacía un año y traía a maltraer a los comerciantes de la zona. Álvarez sabía bien quiénes eran, pero hasta ahora no habían podido más que cogerlos forzando algún *jeep* que luego usaban para destrozar las cristalerías. Los detenían y tenían que soltarlos a las dos horas. La historia de su vida, puta justicia. Cuando me sintió entrar, vio los cielos abiertos, coño, Blanco, ¿cómo te va?, qué bien que viniste, carajo, ya tengo excusa para salir a tomar una caña.

Me llevó a un bar sombrío y sucio que olía a fritango de sardinas y a bajante endulzado a golpe de lejía. Nos sentamos en una mesa lo más alejada posible de los baños para aliviar la peste y pedimos cerveza. Al rato llegó Barroso. Era un camarero viejo y chueco que, en verdad, se llamaba China, como la mitad de los gomeros, pero al que llamaban Barroso porque tenía la cara salpicada de manchas de viruela, una guasa de dudoso gusto pero muy a tono con el local. Álvarez se interesó por la salud del viejo, que no andaba muy fina.

Ya a solas, me contó que Barroso tenía un cáncer de próstata galopante y que al pobre le quedaban dos afeitadas. Me conmovió el guiño de caridad del inspector. No era pose, le había nacido de las mismas entrañas, es un tipo solitario, coño, que se vino de La Gomera a hacer la mili y se quedó aquí; nunca se casó, con esa cara y esa poca gracia qué mujer lo habría querido, Ricardo, pero ¿tú lo has oído quejarse alguna vez?, jamás de los jamases, y eso que lleva en este bar cuarenta años, desde los tiempos de maricastaña, el hombre se trajo los bártulos de la covacha donde vivía y ahora ocupa la trastienda del bar porque ya no puede ni con las escaleras.

Tres cervezas más tarde, cuando mi amigo ya se había desahogado lo suficiente de miserias propias y ajenas, le hablé de mi caso. Le conté que lo de Camember era un embrollo más complejo de lo que parecía, ya no hay duda, Álvarez, al pijo se lo cargaron, me consta porque me estoy acercando al final de la madeja y ya me han intentado *desanimar* en un par de ocasiones; necesito un favor, sé que puedo meterlo a usted en un pleito, pero debo tener acceso a sus archivos, ya no me sirven las fotos, ahora preciso el informe, los datos forenses, cualquier anotación que hicieran sus hombres en borrador, seguro que lo guardan todo en algún sitio, ustedes son unos quisquillosos para esas cosas, no se ofenda, es un cumplido, gracias a eso podemos sobrevivir los detectives.

Álvarez frunció el ceño, se me quedó mirando, dio una chupada a su cigarrillo, un sorbo a su caña —eran los cinco minutos de gloria a los que cada quisque tiene

derecho en la vida— para decir, solemne, qué pollas, Blanco, me importa un huevo que vaya contra el reglamento, total, a nadie le interesa si se pierden durante dos horas un par de documentos de un caso cerrado, Maigret tampoco sigue siempre las normas, hablaré con un colega de registros que me debe algunos favores, es un buen hombre pero demasiado aficionado a los jovencitos, qué quieres, todos tenemos vicios y a éste le gusta que lo empujen suavemente de vez en cuando, por la cuenta que le trae no diré ni más, dame un par de horas y vuelve esta noche cuando acabe mi turno.

Me fui a dar una vuelta para hacer tiempo. Necesitaba comprar algo de comida, hice algunos encargos para Inés y de paso le compré un regalo a María Arancha, un abrecartas, a juego con un llavero, que tenía forma de búho de la suerte. Estaba buscando el de un elefante con la trompa hacia arriba, pero la dependienta me convenció de que, a falta de pan, buenas son tortas, y el búho también servía porque es un bicho vigilante que vela por las noches. Cuando regresé a la comisaría, me esperaba una sorpresa. A Álvarez se lo llevaban los demonios. Estaba desencajado, joder, Ricardo, creo que estamos en un lío de tres mil pares de cojones; el dossier de Camember no aparece; acércate para que no nos oigan; el caso es que Mateos, el colega bujarra del que te hablé, cree que se lo han robado, el muy cabrón se lo hizo hace unos días con un pibito guapo y bien trajeado encima de una mesa, en los mismísimos archivos; he tenido que apretarle las tuercas para que me lo contara porque una cosa es dejarse dar por culo en tu tiempo libre y otra muy distinta que te traigas al amante al trabajo, si se enteran le cuesta su puesto, eh, no creas, esto no es nada gracioso, no pongas esa cara de guasón porque esto revienta los cimientos de esta venerable institución, imagínate, si agarra la noticia un periodista, la jodemos bien jodida, seríamos el hazmerreír de España entera, coño, estamos en la mierda, en la mismísima mierda, joder, la puta que lo parió.

Una de las pocas cosas en que la realidad se parece a la ficción es la ineptitud de la policía. Por segunda vez en esta historia los hombres de Álvarez mostraban su lado turbulento y zafio: primero la chapuza en el levantamiento del cadáver de Camember; ahora el extravío de los documentos. Alguien se había llevado el informe ante las mismísimas narices (por no hacer sangre y hablar de otra zona corporal menos favorecida) de un agente custodio. Alguien más seguía la misma pista a la que yo me había agarrado. Habían contratado a un chapero para hacer el trabajo sucio. Y habían logrado su objetivo. O no. Acaso ni siquiera habían necesitado emplear a alguien ajeno que pudiera irse de la lengua y estropearles el asunto.

Tuve una corazonada. No es que se necesitara ser un lince para atar cabos, pero, en este oficio, la intuición es un triunfo. Cuando todo parece que se hunde, surge una chispa, un destello que te ilumina. Tal vez era un disparate que iba a desviarme de la investigación, pero nada perdía con intentarlo. Un poco más de riesgo haría que se

despabilaran mis instintos. Me fui a la cama dándole vueltas a un plan algo arriesgado en el que tendría que confiar, otra vez, en Maracha, en su habilidad para manejar a las personas. Ella era la clave de todo el proyecto. Si hacía bien su parte del trabajo, podríamos contarle.

Al día siguiente le expliqué con detalle lo que quería de ella. Necesitaba que hiciera una llamada. Que se citara con alguien en algún lugar de las afueras, a ser posible en San Mateo o Valsequillo, a no menos de quince kilómetros de la ciudad. Que lo entretuviera durante un par de horas. Que lo emborrachara. Que le hiciera cambiar de gustos sexuales si fuera menester. Tendría que parecer muy convincente. Tendría que simular estar muy asustada, algo que no le costaría mucho porque parecía estarlo. Tendría que llorarle para que asistiera porque era imperioso que hablaran de lo que estaba pasando, porque la situación se había desbordado, era de locos. Tendría que convencer a su amigo Justo de que estaba de su lado, porque, a fin de cuentas, quién había perdido más con la muerte de Toñuco sino ella. Si la cosa se ponía fea y no era capaz de retenerlo tanto tiempo, acordé con Maracha que llamaría a casa de Justo, dejaría sonar tres veces el teléfono y colgaría. Si yo aún estaba dentro, entendería el mensaje.

Justo me había contado, cuando aún se fiaba de mí, que no le gustaba Las Palmas para vivir, porque le parecía una colmena sucia y abarrotada. Odiaba los techos bajos, las paredes delgadas, los ascensores, los porteros, el incesante guineo de los chiquillos. Y odiaba, sobre todo, a los vecinos. Por ello se compró una vieja casa solariega, con un terrenito en el que cultivar limoneros y manzanos, con un horno de leña capaz de albergar a una vaca abierta en canal, con un porchito para sentarse a leer a la luz de la luna, en la subida a Los Tarahales. La casa era un antiguo alpendre que Justo se esmeró en adecentar, con particular ingenio y un genuino sentido para los volúmenes y los colores: le había puesto columnatas griegas con volutas en forma de acelgas al porche y bancos de hierro fraguado pintados de color rosa.

La verja de entrada no era muy alta y estaba escoltada por dos murillos de piedra de cantería. No era difícil saltarla. El problema era una farola que, apostada a tres metros de la cancela, arrojaba una indiscreta fosforescencia. Le busqué el corazón, a ras del suelo, y la inutilicé cortando uno de los cables que la mantenían viva. A lo lejos un perro ladró y temí que despertara al vecindario, pero acabó aburriéndose. La casa estaba oscura y silenciosa. La Luna, adelgazada en un cielo estrellado, me cubría las espaldas. Una vez en el jardín, di una vuelta alrededor de la casa, interrogando ventanas que me invitaran a entrar. Encontré una con el pestillo suelto que daba a un pequeño baño que prolongaba la estrafalaria decoración de la entrada.

Me colé por la rendija y encendí la linterna que llevaba en el coche para algún apuro. Me recibió una bañera redonda color lila en medio de un follaje de ficus y helechas. El baño daba a un pasillo estrecho: a la izquierda, el recibidor; a la derecha,

un dormitorio y un salón de estar. Eché un vistazo al primer piso, pero no había nada de interés. Tan sólo recalé en una selecta colección de armas de fuego que Justo tenía en el vestíbulo. Aparecían ordenadas, cronológicamente, en una vitrina de cristal. Había sables antiguos orientales, trabucos de piratas, bayonetas de guerras pretéritas y hasta un par de revólveres modernos de alta precisión. Me fijé bien en las cristaleras por ver si faltaba alguna, pero no había secuelas, hubiera sido demasiada torpeza matar a Camember con una de aquellas armas.

Subí las escaleras y me topé, de pronto, con una horrenda sorpresa que me hizo dar un respingo y botar la linterna escalones abajo. Se erguía allí, en mitad de un angosto descansillo, un oso polar disecado de dos metros y medio de envergadura, con las fauces abiertas en actitud amenazante, la madre que lo parió. Superada la primera impresión, volví sobre mis pasos a recoger la linterna, que ya no volvió nunca a resplandecer como antes. En la segunda planta había dos habitaciones, otro baño algo más grande y un cuarto de trabajo, extrañamente clásico, revestido de madera de pino canadiense y con sillones de cuero marrón. Si Justo escondía algo en esa casa de los horrores, tenía que estar allí. Cerré las cortinas para poder encender la lamparilla de mesa sin despertar sospechas en los vecinos y probé con armarios y cajones, cuidando de dejarlo todo como antes. Todas las gavetas estaban francas, guardaban expedientes mercantiles, fotocopias de pagos y facturas. Todas excepto una, que se me resistió. Estaba cerrada con llave. Saqué una navaja y escarbé en la cerradura hasta que se oyó un leve crujido de astilla palpitante. Dentro había un atadizo de papeles y documentos: el contrato de compraventa de la casa, varias nóminas, una chequera en la que estaban anotados los movimientos bancarios de su dueño. Debajo de todo, apareció una carpeta de las que yo había visto antes en la comisaría de Álvarez y en la que se guardaban los informes que, más tarde, se archivaban. Allí estaba todo: las fotos, las notas, el dictamen forense. El cabrón de Justo ni siquiera había tenido la decencia de ocultarlo mejor, quizá porque sabía que el policía a quien se lo había rateado no estaba en condiciones de denunciarlo.

Fue entonces, al ir a sacar la máquina para fotografiar mi hallazgo, cuando sonó el teléfono. Uno, dos, tres timbrazos y después el silencio. Cerré el cartapacio y me lo guardé. Metí el resto de los documentos en el cajón. Apagué la lámpara. Encendí de nuevo la linterna mustia. No podía arriesgarme a que volviera Justo y me encontrara allí. Y no sabía el tiempo de que disponía, así que opté por llevarme todo lo relacionado con el caso Camember. Las cartas estaban sobre la mesa desde que irrumpieran en la oficina de Maracha, de modo que aquello no iba a empeorar la situación. Yo sabía que ellos estaban detrás de la muerte de Toñuco. Y ellos sabían que yo lo sabía. Nada había, pues, de que extrañarse.

No tuve tiempo de salir de la casa. En el momento en que bajaba las escaleras, llegó el sonido ronco e intermitente del motor de gasoil de un taxi que se detenía y,

un segundo después, arrancaba de nuevo. Llegó el eco metálico, inconfundible, de una verja que se abría. De una cancela que se cerraba. De unos pasos en el jardín que se acercaban. De picón con un ritmo apresurado de samba. Corrí hacia el baño y me metí en la bañera-selva amazónica. Una maceta se tambaleó dejando un rastro de tierra húmeda en los baldosines. Aproveché el ruido de la puerta al abrirse para saltar por la ventana. Sentí un dolor punzante. Se me había trabado el puño de la chaqueta en el pasador y me había hecho un desgarró en el antebrazo, que comenzó a sangrar serenamente. Tuve tiempo de ver cómo alguien encendía las luces del recibidor. Escuché un ruido de llaves que rebotaban sobre un aparador, la cremallera de una cazadora que alguien se quitaba. Alguien que subía las escaleras. Crucé el porche apresuradamente. Apoyé una pierna en un saliente de piedra. Con esfuerzo, porque el brazo me escocía, y debo reconocer que muy motivado por el recuerdo caliente de la colección de armas del vestíbulo, escalé a lo más alto del muro y brinqué al otro lado. No tenía intención de quedarme a ver las reacciones de Justo cuando descubriera la trampa. Subí al coche, arranqué y salí como alma que lleva el diablo.

Me aguardaba Maracha en el zaguán de casa, estaba preocupada, Ricardo, no sabía si habías tenido tiempo de salir a escape de allí, yo esperaba que iríamos a tomar una copa después de cenar, pero Justo estaba muy agitado, no paraba de mirar a todos lados por ver si nos espiaban, no dejaba de sudar impacientemente, de hacer muecas nerviosas con la cara, de mover las manos, fueron los instantes más desagradables de mi vida, puedes jurarlo; ni siquiera comimos; después de los entrantes, dijo que tenía que irse, pidió un taxi, se empeñó en llevarme a casa y se fue; para colmo, todo se compinchó contra nosotros: el teléfono móvil no me respondía, el ascensor lleva dos días estropeado, me encontré en el rellano con una vecina charlatana a la que dejé con la palabra en la boca, seguro que no vuelve a mirarme a la cara nunca más, hasta que llegué al piso para avisarte; recé para que Justo se encontrara un atasco en la avenida de Escaleritas o en la Feria y me vine a esperarte.

Sentados en el sofá de mi salón, ante una botella de oporto de quince años y dos vasos, y ante dos velas con olor a sándalo que había encendido para recoger aún más el calor del cuarto, le conté con pormenores mi aventura en el caserón de Justo. Bromeé con la decoración y con la historia del oso polar. Le narré la mala espina que me dio darle la espalda a las armas. La dejé que me curara la nueva herida de mi colección. Y, como colofón a tanto éxito, saqué de la chaqueta la carpeta que contenía los informes policiales de la muerte de Camember. Ella quedó en silencio. La miró y se abrazó las rodillas en un gesto que le había visto hacer otras veces, cuando estaba asustada. No la abrimos inmediatamente. La dejamos reposar en la mesilla para que se orease, como si fuera un vino de reserva, para que se hiciera al ambiente, para que tomara cuerpo, para saborearlo más tarde con una fruición mayor. Brindé con

Maracha porque estábamos vivos. Aún. Competimos a aventurar hipótesis. En ese cartapacio había algo que explicaba una muerte, tal vez dos. Algo por lo que habían matado, al menos, a un hombre bueno. Algo por lo que estaban dispuestos a matar otra vez.

Por fin nos decidimos a abrirlo. Desalojamos la mesa de todo cuanto nos estorbaba. Desplegamos retratos y papeles por el cristal. Maracha se tensó al ver la imagen lúgubre de Toñuco muerto. Ella no había querido saber nada de autopsias ni exámenes, prefería recordar a su novio como era cuando estaba vivo, cuando se reía, cuando le tomaba el pelo, cuando la amaba. En atención a su pena, las volví boca abajo y las aparté. Yo sí las había visto y no había nada en ellas que pudieran decirme más de lo que ya sabía.

Nos concentramos en los documentos. Había algunas anotaciones, hechas a mano con una caligrafía distorsionada, escritas a contrapelo por un policía de los que se encargaron de hacer la investigación. Alguien había apuntado la hora, el día, las personas que estaban en la sala. Había hecho una breve descripción de la estancia buscando los detalles. Describía la posición del cuerpo, el color de la piel, el olor que inundaba la sala, su impresión personal y subjetiva acerca de la causa de la muerte: suicidio. En uno de los bordes de aquella nota había dibujado una bala y un signo de interrogación, tal vez con la intención de investigar posteriormente si el agujero de la cabeza correspondía con el calibre.

También había un informe redactado a máquina, nada de ordenadores, quizás el encargado de hacer el escrutinio fuera un romántico, un amante de los viejos cacharros, de las vetustas Remington de carrete. No contenía ninguna información adicional. Recogía, algo más pormenorizadamente, los hallazgos en el despacho de Camember. No había nada anómalo en todos aquellos legajos. ¿Nada? Entonces para qué se tomaron la molestia de robarlo. Seguí desentrañando la carpeta. Maracha me observaba sin decir palabra. Mantenía su vaso de oporto entre las manos con tanta fuerza que pensé que se le iba a reventar. En el fondo, pegado a una de las caras del cartapacio, apareció un sobre. Era la última oportunidad de entender el enigma.

Dentro se escondían unas páginas con membrete del Colegio Médico. Era el informe del perito forense. Venía firmado por un tal Eduardo Gómez Elizaga, colegiado número 06411. Ése debía de ser el amigo de la familia, el que se trajo el tío de Camember para levantar el cadáver. Cuando leyó el nombre, Maracha rompió su silencio, yo lo conozco, alguna vez coincidí con él en casa de los padres de Toñuco, es un tipo estirado que se cree el ombligo del mundo; hasta me echó los tejos una vez que se tajó con aguardiente de pera; el muy bestia, de tanto tratar con muertos, no sabía cómo comportarse con los vivos. Revisamos el análisis que hizo del cuerpo. No había ninguna afirmación fuera de tono. Hablaba, en términos técnicos, del occiso y toda una suerte de señales externas e internas que lo llevaban a la conclusión de

muerte por disparo de bala en la cabeza. Tanta carrera y tanto título universitario para esa necesidad. Volví a leerlo otra vez. No me podía creer que me la hubiera jugado entrando furtivamente en la casa rosada de Justo para nada. Empezaba a perder la esperanza cuando Maracha dio un bote en el sillón, benditos sean por siempre amén ella y su bote, y señaló las esquinas del papel timbrado, aquí, aquí, Ricardo, mira, aquí hay algo que no cuadra, ¿lo ves?, fíjate, están numeradas las páginas, uno, dos, tres y cinco, uno, dos, tres y cinco, ¿ves?, ¿dónde está la cuatro?, ¡falta la cuatro!

En efecto, faltaba la cuatro. Se habían llevado una hoja del informe y habían olvidado borrar el número de las páginas. Quise besar a Maracha. Me volví para hacerlo y me encontré de bruces con su cara redonda como una luna espléndida, con sus ojos inmensos, con sus labios mojados que sabrían a oportu. Y resultó que sí, que sabían a oportu. Y a miedo. Y a deseo. Cuando nos separamos noté el rubor y el desconcierto en su mirada. Me disculpé, lo siento, es que me he emocionado. Y ella le quitó importancia, no es nada, no tienes que sentirlo, me ha gustado. Y yo, no lo siento en el sentido literal de sentirlo, lo que siento es la excusa tan tonta que me he buscado. Y ella, será que *nos hemos* buscado, porque el beso ha sido mutuo. Y yo, ¿por qué hablas tanto? Y ella, porque estoy nerviosa. Y yo, ¿por qué estás nerviosa? Y ella, porque hace mucho tiempo que no beso y no sé si estaré a la altura. Y yo, te lo juro, mi cielo, estás a la altura. Y ella, gracias. Y yo, de nada. Y ella, y ahora ¿qué? Y yo, ahora vuelvo a besarte a ver qué es lo que ocurre. Y dicho y hecho.

Ocurrió que llevábamos muchas horas sufriendo. Que nos habíamos ganado un descanso. Que hacía frío. Que había ganas. Que llevábamos la tira de tiempo amarrando el deseo. Ocurrió que las velas de sándalo se amustiaron dejando un rastro apelmazado de complicidad. Ocurrió que Maracha sabía a hierbaluisa. Ocurrió que su piel se erizaba igual que una naranja, que sus piernas se enrollaban alrededor de mi cintura, que sus pies estaban congelados y su risa se liberó de pronto como una cascada. Ocurrió que tenía un lunar en la ingle que yo intenté borrar a fuerza de besos. Ocurrió que yo no me había afeitado y le dejé su cuerpo intachable lleno de lamparones y de roces. Ocurrió que pronunció mi nombre en tres idiomas, que mi nombre políglota sonó a gloria en sus labios, que ya no pude más imaginarla con su vestido y sus medias de las Teresianas. Ocurrió que su frente amaneció en mi pecho, sus manos en mi vientre y su ropa al otro lado de la habitación que era, a esas alturas, como decir al otro lado del mundo.

Desayunamos zumo de naranja, café negro, nueces y pan de leña caliente con mantequilla. Nos duchamos despacio. Nos vestimos deprisa. Y fuimos a buscar al médico. Quise dejarla en su casa, pero insistió en venir, a mí me recibirá sin cita previa, Ricardo, podremos hablar con él esta misma mañana y salir de dudas de una maldita vez. Fuimos, primero, a la clínica donde trabajaba Gómez Elizaga, pero ese día libraba. Buscamos en la guía su teléfono y lo llamamos. Nos salió al final de la

línea una voz cantarina de adolescente que nos contó que su padre no estaba, que había salido a correr por la avenida y que después iría al Club, como siempre, a darse un baño en la piscina y a jugar al dominó con sus amigos. Y allí estaba cuando llegamos, su cuerpo perennemente bronceado, juvenil para la edad que tenía, secándose al sol de invierno en una hamaca.

Reconoció en seguida a Maracha y le dedicó una sonrisa obscena que me hizo sangre: me disgustaba esa manera viscosa de mirarla, sus ojos parecían pegajosos tentáculos. Cuando se fijó en mí se le tensó el rostro, tal vez presintiera lo que le íbamos a pedir. María Arancha nos presentó y acercó una silla para hablar con él. Yo aproveché otra tumbona para sentarme, en un segundo plano, a la espera de acontecimientos. Le contó al forense lo del informe fragmentado. Evitó descubrirme y, cuando Gómez Elizaga le preguntó cómo había conseguido ese documento, mintió bellacamente. Él intentó escudarse en el secreto profesional pero aquello no se sostenía, no se trataba de una consulta íntima, ni de desvelar una relación inviolable entre médico y paciente. Toñuco estaba muerto y ella tenía derecho a saber por qué. Apeló a su amistad, al amor que sentía por el joven Camember. Gómez me miró por primera vez en todo ese tiempo y la Manrique resolvió cualquier duda, Ricardo es un detective que trabaja para mí, yo no me he creído nunca lo del suicidio y por eso lo contraté para que investigara, y la investigación nos ha llevado a usted; tengo que decirle, también, que no ha sido un camino de rosas, si supiera la cantidad de trabas que nos ha puesto todo el mundo; alguien no quiere que lleguemos a la verdad y yo sé bien que usted no tiene nada que ver en todo esto, por ello le ruego que nos ayude.

El médico meneó la cabeza, buscó la respuesta en el fondo de la piscina, se irguió para recolocarse su bata azul de baño y volvió a sentarse. La miró, esta vez sin malicia, como un abuelo, a mí lo que me extraña, Maracha, es que no te hayan hablado de esto antes, les dije a los padres de Toñuco que debían decírtelo, que debían advertirte porque a ti te afecta más que a nadie; no sé, quizá no acabaron de creérselo, quizás quisieron enterrarlo todo con su hijo, quizá les entró vergüenza.

—Vergüenza ¿de qué?

—De que Toñuco tuviera el sida.

—...

—En realidad, lo que tenía era los anticuerpos. Hablando en plata: él no estaba afectado pero podía contagiarlo. En cualquier caso, tú sabes que eso todavía es un tema tabú. Entiéndelo. Sus padres son personas mayores, tienen otra mentalidad. Para ellos es una tragedia.

—¿Una tragedia? Una mierda. Ellos no se acostaban con él.

No pareció hallar consuelo el resto del día. Se apagó como se habían apagado las velas la noche anterior. No estuvo para mí ni para nadie durante varias horas. Me pidió que la dejara sola y me escudé, para complacerla, en que tenía que resolver

algunos asuntos atrasados de la oficina. Pero le hice prometer que comeríamos juntos. Quería que conociera a alguien. Así pues, la mañana transcurrió lenta y pesadamente. No hice más que pensar en ella, en lo que estaría sufriendo, en el dolor, la rabia y el miedo combinados en su pecho. Llamé a Inés. Deseé que me endosara alguno de sus problemas para, de esta forma, ocupar las horas hasta el mediodía. Pero no había recados ni llamadas ni visitas inesperadas. Me preguntó cuándo creía yo que cerraríamos esta investigación, porque había lista de espera y ya no sabía qué decirle a los clientes. Le contesté que pronto, que estábamos llegando al final, que, con algo de fortuna, en tres días todo se habría acabado.

—Los cito para el lunes.

—Mejor para el miércoles. No puedo andar saltando de un caso a otro como una rana. Dame un par de días para recobrar.

—Pues el miércoles sin falta, entonces. Te tendré preparado los dosieres.

—Vale. Hasta luego.

—Hasta luego, Ric... Espera, espera, Ricardo, que llaman por la otra línea. No te retires.

—...

—¿Ricardo?

—¿Qué hay?

—Era el inspector Álvarez. Quería hablar contigo.

Me había olvidado de él. Con la confusión generada por el robo de los documentos Camember, me marché de la comisaría sin despedirme. Acababa de encontrar ocupación para pasar mi primera mañana de la era Maracha sin Maracha. Regresé a casa. Cogí la carpeta. Me pasé por la oficina a fotocopiarlo todo, no quería devolvérselo a la policía sin dejar una prueba para nuestros archivos. No me fiaba de ellos. Eran capaces de volver a extraviarlos. Luego, fui a visitar a Álvarez.

Cuando le entregué el cartapacio se le saltaron los ojos, coño, joder, ¿de dónde los has sacado?, podría detenerte por esto, carajo, es ocultación de pruebas. La mirada socarrona que le devolví fue suficiente para que dejara de andarse con pollabobadas, vamos, Álvarez, váyase a hacer puñetas, encima que se los traigo, yo podría decir que me los encontré en la calle, que me los dejaron en el buzón, pero a ver cómo explica usted que no estén a buen recaudo en sus sótanos, deme las gracias y cállese la boca; además, qué leches, todavía me debe una. Su enfado era fingido: estaba claro que su alivio era más fuerte que su embarazo. Optó por no menearlo y devolvió personalmente el expediente a su sitio. Supongo que habrá aprovechado para echarle, de nuevo, un rapapolvos al archivero.

Al volver a su mesa estaba notablemente más relajado, nada como una buena bronca a un subordinado para aflojar los músculos de la cara. Él insistió en conocer cómo había conseguido el documento y yo perseveré en mi condición de detective,

soy investigador privado, Álvarez, pri-va-do, qué privacidad es ésa que a poquito que te aprieten las tuercas, cantas como un jilguero; solo puedo decirle que falta un quinto del informe, el que se lo *distrajo* a su ayudante se encargó de hacerlo desaparecer, pero descuide, solo es importante para la familia del muerto.

Le acepté una invitación al inspector. Mientras él se tomaba tres cervezas, yo di tres tragos a un *martini* que se me aguó en el vaso y se me calentó hasta convertirse en un líquido caldoso que no había quien se bebiera. Oyéndole contar una de sus batallas, se me pasaron las horas. Me despedí de él a las dos menos cuarto. Había quedado con Maracha a las dos en una terraza de La Puntilla y quería estar antes para recibirla. Tenía, pues, el tiempo justo. Sin embargo, cuando llegué ya estaba allí ella, sentada delante de una tónica, frente a la bahía, con la mirada perdida en un mar triste, lánguido de noviembre.

Ni me sintió llegar. Me senté a su lado y sólo entonces cayó en la cuenta de mi presencia. No dije nada. Me limité a susurrar su nombre para no alejarla más de lo que parecía estar. Ella mediosonrió y volvió al mar, donde menguaba algo su pena y estaba a salvo de presentimientos. Le hice señas al camarero para que me cobrara su bebida. Pagué y me levanté, vamos, Maracha, quiero presentarte a una persona. Ella se regañó. Hizo una mueca de cansancio, ahora no sé si querré conocer a alguien; es más, no creo que nadie quiera conocerme a mí.

—Con quien te digo no vamos a tener problemas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya te conoce.

Toma IX

El viejo estaba, como siempre, acuclillado a un lado de la barca. Raspaba suavemente, con una lija, las traviesas de proa invocando el color original de la madera. Había ganado sólo diez centímetros desde la última vez que estuve allí. Su concepto del tiempo, desde luego, nada tenía que ver con el del resto de los mortales, al menos de los mortales con quienes yo trataba. Podía estarse una semana hurgando en un tablón, murmurándole al oído, acariciándolo hasta dejarlo a ras, con la lisura que a él le gustaba. De pronto, guardó los aperos dentro de una caja de galletas y la cerró con cuidado. Se enderezó despacio, sin apartar las manos de sus rodillas quejumbrosas, y se estiró haciendo crujir su osamenta de hombre de mar. Y, entonces, se volvió para recibirnos como Dios manda, casi me engañas, Ricardillo, trayéndote a alguien que sí sabe andar sobre la arena. Le di un beso antes de hacer las presentaciones, abuelo, ésta es María Arancha Manrique; Maracha, éste de aquí es el tipo con más mala leche de toda la playa de Las Canteras, no conocerás uno igual que él.

Yo nunca le había hablado a Maracha de mi abuelo. Pero si alguien los vio saludarse seguro pensó que era familia suya más que mía. No sé si por los momentos tan delirantes que había vivido las últimas veinticuatro horas, o porque Colacho Arteaga era un auténtico imán para las mujeres, eso decían en casa, ella se fundió en un abrazo tan cálido con el viejo que me dio la sensación de que yo estorbaba, de que estaba de más en esa escena. Se separaron y se miraron a los ojos. Él le lanzó un piropo, caramba, mi nieto se quedó corto describiéndola. Ella lo recogió, gracias, a mí me robó el placer de hablarme de usted. Él volvió a la carga, eso lo entiendo, si este viejo saliera con usted, tampoco le hablaría de otros hombres. Ella desenvainó toda su delicadeza, usted no es viejo, sólo ha vivido más. Él no pudo menos que reírse con ganas de la ocurrencia. Por fin, se dignó dirigirse a mí para devolverme a la realidad, y bueno, *m'ijo*, ¿dónde dices que nos vas a invitar a almorzar?

Los llevé a Los Caletones, una tasca donde se comían buenas gambas y pescado fresco. Pedimos un vinito blanco para regar el almuerzo y dejamos que el rumor de la playa nos amenizara la velada. Maracha apenas comió. Probó un poco de ensalada y una punta de calamar pero no estaba el horno para bollos de anís. El viejo, sin embargo, no se privó de nada. Nos disertó sobre la necesidad de alimentarse bien para llegar a su edad.

—Coño, abuelo, si yo como la mitad que tú no llego ni a fin de año.

—Y ¿para qué quieres llegar a fin de año?

—Carajo, quien dice fin de año dice el año dos mil o el dos mil veinte. De grandes comilonas están los cementerios llenos.

—Eso es de grandes cenas, totorota. *De grandes cenas están las tumbas llenas.*

¿Qué puede esperarse de alguien que no presta atención ni siquiera a los refranes? Yo no ceno nunca.

—No me extraña. Con lo que comes a mediodía.

—Ése es mi secreto de la eterna juventud, ¿verdad, María Arancha?

Pero Maracha no estaba con nosotros. Intentaba mantener el tipo sonriéndonos a todo lo que decíamos, pero no se enteraba de la misa, la mitad. Mi abuelo comprendió que había llegado la hora de meter baza. Me miró y me hizo un gesto como diciéndome «acabáramos, *m'ijo*, ahora sé para qué me la has traído». Entonces dejó los cubiertos cruzados en el plato, bebió un sorbo de vino y se limpió con la servilleta. Alargó su mano áspera y nervuda para tomar la de Maracha, ¿qué tienes, mujer? ¿A qué viene esa cara? Ella le respondió, hoy no es mi día, Colacho, siento ser una aguafiestas. Se levantó, discúlpenme, y buscó los baños.

Entre tanto, puse a mi abuelo al corriente de lo que habíamos descubierto. Le tuve que explicar, muy por encima, qué era aquello del sida y lo que significaba contagiarse. Él me escuchó en silencio, atentamente, para replicarme, entiendo, muchacho, claro que entiendo, estás hablando con alguien que vivió en una época en la que una gripe podía llevarte al otro barrio; he conocido una guerra, me han llegado rumores de otras tres por lo menos, he jugado con chiquillos que no llegaron a los ocho años, se los llevaba un mal aire, eso decíamos entonces, o se morían sin más, sin ninguna razón, he enterrado, amén de a mis padres, a una mujer y a dos hermanos; mis mejores amigos ya no están conmigo, a uno de ellos, un poeta cojonudo del que creo haberte hablado, lo tumbó la sífilis en menos de un mes, tenías que haberlo visto, la cara llagada y el cuerpo famélico, parecía una momia andante, mierda de vida; de veras, eso del sida suena a bastante sofisticado, a bastante crudo, pero todo se reduce a lo mismo: a la posibilidad de morir; vamos a hacer una cosa, ahora te buscas una excusa, pagas la cuenta y nos dejas a solas.

—Creí que no te caían bien las pelirrojas.

—Ésta parece distinta.

—Vaya por Dios. Y eso ¿a qué se debe?

—Tiene un lunar dorado cerca de la sonrisa. Eso es buena señal. Es un antídoto cojonudo para su pelo.

—Joder, viejo, ¿qué clase de fetichismo es ése?

—Uno de tantos. Me quedan muy pocas supersticiones de las que fiarme. A mi edad ya no creo en casi nada. Así que venga, vete prontito que tengo yo una charla pendiente con tu novia.

—No es mi novia.

—Pues lo siento por ti.

Aunque me hiriese algo quedarme de nuevo al margen, mi abuelo tenía razón en una cosa: con ese fin había llevado a Maracha a que lo conociera. Se me habían

acabado los argumentos para devolverle el ánimo a la chica y estaba seguro de que el punto de vista de un hombre que, como él, había vivido la vida tan intensamente serviría de algo. Al menos no le haría daño. A pesar de sus dudosas entelequias de viejo, él sabía distanciarse como nadie de las dificultades, sabía mirar debajo de las alfombras para descubrir las emociones ajenas. Si alguien podía entender lo que ella sentía en esos momentos era un calafate diestro en recomponer barcazas desvencijadas. Así pues, le hice caso y me despedí. Maracha no se sorprendió, me dedicó una mirada de resignación que venía a decir —eso supuse entonces—, bueno, si esto es lo que pretendes, me quedo, pero te advierto que no doy un duro porque funcione, ni quince abuelos en fila india podrán devolverme lo que hoy me han quitado.

Los besé a los dos. La mejilla de él estaba cálida, los labios de ella fríos como el mármol. Regresé a casa solo. Rebusqué en mis libros a ver si encontraba algo que hablara de la muerte y me topé, después de mucho tiempo de tenerlo olvidado, con Pessoa: *tudo quanto sonhei tenho perdido, antes de o ter*.

Eran casi las seis cuando sonó el teléfono. Me sorprendió descubrir la voz apagada de Carima del Castillo. Quería que nos encontráramos esa tarde en un sitio tranquilo y azocado, por ejemplo en la cafetería del Hotel Santa Catalina adonde, entre semana, apenas iba nadie. Le dije que a las siete estaría allí, bromeé para quitarle hierro a su tono de voz, me reconocerás por una rosa roja que llevaré en el ojal y un libro de poemas abierto por la página diecisiete. Ella ni se inmutó. Lo de la rosa, desde luego, era chiste, pero el libro de Pessoa me lo llevaría conmigo para hacer tiempo porque pensaba adelantarme a la cita. Quería comprobar si venía sola, si de verdad buscaba un lugar apartado para que no nos molestasen o para tenderme una trampa. Me molestaba ser tan desconfiado pero ya no tenía cuerpo para más sorpresas.

A los veinte minutos estaba ante un café amargo y una botella de agua, en uno de los mullidos sillones del Santa Catalina, envuelto tibiamente entre cojines. Olía a tabaco y mimbre, a suave madera de hacer cestas. Sólo había dos personas, una pareja de ejecutivos bien trajeados, a dos mesas de distancia. Trataban de un negocio que tenían entre manos. Hablaban en voz queda pero, a veces, se les escapaba una exclamación, alguna frase suelta, que no dejaba resquicios. Conspiraban para cambiar de empresa y llevarse lo más suculento de la cartera de clientes. Uno de ellos, el más enérgico, buscaba convencer a su colega de que era un asunto seguro, de que no había nada ilegal en ello. De moralidad no habló. Sin duda era embarazoso hablar de moral cuando se comerciaba con un asunto de más de cien millones, eso dijeron, al año. Yo, mientras tanto, había encontrado acomodo para tener una vista completa de todas las puertas que daban al hotel: la del restaurante, la de la cantina y la que llegaba a la recepción del Santa Catalina. Nadie podía acercarse por ningún flanco sin delatarse.

Poco después, llegó un grupo de azafatas de una compañía aérea extranjera. Por su aspecto —rubias, altas, bellas, piel blanquísima, cachetes sonrosados, dientes intachables y un acento enconado y gutural que desafiaba a cualquier otra conversación en la terraza—, debían de ser noruegas o suecas. Venían, cansadamente, arrastrando sus equipajes sin gracia y coparon una mesa de las grandes al otro extremo de la pérgola. Durante un cuarto de hora se convirtieron en el centro del universo no sólo para mí sino para los dos ejecutivos, para el camarero, que se apresuró a servir las, y hasta para el botones del hotel que decidió salir de su cubil y apalancarse a la vera de las azafatas, por si podía echarles una mano, en toda la amplitud de la expresión.

Un taxi se detuvo en la entrada. Era Carima. La vi pagar por entre los asientos, salir y cerrar la puerta tras de sí. Me buscó con la mirada, me reconoció, hizo un gesto de asentimiento y se encaminó hacia donde yo la esperaba. Me levanté a saludarla y la invité a sentarse. Pudo haberlo hecho a mi lado, pero eligió el sillón que quedaba enfrente de mí, pensé que para poder examinarme a gusto mientras negociábamos. Pidió un vodka con limón. Se sonrió al ver la expresión de mi cara, no, Ricardo, no es que me haya vuelto una alcohólica, es que aquí los hacen muy ricos, miden bien la cantidad de vodka y no se pasan con el hielo.

Disculpé la indiscreción de mi rostro, no, mujer, si yo no he dicho nada, aquí cada uno es libre de tomar lo que le apetece; de cualquier modo, prefiero el whisky y nunca con refresco, las cosas dulces me dan acidez. Ella puso bien pronto las cartas boca arriba, viendo tu estrecha relación con Maracha, cualquiera lo diría. Yo acepté el reto, no deberías fiarte de las apariencias, tal vez ella no sea tan dulce. Y Carima se soltó la melena, mira, querido, tú sólo la conoces desde hace dos semanas, ya sabemos que lo de compañeros de facultad es un camelo, y sólo estás viendo las cosas desde una perspectiva, la de ella; por supuesto que no es tan dulce, nos ha jodido mayo, pero se lo hace.

Reconozco que me irritó la forma en que me habló, pero no le di el placer de hacérselo notar. Desplegué la mejor de mis sonrisas, la más delicada de mis maneras para responderle que me limito a las pruebas que tengo, Carima, de acuerdo que Maracha me ha dado bastante información, pero hay cosas en las que no ha tenido nada que ver; en el barco, en la calle, en la oficina ha habido momentos en que he estado solo; sé sumar. Ella jugó coquetamente con el hielo de su vaso, alargó la respuesta como un chicle, si estaba nerviosa, lo disimuló con destreza, estoy segura de que sabes sumar, pero las cantidades te las ha dado alguien, alguien tan interesada como el que más en este enredo, que pudo aprovechar un descuido para empujarte al agua, que pudo simular un robo en su propia oficina, que tiene en su empresa un Opel Senator azul metálico con cristales ahumados que, mira tú por dónde, ahora está en un garaje de Triana con un faro roto y el capó abollado; alguien que, acaso, está

encabronada cosa mala porque su novio se la pegaba con todas las tías que se le ponían a tiro, porque su novio se fue diez días a Cuba en viaje de negocios y se trajo, además de un par de cajas de Cohíbas de pega, de ésos de chinchalero que tienen más viruta que hoja, una enfermedad que no es ninguna broma; alguien, en fin, que tenía muchos motivos para desear la muerte de Toñuco Camember.

Experta duelista, hábil Carima, me hundió la daga corta hasta la empuñadura mientras me confundía con su mirada hechicera, mientras me ilusionaba con todo tipo de juegos malabares con el hielo y el vodka, con el vaso y el limón, con sus labios de almíbar. Sabia Carima, las mujeres nos llevan tres mil años de ventaja. Agridulce Carima, nadie como ellas para liar la marrana. Jodidísima espadachina, qué primitivos somos. Y qué livianos. Intenté rehacerme, pero el veneno ya corría por mi sangre como loco, dejándome un dolor caliente, agudo, que amenazaba con partirme en dos.

Carajo.

Cada vez que esclarecía algún punto lóbrego de la investigación, otro se me enturbiaba, era como si removiera las aguas de un pantano, aclaraba una orilla para anegar la opuesta. Aquello recordaba cada vez más a un teatro de sainete en el que el iluminador no se tenía aprendido el papel e iba a su aire, un teatro de guiñol en el que yo, al parecer, era la marioneta a la que todos les encantaba apalear.

Me volvió la sensación de Gary Cooper. Y Grace Kelly-Maracha me miraba con sus ojos tristes para decirme que sí, que te adoro, pero que me rajo, regreso a mi casa y a mi pueblo, si quieres que te maten, allá tú, ahí te quedas con tu estúpido sentido del honor. Y Katy Jurado-Carima me contaba ahora, con su sensualidad desparramada, que yo también te quiero, pero eres más tonto que yo qué sé, cómo se te ocurre fijarte en la mosquita muerta ésa, que en verdad no te ama, sólo quiere enredarte, a ver si espabilas, zoquete. Por mucho que pidiera consejo, estaba claro que me iban a dar con la puerta en las narices. Nadie quería cogerse las manos en un caso como aquél. Todos esperaban en una iglesia chiquita, cantando su hipocresía de Dios bendiga cada rincón de esta casa, a que llegara el próximo muerto. Les daba igual quién fuera con tal de que no pringara demasiado, con tal de que no levantase mucha polvareda, con tal de que se lo cargaran a otro.

Intenté recomponerme. Pero estaba más que claro que esa herida tardaría en cerrarse. Até cabos mentalmente. Y a excepción de la escena del barco en la que no perdí de vista a María Arancha Manrique, permíteme que ya no te llame Maracha hasta que esto se aclare, a excepción de ese sábado, el resto podía haber ocurrido como decía Carima. El coche era la llave del arcón. ¿Y el robo del expediente Camember? La Manrique no había podido saberlo, desconocía mis sospechas acerca de Justo y, aunque hubiera querido, no habría tenido tiempo de incriminarlo escondiendo las pruebas en el cajón de su escritorio.

—En eso no hay secreto, Ricardo. Una vez que supo quién eras, Justo se asustó. Creyó que podías sospechar de él. Tiene la manía de que, como es maricón, todos los cañones del mundo apuntan a su culo. Así que se agenció a un antiguo amante que trabajaba en comisaría para robar los papeles.

—Y ¿cómo supo que yo buscaría en los archivos de la policía?

—Era lo más lógico. Sólo podías acudir allí. No tenías nada. En realidad, sigues sin tenerlo. Únicamente por las fotos de un muerto no puedes demostrar quién lo mató.

—Luego, lo mataron.

—¿A ti qué te parece?

Me parecía que sí. Que lo mataron. Así, en plural. En todo el horror y la ignominia de un plural sórdido, vomitivo. Decidieron que sobraba. Se lo cargaron sin piedad. Igual que a Amanda, sólo que a Toñuco le dieron un empujoncito porque seguro no se lo puso a huevos como la mujer de la playa, porque seguro que no se arriesgó a un estúpido corte de digestión, porque seguro que a él no le hizo ni pizca de gracia la idea de morirse. Decidieron que sobraba, que no podían esperar a que su mal se le extendiera sangre arriba, que eso podía durar la tira de tiempo y, a lo peor, el muy suertudo encontraba un remedio a mitad de la cuesta. Y lo mataron.

Pero ¿por qué? Me faltaba una razón, aunque fuera ficticia, aunque no convenciera a un juez, aunque no se lo creyeran en casa. Me faltaba el móvil. Carima apuntaba alto, me han dicho que te gusta la literatura, que lees versos, que tienes sensibilidad, algo insolente para un tipo que trabaja en lo tuyo pero allá cada uno con sus aficiones; pues piensa en grande, échale imaginación y mira a Shakespeare, a Otelo por ejemplo.

—¿Por celos?

—¿Te parece poco móvil?

—Me parece demasiado.

—Pues a los jueces sí que les convencen las razones pasionales.

—¿Y?

—Que si tienes idea de seguir con esta investigación, debes prepararte para todo. Puede que no te guste lo que descubras.

La muy jodida sabía batirse el cobre. Sabía en qué llaga poner el dedo. Primero me presentaba la cara oculta de la Luna, las sombras y los temores de una María Arancha Manrique, perdona que no te piense Maracha hasta que esto se arregle, que parecía una mantis religiosa, una María Arancha Manrique que amenazaba con comerme entero después de amarme por trozos. Y a continuación me invitaba a ponerle el cascabel. Si algo de lo que había insinuado Carima era remotamente verdad, empezaba a dudar si valía la pena llegar hasta el final del túnel, para eso mejor me quedo a oscuras.

A esa hora, mientras Carima me despellejaba el alma en la terraza verde y ocre del Santa Catalina, Colacho Arteaga andaba restaurándole la suya a María Arancha Manrique, perdona que ni te nombre Maracha hasta que se ventile el cuarto. Después supe que lo había conseguido. Después me contaron, a retazos, los dos, quitándole los fragmentos más íntimos a que tenían derecho, los dos, dejándome a lamer tan sólo la cáscara amarga de la naranja, los dos, me relataron el puzzle de la entrañable historia de una tarde de noviembre con vistas, de un paseo por la playa agarrados del brazo, de huellas en la arena que hasta el mar les respetó, de una intervención de urgencias, microcirugía fina, en la que el doctor Arteaga le remendó los rotos del corazón a su joven y hermosísima paciente con un truco de estelero para sentar la madre desquiciada.

Y me contaron que la Luna se les volvió toronja sobre el cielo rojo mientras mi abuelo le hablaba suave pero con firmeza de que para morir sólo basta estar vivo. La tupió a anécdotas, como si lo viera, la embadurnó de dichos y refranes, la hizo reír con historietas de juventud, la hizo llorar con dolorosísimos lances de infancia, como cuando se turnaban con la ropa para ir a la escuela porque sólo tenían dos pantalones en casa para tres hermanos, hasta que el bueno de Joaquín, el mediano, se les murió de tisis, de frío, de comer únicamente mondaduras de papas y gofio, y entonces el pequeño, Carlitos, se alegró tanto en su ingenuidad porque ya no tendría que compartir calzones con nadie, o como cuando el tío Blasito, un hombretón grandote que no cabía por las puertas, tenía que recorrerse quince kilómetros al día, siete y medio de ida y siete y medio de vuelta, para buscarle las medicinas a la tía Tita que era asmática, o como cuando una mula le saltó un ojo de una coza a su hermana Pino porque a él se le ocurrió contarle que las mulas también se ordeñaban y la chiquilla fue y le levantó el rabo al animal y el hombre tuvo que enfrentarse todos los días del resto de su vida a aquel ojo vacío que lo miraba sin una pizca de rencor.

No había duda de que el abuelo era único en lo suyo. Pensaba en él cuando me informaba de dónde tenía María Arancha Manrique, perdona que no te sienta Maracha hasta que vuelva la luz, el aparcamiento. Pensaba en ellos cuando le contaba la trola al guarda del garaje de que trabajaba en el Ayuntamiento y venía a inspeccionar las salidas de incendio. Me costó encontrar el dichoso Opel Senator, pero al final lo hallé. Como había dicho Carima, tenía una abolladura en el capó y un faro destrozado. No había restos de cristales ni polvo en el suelo, de modo que el coche había llegado ya con la matadura puesta. Las huellas eran irregulares. No se había golpeado con nada puntiagudo, no podía ser un choque contra una pared o una esquina. Tal vez una farola, un buzón, un pobre limpiacoches.

El guarda —se presentó como Felipe Vega— me preguntó qué tipo de inspector de salidas de incendio era yo que no había mirado ni una sola puerta y me había quedado embobado en la plaza del Senator de la señorita Manrique. Y yo le contesté

que era ese tipo de inspector de salidas que, casualmente, conocía a la señorita Manrique y, al pasar por delante de su plaza, le había llamado la atención ver su coche tan dañado, con lo buena conductora y lo prudente que ha sido siempre la señorita Manrique. Y el sereno replicó que a él también le había extrañado porque era la primera vez en cuatro años, pero que no sabría decirme ya que todo fue en el turno de día y él entraba siempre a trabajar a las siete de la tarde porque, yo no sabía, pero él estudiaba Ingeniería por las mañanas y aquél era un empleo provisional, así que si yo quería saber cómo ocurrió todo tendría que venir al día siguiente y preguntarle a Melquiades, el portero de día.

Le agradecí su tiempo al galletón, hice el paripé de revisarle no sólo las puertas sino las escaleras metálicas, los ventanucos y hasta las trampillas del aire acondicionado, celo y dedicación que no falten, y le di el visto bueno, faltaría más, y lo felicité por el impoluto estado del garaje, en la Inspección oírían hablar de lo soberbio que funcionaba su aparcamiento, y elogí su magnífica ambición en la vida, muy instructivo eso de ser ingeniero, qué bueno que conserve intactas las ilusiones, y me despedí de él cuando ya los coches se le amontonaban a la puerta para que les abriera la cancela.

Toma X

Esa noche la pasé en blanco. En blanco puro y duro, en blanco humo de pipa, en blanco restos de cigarrillos y vasos empantanados, en blanco sabor pastoso en el cielo de la boca, en blanco olor a tugurio, en blanco disco rayado que sigue y sigue sonando con su matraquilla de despertador ronco, en blanco mate y no en blanco satén precisamente. Estaba algo aturdido por el cariz que había tomado la investigación en las últimas horas. No tuve coraje para llamar a María Arancha Manrique, perdona que no te evoque Maracha hasta que me vuelva el tino, y endosarle mi rabia. Había optado por pedir algo de comer y quedarme en casa a escuchar música y leer.

Necesitaba la tranquilidad que se me había negado las dos semanas anteriores para prepararme a vivir el desenlace. Qué poco intuía yo, entonces, lo lejos y lo cerca que estaba de resolver la muerte de Toñuco. En realidad —eso lo sé ahora— a lo que me disponía era a sobrevivir al caso Camember, a combatir el vacío, a enfrentarme a la era posmanriqueña, a aceptar un nuevo trabajo después de las secuelas infinitas que iba a dejarme aquél. No supe concentrarme en nada que no fuera la absurda visión de una rueda de reconocimiento en la que todos los pijos se colocaban al otro lado del cristal-espejo, en la que miraban al frente, desafiantes, chulos como ellos solos, en la que giraban, con apatía, a ambos lados para mostrarme su perfil ceniciento, su perfil morboso, en la que, uno tras otro, daban un paso al frente y sonreían con una mueca cargada de cinismo, señálame, si eres hombre, anda, atrévete; atrévete a jurar que yo maté a mi amigo, a mi hermano de sangre, a mi novio, pobre diablo, detective de pacotilla, no hay huevos para llegar al fondo.

La cena se me pudrió en el estómago. Me dejó un sabor agrio a flores muertas que me provocó insomnio. El sofá de mis antiguas guerras, ahora refugio mullido, parapeto esponjoso, trinchera azul marino estampado de violetas, me acogió como a un naufrago y se convirtió en isla. Y la lámpara-datilera me abrigó con su luz amarilla de sesenta vatios. Y la alfombra-océano atlántico me hizo llegar, a periódicas paletadas de marea, mensajes embotellados cada vez distintos. Y el agua salada que terminé bebiendo cuando ya no hubo whisky acabó por desasosegarme el espíritu del todo.

Larga es la noche del desvelado. Cuando, cien años después, el sol se diluyó por entre las rendijas de las persianas dejando marcas de selva en el parqué, me agarró hecho un ovillo en la isla. La lluvia de la ducha me devolvió a la realidad, a noviembre, al otoño menguante. Creí escuchar el zumbido del teléfono, pero, si fue verdad, se apagó pronto. Esa mañana hasta la ropa me pesaba sobre el cuerpo. Llegué al despacho igual que los espejos de las ferias, medio cóncavo, medio convexo, para que Inés me resucitara a golpe de café afrodisiaco y galletas Tamarán.

La cliente, perdona que ya ni te piense con nombre hasta que se me aplaque la resaca, había llamado dos veces, la primera para descubrir que yo no había llegado y la segunda para comprobarlo. Pidió que por favor, sin falta, me dieran el recado de que la llamara a su oficina, que iba a estar allí toda la mañana, que necesitaba hablar conmigo. Inés me presentó ordenada, pulcramente, como era ella, lo que hasta ahora teníamos del asunto de los pijos. Oído de su boca, parecía estar tan claro, a María Arancha Manrique le sobraban ganas y oportunidades para cargarse al novio y, para mi secretaria, podía entenderse como defensa propia, el hijo de la gran breña se lo merecía, puso en peligro la vida de su prometida, todo porque los hombres, yo debía perdonarla, eran todos unos putañeros que no sabían mantener la cuca apoyada en el quicio de la inglete, que tenían que sacarla al balcón a cada rato para demostrar lo machopotentes que podían ser, que si ella fuera jueza, vamos, desde luego, si tuviera el poder de decidir ya habría decidido que lo de la pobre señorita Manrique fue defensa propia, como que Dios existe.

Otra que tal baila, Inesita, Inés, doña Inés del alma mía. Apenas tres días antes había tenido que separarla del cuello de mi cliente y ahora era la pobre señorita Manrique, sufrida señorita Manrique, justiciera, mártir y sacrosantísima señorita Manrique, se merecía un altar, a ver si se deciden todos de una puñetera vez, si dejan la margarita en paz, si por fin es la madre Teresa o la princesa de Éboli. Para Inés no había vuelta, yo había hecho un trabajo de artesanía fina, lo había resuelto todo en once días con sus once noches, ella ya lo imaginó cuando me vio manos a la obra, era cuestión de tiempo que resolviera el caso, así que esta misa está dicha, se acabó lo que se daba, ahora mismo te archivo este expediente y pasamos a otro.

—Espera, espera, no te embales.

—¿A qué espero si ya está todo claro?

—La ópera no se acaba hasta que no canta la gorda. Falta un detalle.

—¿Un detalle?

—Sí. Uno pequeño. Maracha puede declarar que desconocía la enfermedad de Camember. El móvil de la defensa propia no se sostiene por ningún lado.

—Es igual. Seguro que sabía que el tipo era un capullo de alhelí de los gordos. Se lo merecía de todas formas.

—¿Y ese pronto rasputiniano que te ha entrado ahora?

—Estoy empezando a comprender.

—Hay que joderse con la visionaria.

La mandé de vuelta a su mesa antes de que se me desbocara toda y le diera por imaginar un escarmiento ejemplar. En delitos de lesa fidelidad, Inés era capaz de idear torturas para después de muerto. Llamé a mi cliente, perdona que no recuerde tu nombre pero *fue tan larga la noche y tan corto el olvido*, y la encontré animosa y con brío. Confieso que no entendí nada, cuando la había dejado la tarde antes a punto del

desánimo, sin esperanza alguna, qué carajos le habría hecho el calafate Arteaga a su aliento. Estaba tan radiante que me dio no sé qué enfangarle la mañana con reproches, de modo que acepté su invitación a comer y atendí con paciencia su relato excitado, te lo juro, Ricardo, tu abuelo es de verdad algo fuera de serie, tiene una manera de hablar tan sosegada, tan serena que te hace levitar, te suspende en el aire igual que una cometa, no sé si te conté pero mis abuelos de aquí ya murieron, y los otros viven en la Sierra de Gredos y apenas los conozco, pasé algunos fines de semana con ellos cuando estudiaba en Madrid, ¿cómo?, sí, eso, en la época en que nos conocimos tú y yo, je, je, pero recordarás que yo era una chiquillaja y me parecía un coñazo ir a verlos, a aburrirme en su casa, que lo único que tenía de bueno era la piscinota enorme que gastaban, eso y los postres de manzana y cabello de ángel que hacía la abuela Gloria, de vicio, y yo dejé de ir en segundo de carrera porque, con la excusa de que había suspendido dos de primero, tenía que quedarme los sábados y los domingos estudiando, así que para el caso no he tenido abuelos, ¿te importa que te pida prestado al tuyo un tiempo?, me vale un par de meses hasta recobrar las fuerzas y aprenderlo todo, después te lo devuelvo, ¿qué?, ah, estás liado con el trabajo, bueno, hombre, pensé que trabajabas para mí, pero bueno, vale, esperaré al almuerzo para acabar de contarte, mi niño, qué antipático, ¿dormiste mal anoche?, caray, qué genio, mira, si vas a estar de ese humor, mejor quedamos para otro día, tú verás.

Mi abuelo no llegó a enseñarme lo de los cambios de carácter de las mujeres. Maracha, ya ni me molestó en disculparme por llamarte así, era otra distinta a la que había dejado el día anterior. Y, al verla aparecer en el restaurante, me convencí de ello. Estaba lindísima la jeringada de ella. Le brillaban la risa y la mirada como un sol instalado en su cara. Se me saltaron los puntos del recuerdo y volví a la noche que pasó en mi casa, reviví sus caricias, el sabor de sus labios, la hondonada de su espalda blanca. De no estar cabreado como un macho, de no estar subiéndome por las paredes de pura mortificación, de no tener toda la confusión de la tierra fijada en el pecho, me la hubiera comido a besos, le hubiera pedido perdón a moco tendido por mi incredulidad, me hubieran echado del local por escándalo público, por escándalo público, a la gran puñeta la fría contención de Bogart en la noche nebulosa de Casablanca, la tiesa prestancia de Gary Cooper en la calle polvorienta de un pueblo del oeste.

Pero me contuve. Había elegido una mesa pequeña y esquinada, junto a un balcón abierto por donde entraba el aire limpio y fresco de noviembre, para alcanzar algo de intimidad. Iba a ser bien difícil con lo atractiva que había venido Maracha, te has ganado a pulso recobrar tu nombre, con la cantidad de cabezas que se volvieron a su paso, de ojos que la recorrieron en toda su extensión, de cuchicheos que brotaron a sus pies de pronto. Cesó la marabunta de codazos y guiños y pudimos volver a nuestro retiro espiritual de la mesa nueve.

Y cometí el desacierto de dejarla pedir las viandas sin advertirle antes que la conversación giraría sobre un novio muerto, un novio infiel, un novio apestado y contagioso, sobre mil razones para matar a alguien así, sobre los inquietantes deterioros de un Opel Senator, sobre el atropello de un vagabundo inofensivo, sobre ninguna razón para matar a alguien así. Y, por supuesto, allí se quedaron las viandas intocadas, igual que un bodegón, observándonos mientras nos distanciábamos, enfriándose a cada silencio nuestro, empapándose de las lágrimas de una Maracha cambiante como la corriente de aire que entraba por el balcón y que hacía zigzaguear el humo blanco de mi cigarro.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Te hago qué?

—Cada vez que saco la cabeza del agua, estás tú ahí para volver a hundírmela. Tengo la impresión de que me andas juzgando todo el santo día, de que ya no hay nada que pueda decir o hacer para que confíes en mí. Me siento examinada cada vez que me miras.

—Me contrataste para eso. Para que examinara cada rincón del caso. Y tú eres parte importante de él. Pero que te examine no quiere decir que te juzgue.

—¿Cuál es la diferencia?

—Mi secretaria te lo explicaría en un minuto.

Retomé el juego de contarle simplemente la mitad de las cosas. Le referí la teoría de Inés sobre el asesinato de Toñuco. Callé la conversación con Carima en la terraza del Santa Catalina. Le pregunté si su empresa tenía un coche con cristales oscuros. Me reservé el encuentro con Felipe Vega en el aparcamiento. Ella envejeció diez años en diez minutos, volvió a encorvarse, a recluirse en un caparazón de indiferencia y desgana. Será verdad que uno acaba por matar lo que ama. Será que todos los hombres, como decía Inés, merecemos la horca alguna vez en nuestra vida. Maracha, te suplico me dejes murmurarte para siempre así, no estaba simulando, su dolor era legítimo, auténtico, y con él me desarmó la rabia que, hacía media hora, anegaba mi buen sentido.

Decidido a explicarle mis temores, pagué la cuenta de un almuerzo que jamás probamos, dejé propina a un camarero que nunca nos sirvió y abandoné un restaurante al que no regresé en la vida para conducir suavemente de la mano a Maracha, te ruego me perdones por usar tu nombre en vano, a un garaje cercano en el que un hombre de unos sesenta años, un hombre calvo, pequeño y fuerte, un hombre con gafas de pasta negra que escondían una leve miopía, un hombre llamado Melquiades nos saludó amablemente con una sonrisa de anuncio publicitario. La acompañé hasta su coche para verle el desconcierto, para crearle la confusión y el cabreo sordo que se agarró cuando vio el estado del Senator, mierda, joder, qué demontres pasó aquí, la madre que..., mira el coche, Ricardo, mira mi coche, se lo

han cargado, coño, esta semana no he podido ni ponerlo en marcha con todo lo que ha pasado, pero ¿tú has visto qué...?, ¿tú?, ah, joder, claaaro que lo has visto, qué boba soy, por eso es que me has traído, ya entiendo a qué ha venido tu actuación de este mediodía, ¿ves cómo sí me juzgas?, me juzgas, claaaro, no te importa acostarte conmigo, eso sí, un polvito agradable viene bien para el estrés, la chica no está mal, tiene un culito prieto y buenas tetas, eso sí, pero cuando se trata de creerme la cosa cambia. Se sentó en el parachoques y se echó a llorar como una niña. Se sorbió la nariz, sacó un pañuelo del bolso y con el tono fañoso de las lágrimas me lanzó un aviso a navegantes: «una cosa te digo, mi niño: espero que te lo pasaras bien la otra noche porque, eso lo saben hasta los negritos en Zambia, tú no vuelves a tocarme ni en sueños; ven a que te enseñe algo».

Su voz se hizo puñal para sajarme el alma. Su mirada de desamor abrió una zanja entre los dos que ya no volvería a cerrarse. Entonces fue ella quien me tomó la mano, nada suave a esas alturas, y me llevó a la garita donde el sonriente Melquiades se entregaba a su oficio de abrir y cerrar el portón, mire Melquiades, es que soy tonta, acabo de darme cuenta de que he vuelto a dejarme las llaves en casa, ¿puede echarme una mano? Y el cancerbero calvo y miope desapareció tras un armario para volver con un juego de llaves en un llavero de plástico con la matrícula del Opel escrita, caramba, señorita, menos mal que estoy yo aquí porque el otro día vino su socio a coger el coche y también las olvidó.

—¿Mi socio?

—Sí, bueno. Él dijo que era su socio.

—¿Cuál de los dos?

—Uno que parece de *pa' fuera*. Rubianco y de ojos claros. Habla canario pero *pa' mí* que es sueco. ¿Hice mal?

—No, Melquiades. Está bueno. Muchas gracias.

El sueco era, naturalmente, Pablo Bosch. Su pelo dorado, sus ojos celestes y el aceitunado de su piel no pasaban desapercibidos ni para un viejo cegato como el guardia de mañana. Maracha me explicó que no era difícil coger un coche en aquel aparcamiento porque tenían las llaves de todos los dueños de plaza, era norma de la compañía que explotaba el aparcamiento, por si en una emergencia tenían que moverlos. Normalmente no había problemas porque dejaban alguna identificación hasta que devolvieran las llaves.

Sucedió que Pablo, aprovechando el buen tiempo, decidió tomarlo prestado para seguirme aquel día, así yo no podría asociarlo con él, yo solo podría hablar de un coche oscuro con cristales ahumados que me dio mala espina, pero eso no es delito. Sucedió que Pablo, no tan buen manejador como pensaba, calculó mal la intromisión de Rafael y, cuando quiso darse cuenta, tenía encima del capó un amasijo de manos y piernas al vuelo que fueron a empotrarse contra un árbol de la alameda de San

Bernardo, pero eso no pasa de imprudencia temeraria. Sucedió que Pablo fue a por lana y salió trasquilado, fue a asustarme y se llevó el mayor susto de su vida cuando comprendió lo que le había hecho al pobre limpiacoches. Y sucedió que escapó de San Bernardo como un tiro, rezando para que nadie le hubiera cogido la matrícula, que buscó un rincón apartado para evaluar los desperfectos, que le limpió la herida al coche como pudo y lo devolvió a su casa, a su cama del garaje, en hora punta, en medio de una fila de vehículos que buscaban refugio, para que Melquiades no advirtiera los daños y se chivara a Maracha, pero eso es negligencia o negación de ayuda o hurto menor.

Toma XI

Pablo Bosch declaró después, ante el inspector Álvarez, que no lo había visto hasta que lo tuvo encima, que un camión de recogida de basuras se había metido en medio y estaba más pendiente del rumbo que tomaba yo cuando bajé del coche, de si giraba a Viera y Clavijo o torcía por Cano. De pronto surgió el hombre aquél haciendo señas con el paño blanco, como hacen los limpias, que son unos pelmas, aparque aquí, aparque aquí, aquí hay sitio libre. Luego sintió pánico porque el Senator no era suyo, eso dijo, porque le podía caer el muerto a su amiga María Arancha Manrique y no quería que eso ocurriera, de modo que no regresó a San Bernardo, él sabe que hizo mal, pero el miedo lo venció, nunca le había hecho daño a nadie, no tenía ni una multa de tráfico a sus espaldas, fue un accidente, un triste accidente.

Hasta aquí lo escuché con cierta lástima, casi me tenía convencido, pero cuando el mierda de su madre añadió con cara de huéleme-el-culo, pijo del carajo, que además, tampoco era para tanto, total era un limpiacoches, un tipo que sobrevivía en las calles de mala manera, un tipo a quien nadie echaría de menos, casi le había hecho un favor, hicieron falta las fuerzas de Álvarez y dos policías más para separarme de su garganta. Me apartaron de Pablo, de acuerdo, pero me dio tiempo de mandarle un par de galletas con tan buena puntería que estuvo media hora sangrando por la nariz. Una vez cesó de manarle líquido al pijo Bosch y la cosa se calmó, Álvarez le dijo que si por él fuera se iba a pudrir en la cárcel, que le iba a presentar a un par de mafiosos malencarados que conocía en Salto del Negro para que le redecoraran el culo.

Tuvo que interceder el abogado de Pablo para amonestar al inspector porque él de ninguna de las maneras tenía derecho a tratar así a su cliente, que como su cliente sufriera algún daño físico o moral en su breve estancia —porque, con la ley en la mano, sería breve—, en la prisión, lo iba a hacer responsable a Álvarez de todo y haría que lo expulsaran de la policía. Entonces fue a Álvarez a quien tuvimos que parar porque ya se le veían las venas a reventar, la cólera de Dios surcándole el cuello, ascendiendo al pescuezo, sorteando la nuez, ruborizándole el blanco de sus ojos, no llegó a tocar al abogado porque sus hombres se interpusieron, cálmese, inspector, cálmese, hombre, que se pierde.

Todo esto ocurrió un martes, el decimoquinto día del asunto Camember. Habían transcurrido cuatro desde el malogrado almuerzo con María Arancha Manrique. Noventa y seis horas que dediqué a desenredarme y desenredar, de paso, el mes que vivimos peligrosamente. Aventadas las dos primeras muertes, me quedaba rastrear las huellas que llevaban a la última. Telefoneé a cada uno de los sospechosos, excepto a Maracha, cuya coartada había comprobado, para citarme con ellos por separado. Justo Tejera reconoció el error de haberse llevado los documentos de la comisaría con tan poco disimulo, pero yo tenía que entenderlo, al primero que se cepillan en las

películas es al negro y después va el mariquita, y aquí no había negro detrás de quien escudarse, así que se decidió por la vía rápida.

Confesó sentirse liberado, porque uno no puede vivir siempre con el susto en el cuerpo de que venga alguien a ventilar otra vez el asunto de Amanda y el de Toñuco, de manera que me felicitó por haberlo intentado, pero no podía, mintió, no fue capaz de mirarme cuando lo dijo, no podía, dijo, ayudarme, sólo sabía que ni él ni los del Castillo, Fede y Carima, pudieron matar a Camember porque precisamente esa tarde noche, la recuerdo como si fuera ayer, la pasaron juntos, fueron al cine, a ver una película de Almodóvar, y prepararon una cena fría en su casa de Los Tarahales, se enteraron de todo al día siguiente. Ni que decir tiene que Fede y Carima corroboraron esa versión e, incluso, recordaron los malos que estaban los embutidos porque al rata de Justo no se le ocurrió otra cosa que comprarlos en una charcutería cutrísima de la plaza del Mercado y no en El Corte Inglés, donde, eso lo sabe todo el mundo, se compra el mejor pata negra de Las Palmas.

Mariana Bosch, por su parte, se mostró como una gran anfitriona. Me perdonó todo el mal que pretendía hacerle a ella y a sus amigos y me convidó a una copa de jerez y unos montaditos de pimiento y anchoa, para preguntarme otra vez si era familia de Ana y Catalina Blanco, las que estudiaron en las Teresianas y luego se casaron y pusieron la boutique, y también aprovechó para decirme, entre bocado y sorbo, que comprendía que el mío era un trabajo un poco ruin pero alguien tiene que sacar la basura, aunque, esta vez, me había equivocado de sospechosos porque precisamente ese día lo pasaron juntos las dos parejas, Espe y Luismi, y ella y Pablo, en el barco, habían decidido salir a navegar aprovechando el buen tiempo, ¿que era martes?, y qué, un martes también puede hacer buen tiempo, no era nada infrecuente que salieran a navegar entre semana, y, por supuesto, también supieron de la trágica noticia al día siguiente. Luis Miguel Gómez y Esperanza del Castillo confirmaron, palabra por palabra, la declaración de Mariana Bosch.

Lo que nadie pudo responderme es por qué la pandilla se separó esa tarde, por qué no fueron todos juntos al barco o todos juntos a la cena en casa de Justo Tejera, no estaban peleados, a todos les gustaba el cine de Almodóvar, aunque preferían otro tipo de películas menos verdes, a todos les encantaba navegar, sin embargo nadie supo explicar por qué no se pusieron de acuerdo la tarde de autos para juntarse todos en una única juerga. En lo que sí estuvieron de acuerdo fue en que, si los llamaban a declarar, jurarían con la Biblia en la mano que era imposible que cualquiera de ellos matara a Toñuco.

La mentira, por más que se repita, sigue siendo mentira. Pero no había forma de meter baza en aquella partida de truhanes y chismosos. Se habían compinchado para mentir, para ocultar a uno de ellos, al único que probablemente había tenido valor de apretar el gatillo, casi se merecía más respeto que el resto de mamporreros. Si alguien

se salió del guión ésa fue Esperanza del Castillo cuando dijo que la única a la que no habían visto ese día era a Maracha. Lo dejó caer por si yo lo recogía al vuelo. Me sonó a amenaza. Me sentó como una patada en los bajos. Por eso decidí probar una última maniobra a la desesperada, a ver si colaba. Quise sentirme detective de verdad, de los del cine y las novelas negras, quise emular a mis colegas de celuloide y papel, homenajearlos, glorificarlos, jugar a ser uno de ellos, y cité a todos los pijos juntos en mi oficina, otro jueves por la tarde, para cerrar el caso antes de devolvérselo al inspector Álvarez.

Hice algunas indagaciones durante la mañana, toqué algunas puertas, presioné a algún portero, me colé en algún hospital, me quejé ante algún hermano, engañé a alguna madre, me sentí abochornado de mi profesión, me sentí orgulloso de mi profesión, me harté de mi profesión, pero, a fin de cuentas, estuve preparado para las alegaciones finales. Fueron llegando por goteo hasta que estuvo reunida toda la piara. Inés no se creía lo que estaba pasando, se ganó el sueldo de noviembre, se atiborró de apretar el comunicador para informarle, Ricardo, que don tal y doña cual acaban de llegar, que si puedes recibirlos. Y yo, que pasen, Inés, y prepara café, por favor, que esto va para largo.

Tuvimos que traer sillones de la sala de espera para acoger a tanto bicho malo. Allí perdieron toda la seguridad que habían manifestado en las citas de los días anteriores. Me miraron, incómodos, sin saber dónde colocar sus bolsos, sus chaquetas, sin saber dónde poner las manos. Se miraron, huraños y taimados, preguntándose quién de ellos se había ido de la lengua. Se observaron con detenimiento sin saber qué carajos hacían allí y por qué el detective aquél de medio pelo los había convocado, les había hecho café y les había puesto a Nat King Cole en el aparato de discos compactos de su ordenador.

Reconozco que disfruté como un enano con aquello. Se lo debía a Amanda y a Camember, a quienes no conocía pero empezaban a caerme bien, olé sus huevos. Se lo debía a Rafael, que ya me caía bien desde siempre y de cuya muerte era yo tan culpable como Pablo Bosch. Y me lo debía a mí mismo, qué coño, por todo lo que me hicieron pasar esos cabritos. Los dejé que sudaran. Mantuve la mirada en mis papeles durante unos minutos que a ellos debió de parecerles medio siglo. Los sentí revolverse en sus asientos, mirar la hora, hacerse guiños, un momentito, en seguida estoy con ustedes. Sonó un teléfono móvil, el de Federico, y éste lo cogió, susurró algo así como ahora no puedo, luego te llamo, y lo desconectó. Cuando ya me pareció que estaban bien asustados, levanté la cabeza y los miré uno a uno, con toda la seriedad que había ensayado antes de que llegaran. Les di las buenas tardes y les agradecí la puntualidad y vamos al grano, señores, porque este asunto ya nos ha tenido en vilo demasiado, imagino que habrán adivinado para qué les he hecho venir, ¿o no?...

Carima se erigió como portavoz del grupo, sólo sabemos que tenemos un montón de cosas que hacer y no podemos perder toda la tarde en este *happening* tuyo, si tienes algo que decir, dilo, y acabemos con esto. El resto asintió a coro, claro, claro, tenemos un montón de cosas que hacer y no podemos andar perdiendo una tarde en estas mariconadas de detective barato. Maracha fue la única que permaneció en silencio, no participó del bullicio generalizado que se formó en la sala. Se mordía el labio inferior, abandonaba su mirada en el vacío, entrecerraba los ojos como interrogándome qué significa esto, Ricardo, qué diablos estás haciendo, adónde quieres ir a parar, no tienes nada contra nosotros, ¿o sí?...

Iba a tomar la palabra en el instante en que entró Inés con una bandeja en la que cascabeleaban media docena de tazas de café humeante, disculpen pero únicamente tengo seis, tendrán que tomarlo por tandas. Por suerte ni Justo ni Mariana tomaban café y Carima prefirió algo más fuerte, o tenía una ligera crisis existencial o un hígado de acero inoxidable, así que al final ni sobró ni faltó ninguna taza. Pasó un ángel. Esperé a que acabaran de disfrutar de la receta de Inés, realismo mágico llevado a la plantación, licor amatorio, humor negro capaz de despertar los seis sentidos. Pasó otro ángel. No quise dejar que pasara el tercero, no fuera que, por demasiado inflar la sopladera, me terminara estallando en plena boca, bien, damas y caballeros, como les dije cuando los llamé, les he hecho venir para informarles de las conclusiones a las que he llegado en la investigación del caso; a nadie se le esconde quién soy: me llamo Ricardo Blanco, en eso no hay truco, pero no soy abogado, sino detective privado; me contrató la señorita Manrique, aquí presente, porque nunca creyó que su prometido se suicidara, no sabía quién ni por qué pero estaba segura de que a Antonio Camember lo habían asesinado; para no levantar la liebre antes de cargar la escopeta, me hice pasar por amigo suyo de la universidad, algo que todos estuvieron dispuestos a creer hasta que apareció Amanda en escena; entonces, ustedes empezaron a desconfiar de mí y yo empecé a sufrir todas las desgracias del mundo, casi me ahogo en el mar, si les soy sincero aún no sé por qué se molestaron en revivirme, se hubieran ahorrado un montón de problemas, casi me mato escapando de un coche misterioso por las callejuelas de Las Palmas, perdí a un buen colega, es lo que más me ha dolido, en la persecución de ese día, casi me desnucó por unas escaleras, pero eso fue mi culpa y no de la del oso disecado de Justo.

»En definitiva, que se tomaron ustedes muchas molestias en alejarme del caso, porque desconocían mi cabezonería, si le hubieran preguntado a cualquiera, a Lorenzo Manrique, el tío de María Arancha, por ejemplo, les hubiera dicho que a mí me cuesta Dios y ayuda abandonar una investigación, que me tomo muy en serio mi trabajo, que no es el primer riesgo que corro por descubrir la verdad, porque, les aseguro, a mí lo de la ley me importa un huevo, no soy nada escrupuloso, perdónenme el cinismo, al final la ley se ha convertido en un apaño que hacen los

jueces con los delincuentes, a mí me mueve la curiosidad, es un defecto como otro cualquiera, los hay avaros, los hay ambiciosos, los hay egoístas. Yo soy curioso. Desde que me destetaron, siempre he querido saber cómo ocurren las cosas. Soy un obseso de la verdad. Por ello es que me hice detective.

»Bueno, volviendo a nuestro asunto, que se me va la cabeza, los he invitado al café majestuoso de mi secretaria para contarles una verdad que ustedes ya conocen pero que, a lo mejor, escuchada de otro, suena distinta; todo empezó cuando alguien, creo que fue el propio Camember, y no Justo como me hizo creer la aludida señorita Manrique, les trajo a Amanda Disney Camarero, una camagüeyana impresionante, para que les animara el cotarro; la había conocido en un viaje ¿de negocios? a La Habana y se encoñó con ella cosa bárbara, disculpen el término pero no encuentro otro que lo exprese mejor, y le montó un pisito de alquiler discreto, según me contó el hermano de Toñuco, cerca de Guanarteme; Amanda se destapó como una amante de las que ya no se estilan y, de gozar sólo con Toñuco, pasó a endulzarle las mañanas, las tardes o las noches a Luismi y a Fede y a Pablo, no sé, ni me importa, el orden en los turnos de cama, sólo sé que, al principio, ninguno de ellos intuía que eran hermanos de semen.

»Amanda salió en un par de ocasiones con la pandilla, sin que nadie recelara de ella, se había convertido en su pequeño secreto, pero alguien me contó una vez que esto es una isla y es pequeña y es redonda y al final todo se acaba sabiendo porque los chismes vuelven a su lugar de origen igual que un bumerán y el bumerán de Amanda les dio en las narices a todos porque la camagüeyana, la risa va por barrios, se trajo de Cuba una infección jodida, la más jodida de todas, y se la fue pegando uno a uno y, claro, uno a uno se la fueron pegando, inconscientemente, a cada una; ustedes no sabían lo de la enfermedad, claro, cuando dejaron morir a Amanda, cuando no movieron un dedo para sacarla del agua y reanimarla, hubiera sido tan fácil, pero entonces funcionó la rabia de sentirse burlados por la cubanita de los cojones, funcionó la furia de saberla compartida, de saberse marionetas en sus manos delicadas, los celos, eso me dijo Carima, son un buen motivo para matar a alguien o dejarla morir que no es lo mismo, pero es igual, y tenía razón.

»Lo de Toñuco fue otra cosa; el pobre desdichado se había enamorado de Amanda, para él aquello no fue una aventura, se convirtió en una obsesión, pasaba cada vez más tiempo con ella descuidando el resto de sus responsabilidades; su madre le echaba la culpa a Maracha, decía que por ella su hijo Toñuco había dejado de visitarla, pero la realidad era muy diferente, era Amanda la que centraba la atención de Camember; y Maracha no entendía ¿o sí? qué estaba ocurriendo, por qué estaba Toñuco tan extraño, tan ido, tan ausente, así que seguramente decidió seguirlo y descubrió lo del piso de Guanarteme, seguramente se pasó las tardes, después del trabajo, en una esquina, esperando sorprenderlo con la cubana, y seguramente la que

se sorprendió fue ella al ver entrar en la casa un día a Fede, y otro día a Luismi, y otro a Pablo y entonces comprendió; el resto fue tan fácil para ella, que es una experta en enredar las cosas, yo lo sé, lo he sufrido, hasta esta mañana no lo supe, hasta esta mañana en que me filtré en el hospital, no saben ustedes lo que puede hacer una bata blanca y un fonendoscopio, para revisar en los ordenadores la ficha de María Arancha Manrique y descubrir que le habían descubierto el virus, en estado latente por suerte, en una exploración de hacía tres meses.

»Yo había estado tan torpe, tan creído, que apuntaba mis tiros a otra parte, pero recordé la cara de susto que simuló Maracha cuando fingió enterarse por boca de un forense de que Toñuco tenía el sida, si mintió en aquello bien pudo hacerlo en todo lo demás, pero yo había decidido creerla siempre y fui y la creí, me convencí, me dije que nadie podía fingir tan bien, nadie excepto Maracha, claro, que se nos ha presentado como la mayor engañabobos de esta historia, claro, Grace Kelly de mis entretelas, claro, actriz fatal no sólo para mí que, al fin y a la postre, soy un advenedizo, sino también para ustedes porque lo que está claro, claro, clarísimo, es que los persuadió a ustedes de que había que matar a Toñuco, el culpable de todos sus males, el hombre que había encabritado de golpe a los cuatro jinetes del apocalipsis, cuyo único delito, y no es poco, fue enamorarse de una jinetera desdichada y contagiosa, y ustedes, uno de ustedes, me importa un carajo quién, se cameló a Camember para que le diera la espalda y le descerrajó un tiro, disculpen el lenguaje de un tosco investigador privado, uno de ustedes, digo, fue y le hizo el trabajo sucio a la dignísima señorita Manrique, viuda negra de sonrisa blanca.

»Justo, incluso, pudo haberla jeringado de haber funcionado el plan de María Arancha la noche en que me colé en la casa de Los Tarahales; yo había acordado con ella que me llamaría para avisarme si él decidía regresar antes de lo previsto, pero tardó mucho tiempo y Justo casi me agarra dentro, lo que, conociendo su afición a los revólveres, hubiera sido fatal, podría haberse puesto nervioso y haberme pegado dos tiros con toda la justificación del mundo, que era, en verdad, ahora lo sé, lo que pretendía ella cuando dio por terminada la cena antes de tiempo pretextando cansancio; y me mintió de nuevo con lo de que el ascensor estaba roto y no pudo llamar antes, su portero me confesó esta mañana que ese ascensor es una máquina y lleva más de tres años sin estropearse; suerte para todos que salí de la casa, ¿verdad?, bueno, no para todos, a María Arancha ni puñetera gracia que le hizo verme llegar de una pieza a casa, allí estaba esperándome, o no, a lo mejor tan sólo esperaba que yo no volviera.

»De modo que mañana no podré llevarle al inspector Álvarez más que el nombre de Pablo Bosch como autor del homicidio involuntario de Rafael Ortuño, algo que puede pasarle a cualquiera, entre juicios y apelaciones, se quedará todo en una molesta retahíla de entrevistas en los juzgados, dura ley pero ley; nadie puede

culparles de que Amanda se ahogara, y, por la cuenta que les trae, nadie los acusará de un suicidio, pero esta noche tenía que desahogarme y no me servía el whisky.

»Sólo me quedan dos apuntes brevísimos; me preguntaba por qué me había contratado la mujer a quien menos le interesaba que resolviera el caso, mayormente cuando la policía había determinado lo del suicidio, no parece lógico que quien más tiene que esconder se empece en encender las luces, ésa fue mi mayor equivocación desde el principio; yo creía, perdón, me habían hecho creer hábilmente que la iniciativa de desenterrar al pobre Camember fue de su doliente prometida, pero no, esta mañana hablé con la madre de Toñuco y me contó que ella ya había hablado, en el funeral de su hijo, de contratar a alguien porque un hijo suyo no podía, bajo ningún concepto, haberse suicidado, eso no entraba en cabeza humana, imposible, jamás, reconozco que me contagié su firmeza.

»Maracha debió de escucharlo y se asustó, pensó que la mejor manera de pasar desapercibida en una foto, es estar al lado del fotógrafo, o sea, yo, y vino corriendo a buscarme con la disculpa de que su tío Lorenzo me había recomendado; todo el tiempo jugó al tira y afloja, lloró las lágrimas de un río de cocodrilos, se emocionó, se divirtió y se asustó, porque, repasando el caso, me he dado cuenta de que, entre mentira y mentira, llegó a asustarse de verdad cuando descubrió que uno de ustedes, por cierto, ya sé que fue Carima quien, lista como el hambre, se copió la fórmula de Maracha y primero me tiró al mar para después salvarme, así quedaría fuera de toda sospecha, santa Carima, patrona de los naufragos, pues, como decía, la señorita Manrique tuvo miedo no porque me hubiese cogido cariño, eso ya ni lo sueño, sino porque si me hubieran matado a mí, hubiese tenido que empezar otra vez de cero, contratar a otro sabueso, enamorarlo, engañarlo y eso hubiera alentado la suspicacia de todo dios, sobre todo de la que iba a ser su suegra quien, eso me dijo esta mañana, no veía claro que Maracha intimara tanto con el detective.

»La otra cuestión es que, para el conocimiento de ustedes, la buena señora ha decidido no marear más la perdiz, le expliqué el dolorosísimo trance que le esperaba si seguía removiendo la cosa, lo poco que ganaría y lo mucho que sufriría teniendo que exhumar otra vez el cuerpo de su hijo para sacar a relucir detalles privados e íntimos que sólo harían más sangre, que están mejor bajo tierra, que podrían agarrar los periódicos para lucrarse, obscenamente, con las miserias de su familia, se lo expliqué con pelos y señales y decidió que no valía la pena tanto dolor y tanto sufrimiento, que le bastaba con saber que los asesinos de Toñuco purgarían su crimen y tendrían un final bastante más horrendo que el que tuvo su hijo.

Epílogo

Me llevé la impresión, al verlos salir en silencio y cabizbajos, de que había conseguido mi propósito. De cualquier forma, como bien dijo la madre de Camember, ya estaban expiando sus culpas, en el pecado llevan la penitencia, iban a pasar el resto de sus vidas con la amargura de notarse cadáveres andantes, con la angustia de no saberse a salvo, de no poder llevar nunca más una vida normal, cada vez que se amaran, el fantasma de Toñuco los estaría observando, burlándose de ellos, descojonándose de risa.

Tiempo después me enteré por Justo Tejera, con quien volví a coincidir en otro caso, de que el grupo no había vuelto a reunirse desde aquella tarde de noviembre, Carima había abandonado a Federico, no pudo soportar el asco, y andaba por África Central con su *oenegé*, Luis Miguel Gómez y Esperanza del Castillo continuaban juntos pero más por inercia que por cariño, apenas se reían. Y a Pablo Bosch, está claro que no es lo mismo ley que justicia, se le había manifestado la enfermedad y languidecía —así lo dijo Justo— en una clínica privada carísima. De Maracha no supo darme cuenta. Nadie volvió a verla desde entonces. Se diluyó en la noche de Las Palmas, se confundió en las sombras como el espíritu siniestro que siempre había sido.

Alguna vez pasé por debajo de su despacho y me sorprendí mirando a su zaguán, no sé si deseando encontrarla o todo lo contrario. El abuelo Colacho me preguntó una vez, tiempo después, cuando consideró que las heridas habían cicatrizado, si yo creí que, de verdad, en algún momento, Maracha llegó a quererme.

—Puede que el día después de conocerte a ti.

—Y ¿tú? ¿Tú la quisiste?

—¿Tú quieres a esta playa?

—¡Pues, claro, totorota!

—Pues, entonces, qué carajo preguntas.

—Pero yo llevo queriéndola más de cincuenta años.

—Dame tiempo, viejo. Dame un poco de tiempo.



JOSÉ LUIS CORREA (Las Palmas, 1962). Es Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Doctor en Literatura Hispánica desde 1992, su docencia e investigación giran alrededor de la Literatura Juvenil y los talleres de creación literaria, que ha impartido en diferentes instituciones (universidades, ayuntamientos, casas de cultura, etc.). Destacan el ofrecido en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México) o en la Universidad de La Rioja (España), ambos en 2005.

En general, su existencia ha estado siempre ligada a los libros. Primero, en los años setenta, como lector apasionado de Verne, de Salgari, de Stevenson, de los Dumas. Más tarde, en los primeros ochenta, como estudiante de filología española. De 1985 a 1995, como agregado de Lengua y Literatura de instituto. Y, desde entonces, viene alternando su trabajo en la universidad con el oficio de escritor. Así pues, ha recorrido todos los pasos que tienen que ver con la literatura: la afición, la enseñanza, la investigación y la creación literaria.

Obra

Como escritor, sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y muchos publicados recientemente por la editorial canaria Interseptem: *¿Qué quieres que te diga?* y otros cuentos y *La verdadera historia de Helena-con-hache*,

un libro de relatos y una novela corta.

A finales de los noventa, espoleado por la suerte de sus cuentos, comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones. Obtiene el Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), el más antiguo y prestigioso de Canarias, con su obra *Me mataron tan mal*. El Premio Ciudad de Telde (2002), con *Quince días de noviembre*, inaugurando la saga del detective Ricardo Blanco, o el Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002), con su obra *Échale un ojo a Carla*.

Es, asimismo, autor de *Muerte en abril* (2001), el segundo caso del detective Ricardo Blanco. Y de *La hija del naufrago. El último viaje del Alfonso XII* (novela histórica, 2004). José Luis Correa se ha erigido, por su prosa ágil y honda, su lenguaje directo y su visión moderna de la literatura, como una de las voces más genuinas del panorama narrativo canario de los últimos años. Sus últimas obras publicadas son *Muerte de un violinista* (2006, saga Ricardo Blanco) y *Una canción para Carla* (2008).

En 2010 publicó *Un rastro de sirena*, la cuarta entrega de la saga de Ricardo Blanco y la quinta en 2012, *Nuestra Señora de la Luna*. Entre medias (2011) vio la luz *Murmullo de hojarasca*.

En 2013 continúa la saga de Ricardo Blanco con *Blue Christmas* y, por último, Recientemente, acaba de publicar la séptima entrega del detective Blanco: *El verano que murió Chavela*.